


M
1895
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.
270 f. 21.
273. b. 24.



EL PELAYO:

POEMA,

DE DON ALONSO DE SOLIS
Folch de Cardona Rodriguez de las
Varillas, Conde de Saldueña, &c.
Gentil-Hombre de Camara de
S. M. y Obrero del Orden
de Calatrava:

DEDICADO

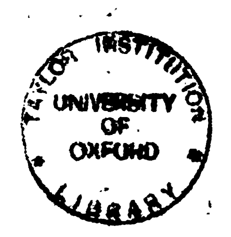
AL REY NUESTRO SEÑOR

D. FERNANDO EL SEXTO.



CON PRIVILEGIO.

EN MADRID: En la Oficina de ANTONIO MARIN,
Año de M.DCC.LIV.


TAYLOR INSTITUTION
UNIVERSITY
OF
OXFORD
LIBRARY

SEÑOR.

UANDO gemia en la mas dura cadena, y en la eſclavitud mas doloroſa

España, posseìda de la crueldad de los Sarracenos, cuyo desenfrenado furor no perdonaba injuria, afrenta, y desprecio, con que no la ultrajasse: Quando parecia que havia muerto la esperanza de su libertad, se sirviò la Divina Misericordia del Infante Don Pelayo, que en el corto recinto de las Asturianas Montañas fue elegido Rey: y desde el Sagrado Sitio de Covadonga, al modo que el Sol deshace los turbios vapores que ofuscan su luz, empezò à dissipar las Mahometanas sombras, que eclipsaban su Patria: Ayudò el Cielo su santo intento con raros milagros, que mereceria acaso su Fè; ò porque fuesse obligacion de la

Pro-

Providencia contribuìr con ellos à quien empezaba la Guerra desde la Casa de Maria. Este (Señor) es el origen de esta Gran Monarquia, (que Dios destinò à V. M.) y este es el assumpto del Poema, digno solo de ofrecerse à tan elevado Sòlio, pues en lo grande de èl se encubre lo pequeño del Author.

Espero que V. M. dissimule los yerros de esta Obra, pues todos los dias està perdonando los mios en su servidumbre, como que admita este corto obsequio, que aparte del justo motivo de ser el primer Heroe Español que hollò la Media Luna, me obligan à ponerlo à los Pies de V. M. las

leyes de Vassallo, y Criado. Nuestro Señor guarde la Persona de V. M. como hemos menester.

SEÑOR,

El Conde de Saldueña.

APRO-

APROBACION DEL DOCTOR DON DIEGO *de Torres Villarroel, Cathedratico de Prima de Mathematicas Jubilado por el Rey nuestro Señor en la Universidad de Salamanca, &c.*

EL admirable, y excelentissimo Poema, que V.S. se ha dignado remitir à mi Aprobacion, es la Pieza mas pulida, y mas bien acabada de las que se admiran en los Epicos, y Lyricos de nuestra España. Antes de haverla leìdo percibì la belleza de los Episodios, la elegancia de los Versos, y la castidad, y pureza de el estilo; porque he tenido la honra de oìr muchas veces, en conversacion de particular confianza, al Excelentissimo Señor Conde de Saldueña, Author de este Libro inimitable: y en sus descuidadas, y faciles expressiones admiraba la noticia, la erudicion, y la profundidad, que su Excelencia tiene de todos los linages de la Poesia Castellana.

Las leyes, tanto essenciales, como accidentales, del Poema, son dificultosissimas de observar: y hasta oy, que he leìdo atentamente el de este Señor Excelentissimo, tuve por impossible su observancia; porque el Tasso, Castelberto, y otros muchos que explicaron la Poetica de Aristoteles, despues de haver dado los Canones, y Leyes para la fiel, y hermosa construccion de los Poemas,

ellos

ellos mismos las atropellaron muchas veces, y dieron à entender la gran dificultad, ò impossibilidad de practicar sus indispensables arreglamentos.

Los que se aprecian inteligentes en esta casta de Poesìa, pueden leer con atencion estos Cantos; y hallaràn, que (empezando por el entendimiento, brazo, ciencia, y valor de el Heroe, la antiguedad de el argumento, la invocacion, y los episodios, que son toda la hermosura de estas Obras) no hay Sentencia, Verso, ni expression, que no cumpla con los preceptos rigurosos, que con razon han assustado à quantos quisieron pensar en la ossadìa de emprehender tan dificiles assumptos.

La ciencia, la doctrina, y la elegancia, que el Author Excelentissimo tiene en las Facultades, que se llaman Escolasticas, se penetran dichosamente en las mas de las Octavas de los Cantos de este Libro, y las admiran quantos oyen à su Excelencia, ò leen sus producciones eruditas: y porque la Comission, que V. S. me ha dado, no se estiende al informe de estas particularidades, no me atrevo à dexar correr la pluma, porque los ociosos de dañada intencion quizà capitularian de adulaciones cuidadosas, las que solo serian verdades desinteressadas.

En

En todo el Libro no ſe deſcubre, ni remotamente clauſula, que no reſuene obediencia, y veneracion à las Leyes de Dios, à las buenas coſtumbres, y las Regalias, y Decretos de S. M. Dios le guarde: por lo que es juſto que V. S. conceda à ſu Excelencia la licencia que pide para ſu impreſsion. Aſsi lo ſiento, *ſalvo, &c.* Salamanca, y Octubre 1. de 1754.

El Doct. D. Diego de Torres Villarroel.

LICEN-

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Manuel de Navarrete, Abogado de los Reales Consejos, y Teniente Vicario de esta Villa de Madrid, y su Partido, &c. Por la presente, y lo que à Nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir, è imprima el Libro intitulado: *El Pelayo*, que ha compuesto el Excelentissimo Señor Conde de Saldueña: Atento, que de nuestra orden, y mandado ha sido reconocido, y no parece tiene, ni contiene cosa que se oponga à nuestra Santa Fè Catholica, y buenas costumbres. Dada en Madrid à veinte y siete de Septiembre de mil setecientos cinquenta y quatro.

Lic. Navarrete.

Por su mandado,

Manuel Gil y Ayessa.



APROBACION DEL SEÑOR DON JUAN Manuel Crespo y Ortiz, Caballero de la Orden de Calatrava, Secretario de S. M. y Oficial Mayor de la Secretarìa de Gracia, y Justicia.

M. P. S.

DE Orden de V. A. he visto con mucho gusto, y toda atencion, el Libro intitulado: *El Pelayo*, que en Octavas ha compuesto el Señor Conde de Saldueña. Mucho corresponde à este nombre; pero hablando ingenuamente, no dexa de ser digna la Obra de salir con èl à la luz pública; y la misma condescendencia del Author en permitir esta circunstancia es, à mi corto dictamen, su mayor calificacion, y hace ociosa qualquiera censura.

Pide de justicia este Erudito Parto de su ingenio el universal aplauso, y reconocimiento de nuestra Nacion, porque resucita las memorias, no bien tratadas en el presente tiempo, de un Principe de Esquilache, de un Conde de Villamediana, y de los demàs Sabios Poetas Españoles, à quienes su aficion, y la mia veneran tanto, quanto parece no aprecian ahora los que por haver leido sus Obras muy de prisa, no saben, ò no quieren desfrutar el aprovechamiento, que de leerlas resul-

ta

ta à quantos sin preocupacion, y por estudio las repassan.

Cantò ya, en el mismo metro, el Pinciano las heroycas acciones del valeroso Infante Don Pelayo; pero qualquiera que lea aquel Libro, y éste, percibirà luego, que el Conde imitando lo sólido de la Sentencia, (caracter de las Poeticas composiciones antiguas) adorna su Obra con los primores, no tan conocidos en el Siglo de aquel Author, que permite ahora en las elocuciones el cuidado de enriquecer el Idioma, y pulirle, debido al buen gusto de los que despues le hermosearon, sin incurrir en los galicismos con que no pocos, de algunos años à esta parte, le desfiguran.

No hay Octava que no dè à conocer el espiritu de Poesìa, y de Eloquencia, que se descubre en el todo de éste, que yo me atreverè à llamar perfecto Poema à pesar de la rigurosa critica, y de la modestia del Author, porque no serà, quizàs, de su agrado el que haviendo sido su fin solo el de la imitacion, le facilite mi censura, con este modo de pensar, la ventaja à que no aspira, ni le confessaràn las opiniones de los que se ligan à las estrechas leyes de lo Epico. No ignora estas el Conde, ni las ignoraron los grandes Ingenios à quienes imità, pues tendrian, como èl, muy presente, quando escribieron, la Poetica de Horacio, y no necessita-

taron para estàr noticiosos de las tan decantadas precisiones de lo Epico; del auxilio que se encuentra en los Libros de Madama Dacier, y que prefiere à todos la novedad, porque las reglas de Poesìa, que trabajò el mismo Pinciano, las que se hallan en las Tablas Poeticas de Cascales, en Jusepe Antonio de Salas, y en las tarèas literarias de otros Españoles, advierten de los riesgos à que se exponen los que se entregan al golfo de la Epopeya, de que tambien, con su erudicion, y natural gracia, previene nuestro Don Pedro Silvestre del Campo, en el Romance que sirve de Prologo à su Proserpina.

Rara Obra de esta especie de las muchas que tenemos, y serìa pueril prolixidad el citar, confiessa arreglada al Arte el juicio de la Critica moderna; pero con la buena licencia de sus sequaces, no sè cómo hemos de componer este rigido dictamen, (que por ceñirse demasiado à los preceptos, casi quita la libertad al discurso) con lo que el Critico Vallemont prescribe en el Tomo segundo de los Elementos de la Historia, al folio 572. cap. 20. de la impression de Leon, en donde tratando de los Poetas Griegos, y Latinos, expressa lo siguiente, que pondrè en Castellano:

,, Aquellos que dicen, que la Poesìa es un Ar-
,, te que enseña à hacer Poemas, Composiciones, y
,, Representaciones en Verso, se engañan; no es

Ar-

,, Arte, ès un dòn de la naturaleza, que todo el
,, exercicio, todos los preceptos, y todo el estudio
,, del Mundo, no le pueden dàr, si no hay para la
,, Poesìa un particular génio. El exercicio hace
,, Oradores, pero la naturaleza Poetas: Democrito
,, defendia, que el Arte era inutil para la Poesìa,
,, que ésta debe venir del entusiasmo, y del furor;
,, y assi dice Ciceròn en el *lib.* 1. *de Divinatione*:
,, *Negat enim sine furore, Democritus quemquam Poe-*
,, *tam magnum esse posse*; y que es menester que los
,, que son Poetas, sean transportados del furor de
,, Apolo, y que su alma se agite por movimientos
,, violentos, y entusiasmos, que la saquen de su
,, ordinaria situacion. Quando quieren hacer Ver-
,, sos es necessario que trabajen mas por génio, que
,, por Arte; y esto mismo ha hecho decir à Hora-
,, cio, con Democrito, que la naturaleza es mas
,, dichosa, y mas necessaria, que el Arte para la
,, Poesìa, y que se debe prohibir el que beban de
,, la Fuente Elicona à los muy reflexivos.

,, *Ingenium misera quia fortunatius Arte,*
,, *Credit & excludit sanos Helicone Poetas.*
,, Democritus.

Sin embargo de este tan ámplio Passaporte, (que por Francès se mirarà sin ceño en la Aduana de la moda) no espere el Author del Pelayo vèr libre su Obra de la censura, que no ha querido per-

perdonar à las mismas ingeniosas producciones, que le han servido de norte para el acierto; pero la fortuna que estas corrieron, màs debe solicitarla, que temerla: Y no conteniendo este Libro cosa que desdiga de nuestra Santa Fè, y buenas costumbres, ni que se oponga à las Regalìas, soy de sentir de que puede V. A. conceder la licencia para que se imprima. Madrid 23. de Agosto de 1754.

Don Juan Manuel Crespo y Ortiz.

EL

EL REY.

POR quanto por parte de Don Alonso de Solìs Folch de Cardona, Conde de Saldueña, y Frigiliana, se representò en el mi Consejo tenia compuesto, y deseaba imprimir un Libro intitulado: *El Poema del Pelayo*: y para poderlo executar sin incurrir en pena alguna, suplicò al mi Consejo fuesse servido concederle licencia, y Privilegio por tiempo de diez años para su impression, remitiendole à la Censura en la forma acostumbrada: Y visto por los del mi Consejo, y como por su mandado se hicieron las diligencias, que por la Pragmatica ultimamente promulgada sobre la impression de los Libros se dispone, se acordò expedir esta mi Cedula, por la qual concediò licencia, y facultad al expressado Don Alonso de Solìs Folch de Cardona, Conde de Saldueña, y Frigiliana, para que sin incurrir en pena alguna, por tiempo de diez años primeros siguientes, que han de correr, y contarse desde el dia de la fecha de ella, el susodicho, ù la persona que su poder tuviere, y no otra alguna, pueda imprimir, y vender el referido Libro intitulado: *Poema del Pelayo*, por el original que en el mi Consejo se viò, que và rubricado al fin de Don Joseph Antonio de Yarza, mi Secretario, Escribano

de

de Camara mas antiguo, y de Gobierno de èl; con que antes que se venda se trayga ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la impression està conforme à èl, trayendo assimismo fè en publica forma como por Corrector por Mì nombrado se viò, y corrigiò dicha impression por el original, para que se tasse el precio à que se ha de vender. Y mando al Impressor que imprimiere el referido Libro, no imprima el principio, y primer pliego, ni entregue mas que uno solo con el original al dicho Conde de Saldueña, à cuya costa se imprime, para efecto de dicha correccion, hasta que primero estè corregido, enmendado, y tassado el citado Libro por los del mi Consejo; y estandolo assi, y no de otra manera, pueda imprimir el principio, y primer pliego, en el qual seguidamente se ponga esta Licencia, y la Aprobacion, y Tassa, y Erratas, pena de caer, è incurrir en las contenidas en las Pragmaticas, y Leyes de estos mis Reynos, que sobre ello tratan, y disponen. Y mando, que ninguna persona, sin licencia del expressado Conde de Salduena, pueda imprimir, ni vender el citado Libro, pena que el que le imprimiere haya perdido, y pierda todos, y qualesquier Libros, Moldes, y Pertrechos, que dicho Libro tuviere, y mas incurra en la de cinquenta mil maravedis; y sea la tercia parte de ellos para la mi Camara, otra tercia parte para

el Juez que lo sentenciare, y la otra para el denunciador. Y cumplidos los dichos diez años, el referido Conde de Saldueña, ni otra persona en su nombre, quiera no use de esta mi Cedula, ni prosiga en la impression del citado Libro, sin tener para ello nueva licencia mia, so las penas en que incurren los Concejos, y personas que lo hacen sin tenerla. Y mando à los del mi Consejo, Presidentes, y Oydores de las mis Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la mi Casa, Corte, y Chancillerias, y à todos los Corregidores, Assistente, Gobernadores, Alcaldes Mayores, y Ordinarios, y otros Jueces, Justicias, Ministros, y personas de todas las Ciudades, Villas, y Lugares de estos mis Reynos, y Señorios, y à cada uno, y qualquier de ellos en su Distrito, y Jurisdiccion, vean, guarden, cumplan, y executen esta mi Cedula, y todo lo en ella contenido, y contra su tenor, y forma no vayan, ni passen, ni consientan ir, ni passar en manera alguna, pena de la mi merced, y de cada cinquenta mil maravedis para la mi Camara. Dada en Buen Retiro à primero de Septiembre de mil setecientos cinquenta y quatro. YO EL REY. Por mandado del Rey nuestro Señor, Don Agustin de Montiano y Luyando.

CANTO VIII. Octava 21. linea 3. infamar, lee infamada.

Hallo bien conforme à su original, salva esta errata, el Libro, cuyo titulo es *El Pelayo, Poema*, del Excelentissimo Señor Don Alonso de Solis Folch de Cardona, Rodriguez de las Varillas, Conde de Saldueña, &c. Gentil-Hombre de la Camara de S. M. y Obrero del Orden de Calatrava. Madrid veinte y cinco de Noviembre de mil seiscientos cinquenta y quatro.

Lic. D. Manuel Licando de Rivera,
Corrector General por S. M.

TASSA.

DON Joseph Antonio de Yarza, Secretario del Rey nuestro Señor, y su Escribano de Camara mas antiguo, y de Gobierno del Consejo: Certifico, que haviendose visto por los Señores de èl el Libro intitulado: *El Pelayo, Poema*, que con licencia de dichos Señores, concedida al Excelentissimo Don Alonso de Solìs Folch de Cardona, Conde de Saldueña, ha sido impresso, tassaron à ocho maravedis cada pliego; y dicho Libro parece tiene quarenta y quatro, sin principios, ni tablas, que à este respecto importa trescientos y cinquenta y dos maravedis; y al dicho precio, y no mas, mandaron se venda, y que esta Certificacion se ponga al principio de cada Libro, para que se sepa el à que se ha de vender. Y para que conste lo firmè en Madrid à veinte y nueve de Noviembre de mil setecientos cinquenta y quatro.

Don Joseph Antonio de Yarza.

PRO-

PROLOGO.

ESTE Poema, que empezò la diversion, continuò el estudio, y acabò el trabajo, à la poderosa instancia de algunos Amigos sale à el juicio de dos especies de gentes: à la docta censura de los Sabios; y à la mordaz Critica de los ignorantes; tan respetable la primera, quanto digna de no ser atendida la segunda: y siendo assi que los mayores Ingenios no han llegado à pisar la cumbre de un Poema Heroyco sin objeciones, segun las dificiles reglas de la Epopeya, mal puedo pensar yo, que ni en ingenio, ni Ciencia los igualo, (que quedarè con mucha vanidad, si los imito) que haya desatado este Gordiano Nudo: Pero lo que me ha animado à escribir, es querer que el primer Heroe de nuestra Nacion no quede sin la gloria de que un Patricio se haya empeñado (aunque sea mas con Zampoña, que Trompa) en cantar sus hazañas: pues aunque le escribiò el Pinciano, docto honor de nuestra Patria, y à quien tributo la mayor veneracion; con el transcurso del tiempo està en un estilo, y lenguage, que ya ha perdido la hermosura, y gracia, que tendria entonces, verificandose lo que tan discretamente dixo Horacio en su Arte Poetica: *Debemus*

mor-

morti nos, *&c.* ademàs, que en los primeros Cantos, mas que imita, traduce los Libros de Virgilio, y hace Enèas à Pelayo, y le pone amancebado con Eliſa: yo no me ajuſto à que un Heroe, que fue elegido para tan grande empreſſa, tuvieſſe vicios, debiendo antes creer las virtudes.

El eſtilo he procurado que ſea claro, y Caſtellano, uſando rara vez de voces latinas; los Epiſodios los introduzco los mas naturales, huyendo el Dragon, que arroja fuego, y aſsi otros, que en quanto ſe quieren elevar mas, ſe apartan de la veroſimilitud; pues ſiendo la deſtruccion del Imperio Mahometano ſenſible al Demonio, parece que èſte uſaria de ſus aſtucias para embarazarla; y aſsi, èl en eſto ocupa mucha parte del Poema. Aunque los mayores Poetas han pintado en el Canto del Infierno à Pluton con Cuernos, y manejando Sierpes por Cetro; yo, aunque no diga, que no me parece lo mas acertado, no los ſigo, y lo pongo Eſpiritu, pues èl no tiene figura corporea, y aun ſiendo Gentil lo hizo aſsi Virgilio.

Eſtas anticipadas diſculpas à los muchos errores, que havrè cometido, doy à los Doctos, que eſtos, como juzgan con ſuavidad, diſsimularàn mis defectos: bien que eſcribo en una Era en que algunos preſumidos tratan con indignidad à los mayores hombres, ſin que quede un Calderon, un

un Lope, y un Gongora, à quien no muerda su diente, encendido en el fuego de su ignorancia, creyendo que ellos solos son los unicos que lo entienden, porque son los que menos saben, y dicen en sus Obras, que quieren vindicar la Nacion, con lo mismo que la ultrajan: siendo cierto, que el escribir ellos es nuestro mayor descredito; pero semejantes Momos no merecen mas que el desprecio por castigo. VALE.

PRO-

PROTESTA.

SI en esta Obra huviesse alguna clausula, ò palabra mal sonante, desde luego la detesto, y quiero que se borre, pues protesto, que todo lo sujeto à la correccion de la Santa Romana Iglesia, como Hijo suyo.

El Conde de Saldueña.

ARGU-



ARGUMENTO.

MUNUZA, ENAMORADO de Hormesinda, hermana de Don Pelayo, le envia con Embajada para ausentarle. Persuadeselo Luzbèl, que teme la ruina del Imperio Moro. Solicíta que sea su esposa el Tyrano: despreciale, y logra con violencia su amor. Escribe ella el sucesso à su hermano.

CANTO PRIMERO.

I.

YO aquel, que en otro tiempo, de mi habena
Pulsé al viento la débil harmonìa,
Siendo de amores métrica Syrena,
En la patria ribera, la voz mia:
Roto ya el eslabòn de su cadena,
Vierto al ayre, con ruda melodìa,
Heroe Español, porque mi labio rompa,
Trocando alegre són, à marcial Trompa.

II.

No ya profano Numen dè à mi acento
Barbara inspiracion, suene glorioso
Angelico primor en mi Instrumento,
Que le anime à mi voz lo fervoroso:
Cantarè, con heroyco atrevimiento,
El Asturiano Marte Religioso,
Que con sacros auxilios de Maria,
Recuperò la Ibéra Monarquia.

III.

Tù, que del Sol Divino eres Centella,
Encendida en su amor, y que constante
Recibiste sus rayos, clara Estrella,
En quien resplandeciò su luz brillante:
Que el venenoso mar, que vertiò aquella
Poma infeliz, en el primer instante
Passaste de tu sér, con tanta gloria,
Como cantar sin riesgo la victoria;

IV.

Esposa del Divino Soberano
Espiritu, si Madre de Dios Vivo,
Hija del Padre Eterno, donde ufano
Hizo de las Virtudes sacro Archivo:
Ave Immensa de Gracia, que al Tyrano
Dragon humillas el orgullo altivo,
Pues si acechos, infiel, pone à tu planta,
Esta venciendo, quiebra su garganta.

Fuis-

V.

Fuiste del mundo universal consuelo,
Quando vistiendo purpura del dia
Al crepusculo incierto, baxò à el suelo
Principe de Sagrada Gerarquia:
Pues unidos se vieron Tierra, y Cielo
Con tu consentimiento, (Gran MARIA)
Porque hiciesse tu Labio Soberano
Divino al hombre, quando à Dios Humano:

VI.

Iris de paz Divino, que serena
Borrasca, que amenaza con rigores
La Justicia de Dios, quando se llena
Del continuo abusar de los errores:
Pues que sus iras en piedad enfrena,
Mirando de tal Arco los colores,
Previniendo tu amor en la desgracia
Mares de auxilio, pielagos de gracia:

VII.

Inflama, Protectora Madre mia,
Mi rudo aliento, en voces Celestiales;
Y perdona si loca mi ossadìa
Bebe tal vez del Pindo los cristales:
Que alternando profana melodìa
Arrancarè sus flores, porque en tales
Verdades, dè sus tintas los colores
Hagan brillar mejor sus resplandores.

VIII.

A tus Divinas Puras Aras llego
A ofrecer este voto, que en la pyra
De mi pecho, encendido en vivo fuego,
No erudicion, sino humildad respira:
La voz rendida, que articúla el ruego,
Admitida de Tì, mi fé la mira,
Quando à tu Solio ascienden por el viento
Obras de Dios, en alas de mi acento.

IX.

Despues que fiero profanò Rodrigo
La beldad de Florinda, cuyo arrojo
Abriò passo al sacrilego Enemigo,
Irritando de Dios el justo enojo;
Y que llora infeliz tanto castigo
España, siendo mísero despojo
Del error loco, con que Sacras Leyes
Violaron los descuidos de los Reyes;

X.

Suspiraba abatida la Nobleza,
El Pueblo estaba de hambre fatigado;
La Milicia trocada en la torpeza,
El Monarquico Cuerpo desarmado:
De quien domìna la Real Cabeza
Solo vicios intenta, su cuidado
Es seguir de Witiza el vil exemplo,
Reduciendo à ceniza el Sacro Templo.

De

XI.

De esta ocasion valido el vil Juliano,
Meditò con traydora injusta saña,
Que cautivo obedezca al Mauritano
El explendor glorioso de la España:
Y de Ulid admitido tan tyrano
Consejo, el Mar poblò de fuerza estraña,
En Naves tantas, que rindiò obediente
Neptuno à su poder la undosa frente.

XII.

O quánto doloroso mi instrumento,
Trágico le previene à la memoria
Tanta desdicha ya, tanto tormento,
En la infelicidad de infanda historia!
Selle la voz, no acuerde mi lamento
De Muza, con Tarif, la altiva gloria,
Que ya escribiò del Mar en el recinto,
Guadalete, de Goda sangre tinto.

XIII.

Solo excepcion de tanta tyrania
Lo escabroso quedò de la Montaña,
Que se dilata à el Aquilòn umbria,
Y el Mar sus fines con espumas baña:
Entre sus rustiquezes escondia
Las primarias reliquias de la España,
Que defendidas de sus fuertes breñas,
Trocaron los Palacios por las peñas.

XIV.

Desprecio fue su barbara aspereza
Del poder Africano, sin recelo,
Que al verde honor, que ciñe su cabeza,
Pudiesse marchitar su humilde suelo:
En tanto, con sacrilega fiereza,
Aumenta su dominio el desconsuelo;
Con que en lagrimas tristes baña tierno,
El formidable horror de su gobierno.

XV.

Del Imperio oprimida, Mauritano,
Gemìa, que soberbio, que nocivo,
Las señas ocultando de lo humano,
Era de furia Mongibelo vivo:
No quedò casto lecho, que tyrano
No le profane al misero cautivo,
Que uracàn de crueles liviandades,
Agostaba perfectas castidades.

XVI.

Claustro, que à Dios la virginal pureza
Votò, de Florentina en el amparo,
De sus rostros hiriendo la belleza,
En la fealdad buscaron el reparo:
Ya convertida en ira la torpeza,
Rinden el cuello, en tierno desamparo,
A su cuchilla; con heroycas palmas
La Celeste mansion pueblan sus Almas.

Pro-

XVII.

Profanados los Templos, los Altares
Sirven à errado impuro ministerio;
Los Saçerdotes, sin los Patrios Lares,
Padecen en infame cautiverio:
De la Madre de Dios las singulares
Estatuas ultrajò con vituperio
Su tyrania; tanto atrevimiento
'A su poder labrò débil cimiento.

XVIII.

Blanca Azucena, en ya cárdeno Lyrio
Trocò la rabia de su filo ayrado,
Derramando de rojo humor el tyrio
Color, que alegre mejorò su estado:
No puede, no, Poetico delirio
Numerar tanto Martyr admirado,
Que mas facil seria en mi lamento
Contarle Estrella à Estrella al Firmamento.

XIX.

Todo era horror, desdichas, y gemidos,
Sobresaltos, fatigas tan mortales,
Que no hallaban consuelo los sentidos
En el comun alivio de los males:
Quando de Dios abiertos los oìdos,
El remedio previenen por iguales
Motivos à la dicha, pues que saca
De la misma ponzoña la triaca.

XX.

Si fue suprema causa amor del llanto
De Iberia en la tragedia de la Cava,
Deydad precita del tremendo espanto,
Trueca à Señora, la que gime esclava:
Retrato de Rodrigo serà en tanto
Munuza, pues lascivo preparaba,
Con los torpes errores de su vicio,
Al Africano Imperio el precipicio.

XXI.

Gobernaba à Jijòn este Tyrano,
A quien prodigamente la fortuna
Le transformò lo humilde en soberano,
Levantandole à el Orbe de la Luna:
Soberbiamente el Barbaro inhumano,
Olvidando defectos de la cuna,
Gyraba altivo su atrevido vuelo
A estrellar sus errores en el Cielo.

XXII.

Amante incendio el corazon le aflige,
Que causando en su pecho confusiones,
Infierno era de amor, en donde elige
Por tormento el furor de las passiones:
En Plutòn transformado, el Cetro rige
Cupido, llamas son las perfecciones
En los horrores de este abysmo ciego,
Donde se abrasa el fuego en otro fuego.

XXIII.

Era Hormesinda, de Pelayo hermana,
La causa dulce de su ardiente anhelo,
Beldad, que desmintiendose de humana,
Animado parece breve Cielo:
No compite à su frente la mañana,
Ni à su cabello el que ilumina el suelo,
Que Alva obstenta el color, el pelo rayos,
En confusion de Agostos, y de Mayos.

XXIV.

Globos de incendio son sus bellos ojos,
De blanda luz Monarcas Celestiales,
A quienes rinden miseros despojos
Los alvedrios entre tiernos males:
En sus dorados arcos sus enojos
Corona amor, quando fulmina tales
Rayos contra los pechos, que su imperio
Hizo ambicion dichosa el cautiverio.

XXV.

Tanto es el mar immenso de belleza,
Que en la pluma no caben sus primores,
Y navegando tanta gentileza,
El Baxèl del Ingenio fluctùa errores:
No prosiga mi barbara rudeza,
Dexe el pincèl, arroje los colores;
Que no puedo copiar tanto portento,
Que hace la voluntad entendimiento.

Esta

XXVI.

Esta beldad Munuza adora fino,
Bien que conoce el Barbaro inhumano,
Que aspirar de su cielo à lo divino,
De Icaro es repetir el vuelo vano:
Por otra parte anima el desatino
De intentar ser su esposo, porque es llano,
Que hace olvidar lo humilde de la cuna
El oro, la sobervia, y la fortuna.

XXVII.

Batallaba entre sì, siendo su pecho
Enigma, que no entiende, pues helado
Se mira à partes, y en voraz despecho,
Por otra mina, le sintiò abrasado:
En lagrimas tal vez sale deshecho
Liquido el corazon, tal transformado,
En dura piedra està, pues competìa
Lastima, amor, crueldad, y tyranìa.

XXVIII.

Sobre su pecho guarda eternamente
El Tartareo Plutòn la congetura,
Que Aspid mordaz, con venenoso diente,
La llama aumenta de su pena dura:
Colige, que el Imperio delinquente
Tendrà fin presto, y quiere su locura,
Con torpe audacia de anublada Ciencia,
Frustrar à Dios la justa providencia.

In-

XXIX.

Infunde en el Tyrano su beleño
A que rendido, en suspension vagante
El pensamiento, en el pesado sueño
Le representa el Iddolo constante.
Luzbèl entonces trueca el negro ceño,
De Angelico primor, à luz brillante,
Y el rencor aumentando de su ira,
Horrendas voces su furor conspira:

XXX.

Yo, à quien Alà del Reyno Mauritano
Fia la proteccion, pues por mi llenas
Miras de tanto misero Christiano
El victorioso horror de sus cadenas:
A tì, glorioso honor del Africano,
Aliviarè las infelices penas,
Porque el ardor de tus afectos rinda
Invencibles desdenes de Hormesinda.

XXXI.

Pelayo injusto, conspirar intenta
Contra el Imperio Moro, de su pecho
La traycion en los Pueblos se fomenta,
Para que ceda en el comun provecho:
Sellar tanta ambicion puede la afrenta,
Con el feliz rigor de tu despecho,
Que el altivo esplendor de la Nobleza
No sufrirà ultrajada la Cabeza.

Ma-

XXXII.

Mariposa inocente, no tu fama
La gastes en ocioso devaneo,
Que espirarà cortès, de aquel que ama,
En los tímidos tornos el deseo:
Apaga el fuego, que tu pecho inflama,
Quemando el corazon en tal empleo,
Y animaràs tu sèr, pues sin desmayos,
Phenix renaceràs à tantos rayos.

XXXIII.

Ausenta de su hermano la persona,
Y asseguras la dicha à tu desvelo,
Logrando de Hormesinda la corona,
Remedias de tu mal el desconsuelo:
Si ella te desdeñasse, no baldona
Al amor, quien aspira à tanto cielo;
Rompe los muros de la resistencia
Con el golpe fatal de la violencia.

XXXIV.

Si infelizmente siente tus rigores,
Sirvala, pues, tu afecto de beleño,
Que adormezca desdenes en favores,
Y en dulzuras las iras de su ceño;
Porque tal vez se engendran los amores
Del desprecio tenaz, siendo el empeño
De los suspiros, ansias, y humildades,
Quien convierte entereza en piedades.

XXXV.

No temas à Pelayo, que prudente
 A remediar el daño ſucedido
 Vendrà, ſolicitando que tu frente
 Ciña el laurèl honroſo de marido.
 La injuria privarà, que eternamentē
 Hable en ſu honor; à un tiempo has conſeguido
 El logro de tu dueño ſoberano,
 Y un enemigo convertir à hermano.

XXXVI.

Aſsi dixo; y luego horrendamente
 Su furor al Tyrano le reviſte,
 Sin que le dexe accion indiferente,
 Que à ſu incendio tremendo no conquiſte:
 No ya Cupido anima dulcemente
 Su anhelo; que ſoberbiamente aſsiſte
 En ſu ſangre Plutòn, y ſe vèn llenas
 De infernal ſaña ſus ceruleas venas.

XXXVII.

Con èl ſe queda, ſi deſaparece,
 Pues dexa el pecho ya contaminado
 A Munuza, que ciego le agradece
 El conſejo que elige deſpechado:
 Deſpertò, y ſu furor ſangriento crece,
 Vertiendo al ayre viento envenenado;
 Y por templar del corazon volcanes,
 Pronunciò ſedicioſos uracanes:

Què

XXXVIII.

Què importa, dice, que la cuna ingrata
Me niegue ilustre sangre, si me veo
Por mis obras tan alto, y me retrata
El que logro por mì mayor tropheo?
Esta dulce Syrena, que me mata,
Sea humilde holocausto del deseo,
Y puedan, si no finos rendimientos,
Conseguirla crueldades, y tormentos:

XXXIX.

Abdalasis tambien, el Africano,
No logrò la hermosura de Egilona,
Siendo primero de su amor profano
Despojo humilde quien ciñò Corona?
Pues por què yo, quando mi afecto humano
A ser su esposo, temo? no baldona
Su sér mi sangre; nunca los Dinteles
Del Templo desdeñaron los Laureles:

XL.

Es acaso el blason de la Nobleza
Mas que un sér obstentoso, que ha debido
Al continuado bien de la riqueza,
El polvo obscurecer de que ha nacido?
Luego merece mas aquel que empieza
Por sus obras à hollar lo que adquirido
Fue de valor ageno; que es mas gloria,
Alcanzar por sì mismo la victoria:

XLI.

No atrevido mi amor, sì cortesano,
Intente con ſumiſſo rendimiento,
Exalando mi pecho del inſano
Mal que le oprime el míſero tormento,
Los ruegos oponer à ſu tyrano
Deſdèn, pues que tan ſolo es el lamento
El que logra feliz amantes bienes,
Abatiendo murallas de deſdenes:

XLII.

Qual rompe con la reja, y la fatiga,
A Veſta las entrañas el Villano,
Y con ſudor ardiente, de enemiga
Yerva la limpia ſu robuſta mano:
A que fecunda, con dorada eſpiga
Correſponde ella, dandole en ſu grano
Copia tal, que en crecidos intereſſes
Colman el campo multitud de mieſſes;

XLIII.

Si aſsi de ſu deſdèn la tierra ingrata
Labra la voz de mi corteſania,
Harà que correſponda fiel, y grata
A la reja tenaz de mi porfia:
Lluvia de rendimientos mil deſata
Mi humildad à ſu pecho, donde cria
El alma, para premio à mis amores,
Fecundiſsima copia de favores.

Pe-

XLIV.

Pero ſi acaſo cruel rigor ſevero
Fulmina à la verdad de la fineza;
Conſeguirè tyranamente fiero
Marchitar el verdor de ſu pureza:
Ultrajar con violencia lo que quiero,
Traycion ſerà, engendrada en la vileza;
Mas feliz, ſi conſigo aſsi el tropheo,
Que los anhelos ſacie à mi deſeo.

XLV.

Solo à Pelayo temo, porque altivo,
Tanto en ſu ſangre Real ſe deſvanece,
Que ſiento dàr à ſu valor motivo
Contra mi pecho, que el temor guarnece;
Mas yo harè que ſe auſente, pues avivo
Aſsi mi dicha, y mas feliz me ofrece
La ocaſion el delito, que las puertas
A mi amante apetito dexò abiertas.

XLVI.

No sè al mirarle què recelo advierte
Mi corazon; parece que en ſus ojos
Veo de las exequias de la muerte
Eſculpidos los míſeros deſpojos:
Aborrezco ſu nombre de tal ſuerte,
Quanto de ella venèro los enojos,
Que de una ſangre à un tiempo, en mi tormento,
Nace el amor, y el aborrecimiento.

Aſsi

XLVII.

Asi sellò la voz, y del Infante
Accion secreta à su valor confiaba,
Ocultando traydor el fulminante
Rencor, que las medúlas le abrasaba:
Hypocritas los ojos, el semblante
Con engañoso alhago, sepultaba
Su intencion, que los dobles corazones
En amistad disfrazan las trayciones.

XLVIII.

De intentos que felices importaban
A las seguridades del Christiano,
El Pliego le confia, que anhelaban
Sus ansias, del Virrey vèr en la mano:
O quánto sus deseos le engañaban,
Pues consigue este misero Tyrano,
Con lo que se apresura à feliz suerte,
Adelantar los passos de la muerte!

XLIX.

Ya en un ligero bruto, à quien dìò el viento
La rapidèz, si el agua con su bruma
El color le vistiò de su Elemento,
En la que bebiò al Betis blanca espuma:
Dexando atràs el mismo pensamiento
Parte Pelayo, en diligencia suma,
Que aun al curso de Apolo por la Esphera,
Atrasò lo veloz de su carrera.

L.

Trifte imaginacion le atormentaba
En uno, y otro penfamiento vago,
Que fiel el corazon, pronofticaba
Antes del golpe, en temerofo amago:
De fu hermana un inftante no apartaba
Su dolor, y la ruina de fu eftrago
Teme infaufta, pues dexa fu belleza
Expuefta entre el rigor, y la dureza.

L I.

Su difcurfo fatàl afsi navega
En alterado mar de confufiones,
Sabe que amor la mas prudente ciega,
Que rompen el decoro fus harpones:
Por otra parte, affegurarfe llega
De quantas la adornaban perfecciones;
El miedo entre fus dudas fe reparte,
Y entre feguridad, y temor parte.

L I I.

Muda ocupò la fombra triftemente
Los dominios del Sol, no brillan bellas
En pedazos fu luz refplandeciente,
Trémulos explendores las Eftrellas:
Sangriento Metheoro refulgente
Publicaba con voces de centellas,
La deftruccion de Imperio Mauritano,
Al filo de la Efpada del Chriftiano.

Pá-

LIII.

Pálida ya la Luna, en ſu ſemblante
Decadencias ſeñala al torpe Moro,
Pues ſobre ella ſe mira fulminante
Quien venga con ſus garras ſu deſdoro:
Bruto ſe repreſenta, que triunfante
De purpureo color viſte el decoro,
Y tiñendo de ſangre la Campaña,
Serà el blaſón primero de la Eſpaña.

LIV.

Sobre los corbos rayos de la Luna
Un Leon ſe obſtentaba, que enojado
Amenaza del Moro la fortuna,
En rojo humor el pecho ſalpicado.
El Eſpejo de Cintia ya importuna
Luz bebe à el Sol, pues trémulo, eclipſado,
Arroja en vez de rayos mal diſtintos,
Arroyos en funeſta ſangre tintos.

LV.

En tenebroſo horror, el ayre vago
La noche de lugubre trage viſte,
Que amenazaba à riguroſo eſtrago
El ceñudo furor del Cielo triſte:
Por el trueno ſe teme que el amago
Jove execute, ſi indignado aſsiſte
En las ayradas iras de ſu mano,
El rayo ardiente, que forjò Vulcano.

LVI.

Nunca la noche su tremendo manto
Tendiò, de obscuridades mas texido,
Que en el Reyno nocturno del espanto,
En sombras todo se mirò teñido:
Ciegos los ojos, silencioso llanto
Al ayre entregan, niegan el gemido
Los pechos, porque temen que el aliento
Al respirar, les inficione el viento.

LVII.

El Pueblo temeroso, y agorero
Recela, pueda el hado riguroso
Ordenar à su Imperio con severo
Decreto, el fin de su reynar glorioso:
Barbaro Sacrificio quiere fiero,
Que lo infeliz le trueque à lo dichoso,
Y sea del Cautivo cruda muerte,
Quien revoque las iras de la suerte.

LVIII.

Abenhabed rhetorica blandura
Opone à la inquietud, dichosamente
Enfrenò con la voz de su cordura
Del desbocado intento la corriente:
Consigue al fin, que ya su saña dura
Indulte del suplicio al inocente,
Templando de los pechos pertinaces,
Endurecidos animos voraces.

Mu-

LIX.

Munuza en tanto, con afecto ciego,
Por lograr el deseo, que constante
Hospeda el corazon, buscaba el fuego
De los Luceros de Hormesinda amante:
Valido de la noche, Sinon Griego,
Introducir intenta fulminante
Llama, à segunda Troya, en Paladiones
De rhetoricas vanas persuasiones.

LX.

En su Quadra se mira, donde bella
La Infanta, del dolor sobresaltada,
Esparce resplandor, qual tibia Estrella,
A quien raro vapor tiene anublada:
Turbado su explendor, torpe la huella,
Estatua es viva, de temor helada,
Tal, que le niega el aura, en desagravio,
El transparente movimiento al labio.

LXI.

Sosiega (dice el Barbaro) ya el susto,
Que tu beldad sacrilego amedrenta;
Es el intento que me mueve justo,
Y no mi pecho tu desdicha intenta:
Solo à trocar de tu desdèn injusto
En piedad el rigor, mi voz se alienta;
Creyendo à tu crueldad quedar vencido,
Pues entrò con insignias de rendido:

LXII.

De tu luz, animada Mariposa,
La hoguera ronda mi desassossiego,
Esperando que en Pyra religiosa,
Ofrenda espire de tu dulce fuego:
Salamandra pudiera venturosa
Alimentàr tu llama mi amor ciego,
Si à la voz de mi llanto, tus piedades
Unieran à una fé dos voluntades.

LXIII.

Qual la Aveja à la flor, que la mañana
Hizo depositaria del rocìo,
En tornos codiciosos ronda ufana,
El que respira aroma, à el ayre frio:
Assi yo tu color, bella tyrana,
Busco, temiendo que de tu desvìo
Veneno exhàles, donde entre baybenes
Inficionen mi pecho tus desdenes.

LXIV.

No es tyranìa, què antes amorosa
Mi voz te busca, con afectos fieles,
Porque el thàlamo dulce honres esposa,
Premiando à mi dolor ansias crueles:
Tanto encendiò mi pecho la preciosa,
Divina beldad tuya, que pinceles
Hechos mis ojos, en suspensa calma,
Tu beldad matizaron en el alma.

Fe-

LXV.

Felizmente en reciprocas uniones
Dudarà amor, en fé de la fé mia,
Si acaso es uno, ù dos los corazones,
Desde la gloria de este alegre dia:
Convertidas en Clicies mis passiones,
Seguiràn los caminos de tu dia,
Admirando la causa, cuyo efecto
Es animar dos almas un sugeto.

LXVI.

No te niegues ingrata à mi deseo,
Concedele à mi dicha lo que anhela,
Permitete de amor al dulce empleo,
Templa el ardor, que en lo que abrasa, yela:
Mira que ya la antorcha de Hymenèo
En blandas luces por el viento vuela,
Y à consolar mis ansias, y mis males,
Los resplandores encendiò nupciales.

LXVII.

Si en purpurea verguenza el rostro viste
Hormesinda, medrosa del amago,
(Aunque su pecho su humildad resiste)
Con piadoso responde, infiel alhago:
Temerosa politica la assiste
En su voz, el recelo de su estrago,
Y à engañar del Tyrano la assechanza,
Con el cebo anhelò de la esperanza.

LXVIII.

Noble Munuza, (dice) en quien el Moro
De su Regio poder vè mejorado
El Cetro, que brillò tanto decoro,
De tu Imperio feliz en lo acertado:
Tù haces retroceder el Siglo de Oro,
Triunfando con politico cuidado
De la embidia mordaz, y la malicia,
Enlazando la paz con la justicia:

LXIX.

Essa feliz propuesta, con que amante
A mi fortuna ofreces tanta gloria,
La guardarà mi amor siempre constante,
En el archivo fiel de la memoria:
No borrarà del tiempo lo inconstante,
Las letras con que imprima dulce historia,
Con las alegres tintas del contento,
Dócil papel de mi agradecimiento:

LXX.

Feliz lográra tan dichoso empleo
En mutua union, en fé correspondida,
Premiando el anhelar de tu deseo,
Los tiernos años de mi edad florida:
Arrastrára dichosa en fiel trophèo
Cadenas del amor, y de encendida
Pyra, voláran en fragrantes gomas
A su solio purissimas aromas:

LXXI.

Reconociendo ſu ſuave imperio,
A Venus aclamáran ſoberana
Deydad mis voces, ſiendo vituperio
De las auſteridades de Diana:
En tan apetecido cautiverio
Viviera, tan alegremente uſana,
Que ſuſpenſa eſtaria la memoria
En la dicha feliz de tanta gloria:

LXXII.

Mas no puedo ofrecerte el alvedrio
En las ſeguridades de mi mano,
Pues aunque tenga el titulo de mio,
Sola la poteſtad es de mi hermano:
En èl puede tu amante deſvarìo
Lograr la dicha, con que honores gano;
Pues de ſu arbitrio pende la importuna
Voluble rueda ya de mi fortuna.

LXXIII.

Aſsi dixo la Infanta; è indignado
Munuza, mueſtra con mirar ceñudo,
Quánto ſiente ſu pecho traſpaſſado
De ſu dura reſpueſta al golpe agudo:
Ya conoce que falſa le ha engañado,
Y aumentando ſu rabia, con ſañudo
Furor vierte en ayrada voz al viento
La oculta tyranìa de ſu intento:

Fal-

LXXIV.

Falſa, ingrata Syrena, que engañoſa
Con el ſutìl disfraz de tierno alhago,
A mi pecho previenes deſdeñoſa
El eſcarmiento, en corteſano amago:
Antes con ſaña injuſta, mi amoroſa
Paſsion activa ſaciarè en tu eſtrago,
Y tu infeliz Deydad ſerà trophèo
Del fuego en que ſe abraſa mi deſeo:

LXXV.

Yo de un injuſto loco en la balanza
Pondria mi dolor, porque tyrano
El deſeo burlaſſe à mi eſperanza,
Negandome la dicha de tu mano?
Cómo puedo tener tal confianza
En un ſoberbio, altivo, pues tan vano
Juzga el valor de ſu Real perſona,
Que à ſus pies arrojára la Corona?

LXXVI.

Si la beldad, que en tì me obliga à amarte,
Puedo yo por mi miſmo merecerla,
Necedad fuera en la ocaſion dexarte,
Exponiendome à rieſgos de perderla:
Lo que no pudo hacer ſumiſſo el arte,
La violencia conſiga, que vencerla
Las armas no podràn de tierno lloro,
Que el muro romperè de tu decoro.

Con-

LXXVII.

Convirtiendo el amor en apetito,
Beberè de tu tèz las tintas bellas,
Lograrè mi deſeo en el delito,
Y eclipſarè la luz de tus eſtrellas.
(Aſsi dixo) y con animo precíto,
Sordo à la triſte voz de ſus querellas,
Si humilde eſclavo de paſsiones locas,
Los oìdos tranſmuta en duras rocas.

LXXVIII.

De la accion del Tyrano ſorprendida
La Infanta, neciamente con deſpego
Quiere enfrenar la ſaña, que encendida
Acrecienta la llama en mayor fuego:
Su ſangre le propone, y no le olvida
La ſuya; ò necedad del pecho ciego,
Pues que le dà razon de ſer tyrano,
Quien acuerda ſu origen à un villano!

LXXIX.

Llamar quiſo, penſando que ſu llanto
Pudieſſe ſer de alguna ſocorrido;
Mas nadie la reſponde en ſu quebranto,
Que el oro à ſu clamor cerrò el oìdo:
Adónde tu juſticia, ò Cielo ſanto!
Oculta el rayo, vibra ſu encendido
Furòr, que mas ſoberbio es ſu deſeo,
Que el centimano impulſo de Tiphèo!

LXXX.

O Amor! ſi ſientes tu poder ajado,
De un injuſto cruel à la ira braba,
Y trophèo à ſus pies vès ultrajado
El imperio glorioſo de la aljava:
Arroja el arco, y con rigor ayrado
Empuña juſto formidable Clava,
Porque ſienta eſte Libico Tyrano
La fuerza de tu brazo ſoberano.

LXXXI.

En poſſeſsion trocada la eſperanza,
Con blanda voz, ſi con afecto ciego,
La alienta, con ſegura confianza
De que ſerà en ſu pecho eterno el fuego:
Perſuadela à que trueque ya en bonanza
El alterado mar de ſu deſpego,
Porque ſurque feliz de amor la Nave,
Con el favor del zéfiro ſuave.

LXXXII.

Doraban ya con pàlidos viſlumbres,
De Apolo infante, tibios reſplandores,
Y ahuyentando nocturnas peſadumbres,
Rejubenece el campo en ſus verdores:
Saludaban corteſes à ſus lumbres
Matizados aromas en las flores,
Los Pajaros con trinos eloquentes,
Gorgéos criſtalinos en las Fuentes.

O Ape-

LXXXIII.

Apenas apacible la mañana
De rosiclèr amaneciò vestida,
Dando à los Prados en verdor, y grana,
Segunda perfeccion en nueva vida:
Quando Munuza, con alegre usana
Voz, publìca la dicha conseguida,
Convidando à que honren su fortuna
Quantos orlan soberbia Media Luna.

LXXXIV.

En tanto, pues, que altivas prevenciones
Dispone para glorias de hymenèo,
Juntando su soberbia las Naciones,
Que del Imperiò Moro son trophèo:
La Infanta viste ya simulaciones,
Que cautamente oculten el deseo
De que lave, la mancha à su pureza,
Del Tyrano cortada la cabeza.

LXXXV.

Con tierna voz, y con silencio mudo,
Que sabe el pecho, si ignorò el oìdo,
Se retira à su Quarto, y con agudo
Medio, espera enmendar lo sucedido:
Su desgracia encomienda à papel mudo,
Que de su tierno llanto humedecido,
Lagrimas bebe en miseros despojos,
De los brillantes orbes de sus ojos.

LXXXVI.

Letras forma, suspiros exalando
Su casto pecho; y tanto la enagena
El dolor, que la Carta và formando
De llanto mas, que de renglones llena:
Al papel; de su mente trasladando
El amargo motivo de su pena,
Escribe, ya en gemido, ya en desmayo,
Estas clausulas tristes à Pelayo:

LXXXVII.

Hermano, si el dolor, que tristemente
Padece nuestro honor amancillado,
No hace que tu valor, qual ethna ardiente,
Rio brote de fuego fulminado:
Yo misma de mi purpura inocente
Verterè el que en mis venas se ha engendrado
Rojo color, y lograrè muriendo,
Borrar la mancha, que causè viviendo.

LXXXVIII.

Partiste con fantastica Embajada,
Que artificiosa fabricò el engaño,
Porque fuesse mi suerte desdichada
La que diesse materia à tanto daño.
O antes que mi madeja devanada
Tuviesse Cloto, en triste desengaño,
Cortára à su vital estambre el hilo,
De Atropos fiera el macilento filo!

LXXXIX.

Entre Lobos dexaste la Cordera,
Que hombres baxos, de espiritus serviles,
Rinden à el interès la fé sincéra,
Vendiendo la lealtad à precios viles.
No los disculpo, no, Troya no fuera
Ruina de Agamenon, Triunfo de Aquiles,
Si no brotasse por infame Griego,
Mas que el Paladion, el oro fuego.

XC.

Munuza, que en su pecho alimentaba
Llamas de mis amores, con el oro
Ganò la Fortaleza, que guardaba
El apreciable bien de tal thesoro:
Con sumission rendida me adulaba,
Que entregasse à su furia mi decoro,
Intentando de tanto explendor Regio,
Con su sangre manchar el privilegio.

XCI.

Intentè con engaños amorosos
Templar su ardor, mas la desdicha mia,
Con los suspiros que formò llorosos,
Creciò la llama mas de su porfia:
Apelè à los desprecios rigurosos,
Y dì mas fuego à tanta tyranìa,
Que traydor, ciego, con infame ultrage,
Fue triunfo nuestro honor de su corage.

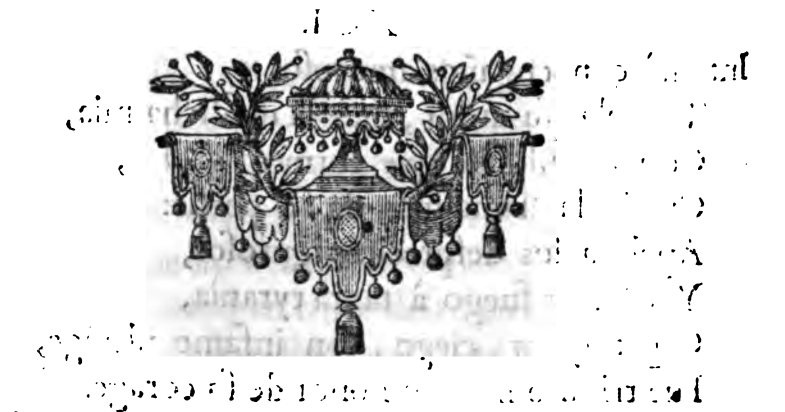
Vuel-

XCII.

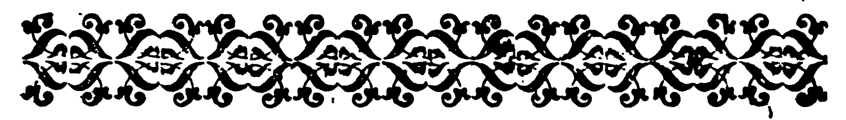
Vuelve, vuelve, Pelayo, pues que lleno
De blasones estàs, sea la venganza
El antidoto cierto à tal veneno,
No en dilacion malogres la esperanza:
Sienta el golpe del rayo, sin el trueno,
Que en tu brazo la dicha se afianza
De una hermana infeliz, vibra el acero,
O borra el nombre ya de Caballero.

XCIII.

Cierra la nema, y luego assegurando
Su pecho de lealtades, y ossadia
A un mismo tiempo, al Español Fernando
Entrega el Pliego, si el sucesso fia.
En busca de Pelayo parte èl, quando
En las ondas el Sol sepultò el dia,
Y por la ausencia de su rubio Coche,
Reynò el deforme Imperio de la Noche.



ARGU-



ARGUMENTO.

AL MISMO TIEMPO QUE SE EXECUTA la justicia en la persona de Ayub, por el Virrey Alahor, assi por haversele rebelado, como por la muerte que diò à Abdalasis, y à Egilona, llega Pelayo à Cordoba: es bien recibido del Tyrano Alahor: conbatenle con este sucesso tristes imaginaciones: ora à Dios: es despachado; y yendo à un Templo de Monges, que debaxo de la Regla de San Isidoro se mantenia, encuentra à Fernando: lee la Carta de su hermana: aconsejale Fernando lo que debe hacer; y entran juntos en el Templo.

CANTO II.

I.

EL Betis riega, con undosa plata,
Ciudad, que fiò el cimiento à su ribera,
Y que creciendo altiva, se dilata
Con pompa por los vientos altanera:
No en las Estrellas su ambicion remata,
Que à taladrar los velos de la Esfera
Dirige sus soberbios Capiteles,
Porque sean de Jupiter Doseles.

II.

Patria de tanto Ingenio ſoberano,
Que apurò los Clarines à la Fama,
Luces brotan las Glorias de Lucano,
A Seneca aun la embidia cruel aclama:
Deſpues à el Siglo le darà Chriſtiano,
En voces, que Poeticas derrama,
Un Mena dulce, un Gongora, à quien ſolo
Cederà el rojo aſsiento el Sabio Apolo.

III.

De la Morena Sierra, delicioſa
La falda, ſe dilata en una amena
Llanura, que confunde primoroſa,
Rica de frutos, y de flores llena:
Sus margenes corona de oloroſa
Inundacion, y criſtalina vena,
Hace que el Cuerno de Amaltèa derrame,
En quanto ſu eſpumoſa lengua lame.

IV.

De copia tanta la Campaña umbrìa
Fertilidad brotando, ſe enriquece,
Que pródiga de bienes producìa
Al ruſtico Cultor quanto apetece:
Las Vides vierten líquida ambroſìa,
Granos el oro en ſus eſpigas crece,
Coronandoſe en dones tan opìmos
Baco de mieſſes, Ceres de racìmos.

Cor-

V.

Cordoba al fin, que ſolo de ſu gloria
Puede ſer expreſsion ſu altivo nombre,
Gaſtandole las plumas à la hiſtoria
De ſus Marciales Hijos el renombre:
Hoy tierno aſſumpto ofrece à la memoria
De Alahor el Gobierno, porque aſſombre
Vèr que oculta el rigor de la malicia,
Viſtiendo de equidades la injuſticia.

VI.

Eſte ſoberbio Moro el Cetro rige
Del Tyrano Califa Damaſceno,
Y con juſticia riguroſa aflige
En Mazmorras al miſero Agareno:
Quanto ſu altiva preſumpcion colige
Que es ambicion, la impone duro freno,
Y de Eſpañoles, y Africanos triſte
Gemido doloroſo al ayre viſte.

VII.

Aqui en Carcel obſcura Ayub gemìa
La execucion, à que tyranamente
Hizo que conſpiraſſe la oſſadìa,
Dando à lo juſto nombre delinquente:
Inſpirò que Abdalaſis eſcondìa
En ſu pecho traycion inobediente,
Intentando uſurpar con torpe hazaña
El glorioſo dominio de la Eſpaña.

VIII.

Abdalasis, que rayo desatado
Fue del Planeta de la Quinta Esphera,
Y qual torrente baxa despeñado
Destrozando el verdòr à la ribera:
Assi de su valor se viò inundado
Todo el Orbe Español, y à su altanera
Militar pompa, en bélica destreza,
Humilde le doblò la Real Cabeza.

IX.

Era hijo de Muza esclarecido
Este purpureo Jóven, que suave
A la dicha se eleva de querido,
Con afabilidad mandando grave:
Tan dulcemente se mirò regido
El Pueblo en su justicia, pues que sabe
Ocultar de su edad el tiempo tierno,
El cano juicio ya de su gobierno.

X.

Entre las que Cautivas le presenta
Sevilla, la infelice fue Egilona,
Que la desgracia triste le lamenta
De vèr en tal baldòn su Real Persona:
No es el dolor, que el pecho le atormenta,
Verse Cautiva quien ciñò Corona,
Que golpes de fortuna desiguales
No commueven los animos Reales:

So-

XI.

Sobre el blanco Alquicèl pende tendido
A el ayre el negro vulgo de cabellos,
Que al criſtal de ſu cuello competido
Dexan ſus ſombras mórbidos deſtellos:
Quanto ſu pelo mueſtra anochecido,
Amanece en ſus ojos rayos bellos,
Pues blandas luces de divino Oriente
Inundan reſplandores à la frente.

XII.

Lagrimas vierte en tempeſtad ſerena
El apacible incendio de ſus ojos,
Porque los alvedrios en ſu pena
Se le rindan en míſeros deſpojos:
No es el dolor que el pecho la enagena,
Padecer los deſprecios, los enojos
De eſclavitud injuſta, que en baldones
A ſu cuello enlazaba las priſiones:

XIII.

Solo gime, que pueda ſu luz pura
Ser entregada à desigual empleo,
Y que la blanca tèz de ſu hermoſura
Sea de la laſcivia vil trophèo.
Fulmina Amor entonces con blandura
Harpòn al Jóven, que encendiò en deſeo
Su corazon, trocando el ciego Niño
El valor de ſu pecho en el cariño.

XIV.

Dulcemente en ſus ojos ſe ſuſpende
El herido Garzòn, que con deſmayos,
Quanto mas à ſus luces ciego atiende,
Le enferman mas apetecidos rayos:
Como ſe vèn unidos no comprehende
En ſu tèz los Diciembres, y los Mayos,
Fue à exalar un ſuſpiro, de amor lazos
No le dexan formar, ſino à pedazos.

XV.

Qual la Deydad à quien la ſangre elada
De Saturno engendrò en la undoſa bruma,
Que Cuna la meciò la Concha hiſtriada
En el ceruleo campo de la eſpuma:
De harpòn activo ſe ſintiò abraſada,
Al vèr de Adonis la belleza ſuma,
Y al ciego Dios le rinde por deſpojos
El incendio divino de ſus ojos.

XVI.

Aſsi ſe humilla el Jóven al tormento,
Con que eſclaviza Amor en ſus paſsiones,
Que la velocidad del penſamiento
Baſta para prender los corazones:
Viſta la imagen, crece con aumento
La memoria las vivas aprehenſiones,
Y en ſuſpenſiones de amoroſa calma
Se conſtituye Amor vida del Alma.

Con

XVII.

Con reciproca union amantes bellos,
Politicos destierran embarazos,
Rindiendo entrambos los preciosos cuellos,
Del intonso Garzòn à tiernos lazos:
Todo es amor quanto respira en ellos;
La Vid se enreda al Olmo en sus abrazos,
Y al Marmol le desmiente la dureza,
La constancia feliz de su fineza.

XVIII.

Altamente de Ayub las ambiciones
En iras se aumentaban torpemente,
Siniestras interpreta sus acciones,
Al logro del deseo delinquente:
Que Abdalasis abriga las trayciones
En su pecho, y su animo impaciente
Està, porque se enreden à sus sienes
De la Peneyda Ninfa los desdenes.

XIX.

Llevado de las iras de su pecho,
Para lograr el golpe de su saña,
Estas voces formando su despecho,
En ayrado color el rostro baña:
Ya el poder Damasceno veo deshecho,
Y rebelada la indomable España;
Si de un Traydor no corta vitàl hilo,
De nuestro Alfange el invencible filo:

XX.

El Turbante distingue con señales,
Que al Califa no mas le son debidas,
Razon que afirma, que sospechas tales
En los indicios se hallan convencidas:
En èl se miran las Insignias Reales
Del Augusto Diadema, persuadidas
Mis lealtades estàn à que Egilona
Le aconseja que usurpe la Corona.

XXI.

Herido de dolor miro el decoro
Del insigne Propheta, que abatido
Se vè por la flaqueza de un vil Moro,
Y à desprecios su Culto reducido:
Al Sagrado Alcoràn trata en desdoro
De su Ley, inclinandose al Partido
De los vanos inciensos del Christiano,
Borrandose el caracter Africano.

XXII.

Con la sangrienta voz de su eloquencia
El Pueblo en iras todo se convierte,
Decretando cruel à la inocencia
El trágico suplicio de la muerte:
En el Templo previene la inclemencia
La execucion, y yervè de tal suerte
El furor con que ayrado los concita,
Para inundar de sangre la Mezquita.

 Hu-

XXIII.

Humilde daba con errado Culto
Oblaciones el Pueblo junto, quando
Se levanta ſacrilego tumulto,
Deſnudas Cimitarras obſtentando.
Hieren del Jóven el hermoſo bulto,
Y con ſus duras puntas penetrando
Su pecho, al golpe de fatal herida,
Por la boca exalò veloz la vida.

XXIV.

Como el hijo de Aquiles vibrò ayrado
Contra el Troyano Rey tanta brabeza,
Que cayò como tronco deſgajado
A la rabia cruel de ſu fiereza:
Y de los Reales hombros ſeparado
Trophèo fue à ſu furia la Cabeza,
Creyendo que à ſu hazaña dà renombre,
Que el cuerpo pierda de ſu dueño el nombre:

XXV.

Aſsi Ayub contra el Jóven encendido
En colera ſangrienta, tiñe fiero
En las venas del cuello dividido
El filo agudo del templado acero:
Triumpho, que en la venganza conſeguido,
Puede de ſu fortuna ſer aguero,
Quando para ſu gloria, loco aplica
La Cabeza, que obſtenta en larga Pica.

XXVI.

Si hydropico de vidas, muertes bebe,
No apaga, no, del corazon la llama,
Hasta que de su sed el ansia cebe
En el trágico fin de triste Dama:
Busca à la Reyna, y ya con saña aleve,
Los explendores mancha de su fama,
Oprimiendo su cuello en duros lazos,
Porque rinda la vida entre sus brazos.

XXVII.

O Gobierno usurpado con tyrana
Accion! Què poco durarà tu gloria,
Pues con la tinta de la sangre humana
Escribes el sucesso de tu historia!
En publico Cadahalso tu inhumana
Crueldad serà padron à tu victoria,
Condenado por barbaro homicida
A que en infame palo dès la vida.

XXVIII.

Breve tiempo imperando su malicia,
Llena de horror la miserable España,
Todo quanto respira es injusticia
El bolcàn encendido de su saña:
No hay oro que no robe su codicia,
La infamia solo estima por hazaña,
Quando llega Alahor, y locamente
De rabioso furor se arma imprudente.

XXIX.

A un tiempo rebelado, y fugitivo,
Desampara à Sevilla, y arrestado,
En Cordoba buscò su furia abrigo
Al intento que sigue despechado.
Qual Javalì, que contra el enemigo
Càn, que le acosa, se rebuelve ayrado,
Vibrando, porque altivo se ensangriente,
El eburneo metal del corbo diente:

XXX.

Assi ciego el Tyrano se resiste
Contra el Virrey, y su animo impaciente
Todo de Monstruos del Averno viste
La torpe accion, que intenta delinquente.
Alahor llega apenas, quando triste
Expectaculo fue su inobediente
Traycion, que preso sirve su desgracia
De medio que conquista agena gracia.

XXXI.

Despues que de prisiones oprimido
Gimiò infelice tan contraria suerte,
De Astrèa en la balanza suspendido,
Cayò el peso en el lado de la muerte:
Alto Cadahalso se mirò erigido,
Donde en eterno sueño se convierte
El ambicioso horror de su proterbia,
Que aun de Luzbèl compite la soberbia.

Ape-

XXXII.

Apenas ſatisfecha la juſticia
Pende por freno de atrevido intento
En afrentoſa eſcarpia à la malicia
La Cabeza, que acuerde el eſcarmiento;
Quando en bruto veloz, à quien codicia
Su ligereza el miſmo penſamiento,
Que la piel ſola le deſmiente rayo,
Se obſtenta la perſona de Pelayo.

XXXIII.

Si el lamentable caſo le ſuſpende,
Moviendo el corazon à tierno llanto,
En iras el dolor ſu pecho enciende
Al oìr de la Reyna ultrage tanto:
De lo interior ſuſpiro ſe deſprende,
Que dirige rendido al Cielo Santo,
Pidiendo con devotas humildades
Revoque los rigores en piedades.

XXXIV.

Con tan fatàl aguero la memoria
La horfandad le recuerda de ſu hermana,
No ſea aſſumpto à ſemejante hiſtoria,
Quien queda expueſta à la crueldad tyrana:
Teme marchita ſu florida gloria,
Cortada à filo de ſegur villana,
Y que los que en ſu Eſcudo ſon blaſones,
Atrevimientos truequen à baldones.

Fa-

XXXV.

Fatigas de encontrados pensamientos
Al corazon presentan la batalla,
Que heroycidad opone à sus intentos,
Armando el pecho de acerada malla:
No publican altivos vencimientos
Contra Pelayo, porque sabio halla,
A la invasion de tanta furia loca,
De su constancia la invencible roca.

XXXVI.

Entra en fin, y à Pelayo se encamina,
Y en manos de Alahor el Pliego entrega,
Que cortesanamente se le inclina
Apenas à su vista el Jóven llega:
Alojamiento digno le destina,
Y que repare la fatiga ruega
Del cansancio, y suavemente ofrece
El despacho, que el Jóven apetece.

XXXVII.

Apenas el descanso le convida
Preciso alivio à la pension humana,
Que con las suspensiones de la vida
Recupera el vigor la fuerza ufana:
Pábulo de la llama, que encendida
Sustenta el respirar la luz, que vana
Anima, el sueño es, mortal advierte,
Que materia al vivir se dà la muerte.

XXXVIII.

El mas oculto, y el mayor ſecreto,
En que el primòr naturaleza apura,
El milagro mas raro, y mas perfecto,
Es el ſueño en la humana arquitectura:
Es cauſa que obra tan contrario efecto,
Que eſtando en la peſada ſepultura
De un letargo, difuntos los ſentidos,
Se vè ſin ojos, ſe oye ſin oìdos.

XXXIX.

Pues con grueſſos vapores, ofuſcadas,
Quedan en la potencia ſenſitiva
Las eſpecies, que de ellos aliviadas,
Se vàn repreſentando en luz mas viva:
Eſtando ya ſus nieblas diſſipadas,
La imagen en la idèa mas ſe aviva,
Siendo Artifice, que obra eſte portento,
Por falta de diſcurſo, el penſamiento.

XL.

Como de Corcho rajas deſiguales,
Metidas en un vaſo criſtalino,
De Sal cubiertas, tanto que ſeñales
A la viſta no dèn de ſu deſtino:
Echando deſpues agua, que los tales
Cuerpos liquìde, lo que fue ſalino,
Conforme ſe và en agua reſolviendo,
Ellas ſin orden vàn apareciendo:

Aſsi

XLI.

Asi aqueſtas eſpecies, que oprimidas
Eſtaban con los tupidos vapores,
Mueſtran en ſus fantaſmas eſparcidas
Los ecos, que bebieron anteriores.
Eſte deſcanſo vuelve à las rendidas
Fuerzas con el ſoſsiego los vigores,
Y tan preciſo alivio del ſentido,
Muere al cuidado, y vive en el deſcuido.

XLII.

Quanto Pelayo mas quiere del ſueño
Las guerras de ſu pecho hacer deſpojos,
Con mas activo, y mas ardiente empeño
Le deſtierra el conato de ſus ojos;
No bebe, no, de eſte lethal beleño
El alterado mar de ſus enojos,
Y ſolo en ſuſpenſion de triſte calma
Queda en el cuerpo ſin obrar el alma.

XLIII.

Sin rendirſe à Morfeo, conſidera
El penſamiento en un peſado arrobo,
Cómo perſigue à timida Cordera
Crueldad hambrienta de tyrano Lobo:
Que en ſu alcance ligero perſevera,
Haſta que logra aſtuto feliz robo,
Su candidèz manchando la inclemente
Furioſa rabia del Canino diente.

Sa-

XLIV.

Sañudamente Azòr mira que ufano,
Con preſtas rapideces de ſu vuelo,
Ya en eſcarzèos corta el ayre vano,
Ya en altas puntas ſe avecinda al Cielo;
Tras cándida Paloma, que inhumano
Hace que el ayre pierda, herede el ſuelo,
En donde ceba el Pajaro las ſumas
Iras en los ayrones de ſus plumas.

XLV.

Cierva acoſa en ſu miſma ligereza
Velocidad rabioſa en Lebrèl fuerte,
Sin que pueda medroſa ſu preſteza
Eximirla del rayo de la muerte:
Sus preſas cierra barbara fiereza,
Y de ſu tierno cuello al campo vierte
Líquida grana, que trocò à las flores
En color rojo cándidos primores.

XLVI.

Ruyſeñòr, que corona verde rama,
Gorgeando en ſu garganta dulcemente,
Que à la amada Conſorte cortès llama
En trinos amoroſos eloquente:
A la falſa aſſechanza que reclama
Ave enemiga, cala incautamente
Sus plumas, y convierte el ſuave canto
En lamento infeliz de tierno llanto.

Con

XLVII.

Con eſtas triſtes imaginaciones,
Que amarga anguſtia vierten en ſu pecho,
Ahuyentando peſadas ſuſpenſiones,
Campo hacen de batalla el blando lecho:
Entre el horror de tantas confuſiones,
Que al corazon aſſaltan con deſpecho,
Para dar à ſu mal mayor tormento,
Vuelve à dolor mas vivo el penſamiento.

XLVIII.

En ſus miſmos dolores ſe deſvela,
Conſiderando el auge, y precipicio
De los Imperios, y eſto le conſuela,
Por ſi el hado ſe mueſtra mas propicio:
Sin ſoſsiego el diſcurſo veloz vuela,
Viendo Reyno el que antes deſperdicio
Fue de la edad, y de paſſada hiſtoria
Siglos revuelve atenta la memoria.

XLIX.

Primer piedra, que diò à la Monarquia
Con tyrano poder fuerza de Imperio,
Ligando al alvedrio ſu oſſadìa
En cadenas de duro cautiverio,
Fue Nembrot, que alentando en ſu porfia
Barbara la ambicion, del Emiſpherio
Eſcalar quiſo las Regiones ſantas,
Porque fueſſen deſpojo de ſus plantas.

L.

Despues el Magno Nino victorioso,
Que rendido à los dulces embarazos
De Amor, perece à estrago venenoso,
Dexando el Cetro en femeniles brazos:
El explendor aumenta decoroso
Semiramis, que ya à breves pedazos
El augusto poder de su grandeza
Redujo de un vil Jóven la flaqueza.

LI.

El Medo luego ocupa sus Doseles,
Fabricando su dicha de su ruina,
Que no bastan del Orbe los Laureles
Para premiar su exacta disciplina:
Sacrilegios despues torpes, è infieles
Del Rey injusto à llanto los destina,
Pues su barbaridad con loco exemplo,
En embriaguèz profana el Vaso al Templo.

LII.

Del valeroso Cyro el brazo fuerte,
El invencible Imperio funda altivo;
Cambises luego con dichosa suerte
Adelanta sus límites activo:
Hasta que la guadaña de la muerte
En Alexandro, gemirà cautivo
Su Imperio, porque el nombre de Darìo
Inunde de su dicha el marcial rio.

LIII.

Como fuego que arruina prestamente,
Es de su Espada el formidable filo,
Y como empieza, acaba velozmente
De sus hazañas el confuso Nilo:
De la embidia cruel en Copa siente
Venenoso licòr, en vil estilo,
Que acabando el verdòr de sus proezas,
De la Hidra produce las cabezas.

LIV.

Dando principio humilde dos hermanos,
Altiva crece Roma, y se fomenta
Imperio, que en los otros Soberanos
No hay cerviz que à su yugo quede essenta:
El poder es mayor que en los humanos.
Viò la ambicion, y yace negra afrenta
Al duro impulso de la gente armada,
Que contra ella arrojò la Zona elada.

LV.

Ya deshecho su Cetro soberano
Con el valiente impulso de Alarico,
Feliz gobierna nuestro suelo Hispano,
Victorioso el Bastòn del gran Eurico:
Bien que manchado del error Arriano,
Domina augusto, formidable, y rico,
Tanto que à su explendor ceden usanas
Su cerviz las Provincias Mauritanas.

LVI.

Despues que en ansias de su santo zelo
Hermenegildo purpura inocente
Vertiò, la indignacion del justo Cielo
De rigurosa la volviò en clemente:
De Recaredo mereciò el desvelo
Catholico renombre preeminente,
Por mas que quieran émulas Naciones
Obscurecer de España los blasones.

LVII.

Con ciego error el Barbaro Tyrano
Witiza, manchò necio su gloria,
Anublando, ya injusto, ya inhumano,
De tantos Heroes la marcial memoria:
Con negras tintas consiguiò villano
Borrar las letras de tan gran historia,
Siendo materia justa del castigo
La deshonesta llama de Rodrigo.

LVIII.

Si de Jacob el Pueblo desdichado,
Sin Aras en que immole religioso,
De Pharaòn padece atormentado,
En cruel cautividad, yugo afrentoso:
(Dice,) tu corazon miro trocado,
Dispensando indulgente, y poderoso,
Para que en gozo trueque el tierno llanto,
El Caudillo feliz de Moysés Santo.

Si

LIX.

Si como horrendo desbocado bruto,
En el Desierto, contra tus piedades
Corre sin freno, con llovido fruto
Contienes de su error las impiedades:
Leve castigo quando dàn tributo
A Belfegor lascivas libertades;
Si el veneno en la Sierpe es homicida,
Antidoto es en otra de la vida.

LX.

Si enojado otra vez, iras piadosas
De tu tremendo brazo le castigan,
De sus quexas las voces dolorosas,
Misericordias à tu amor obligan:
De Antioco deshechas numerosas
Esquadras, que tus Leyes desobligan,
Resucitas Caudillo al Campo Hebrèo
La llama militar del Machabèo.

LXI.

Por què, Señor, contra la Iberia esgrimes
De tu temida furia la pujanza,
Y con justicia rigurosa oprimes,
Sin que medio descubra la esperanza?
Oye mi voz, que tristemente gime,
Porque à la tempestad siga bonanza,
Repite, y con rendido afecto puro
Penetra al Cielo el cristalino muro.

LXII.

De un torpe Imperio el Aquilòn ayrado
Deshace quanto encuentra, y ſolicita
Borrar quanto à tu Culto dedicado
Vive, vuelta la Igleſia en la Mezquita.
Templa contra la Eſpaña lo irritado,
No con furor la arguyas, acredita
Tu piedad en noſotros, bien que aflijas,
Y no con iras nueſtro error corrijas.

LXIII.

Levantaſe el Señor, la llama ardiente
Con ſus rayos deshaga los vapores
Del Mauritano Reyno floreciente,
Deſterrando ſus luces los horrores:
Arroje ſu juſticia Omnipotente
Contra ſu infame Secta los rigores,
Y fabrìquen ſacrilegas gargantas,
Alfombra juſta de tus Sacras plantas.

LXIV.

Deborada, Señor, de fieros Canes
Tu Viña eſtà, y no la fertiliza
El paſto de tu voz, con que entre afanes
Del deſamparo míſera agoniza:
Anguſtias comen en lugar de panes,
El Trigo convertido en la ceniza,
Y paſſa à ſer (ò Dios!) el daño tanto,
Que mezcla la bebida con el llanto.

De

LXV.

De ſacrilegos Cultos la llenaron
Las ponzoñas del Arabe veneno,
Sus dias con las ſombras ſe eclipſaron,
Y ſe ſecò ſu gloria, como el heno:
Quando los que rendidos te invocaron,
A ſu clamor hallaron tu oìdo ageno,
Benignamente mueſtrate propicio,
Mi tierno llanto admite en ſacrificio.

LXVI.

Y Tù, Virgen, à quien en la Columna
Eſpaña debe proteccion primera,
Templa ſu indignacion, ſea fortuna
Quanta haſta aqui gimiò deſdicha fiera:
Y pueſto que afliccion no llega alguna
Al Sacro Solio que no logre, eſpera
Mi fé, de tu Oracion vèr confundida
Diſtancia de impetrada, à conſeguida.

LXVII.

A eſte tiempo del Sol à infantes rayos,
Que en el balcòn brillaban del Oriente,
Saludaban con muſicos enſayos,
De Pajarillos mil, canto eloquente:
A ſu venida anticipando Mayos,
Del Prado hermoſo, el vulgo floreciente
Rompen alegres, bien que vergonzoſas,
Verde capullo las laſcivas Roſas.

LXVIII.

Dexa el lecho el Varon, y fatigado
Con el dolor del triste pensamiento,
Que no permite al pecho su cuidado
Formar sin suspirar un solo aliento:
En animo disfraza sossegado
Quanto padece en interior tormento,
Porque logre politica viveza,
A su partida prompta ligereza.

LXIX.

Diò el Padre de las Luces por la Esphera
(Antes que logre el deseado anhelo)
Tres veces en la Zona la carrera,
Con cuyos cercos ilumina el suelo:
Apenas su despacho viò, en ligera
Ansia, quisiera que su desconsuelo
Remediara veloz presteza suma,
Calzandose à volar alada pluma.

LXX.

Debaxo de la Regla de Isidoro
Se conserva un humilde Monasterio,
De quien respetò el Arabe el decoro,
En medio del tyrano cautiverio:
De Gundemaro en èl, el gran thesoro
De virtud vive, y rompe al Emisspherio
En Oracion continua el Sacro Muro,
Y vè presente lo que està futuro.

Mon-

LXXI.

Monta à Caballo, y con devoto exemplo
El Heroe, de ſu afecto gobernado,
Se dirige veloz à el Santo Templo,
Porque el ruego modère ſu cuidado:
O religioſa accion! que en tì contemplo
Lograràs lo que pides mejorado;
Que no puede durar en agonìa
Quien à los pies ſe arroja de MARIA.

LXXII.

Quando marchaba con tan juſto intento,
Que ſe acerca àzia èl un Jóven mira,
Y reconoce con ſu viſta atento,
Lo que quanto mas duda, mas le admira:
Fernando, que con prompto movimiento
Deſmonta del Caballo, y leal aſpira
A dar la fé de noble Caſtellano,
Eſtampando los labios en ſu mano.

LXXIII.

Eſte en lagrimas mudas explicaba
La pena triſte, que en ſu pecho habita,
Y entre tiernos ſuſpiros ſollozaba,
Sin que la cauſa à el labio ſe permita:
Sin hablar, à ſu mano trasladaba
La Carta, à el verla el corazon palpìta
Del Heroe, y toda la alma le penetra,
Quando la forma advierte de la letra.

LXXIV.

El Propheta infelice de los males,
(En aviſarlos rara vez incierto)
Le previene en latídos desiguales,
Que à golpe infame yace ſu honor muerto:
Ya viendo tan ſeguras las ſeñales
De ſu temor, ſe vè ſu roſtro yerto,
Huye el color, y queda ſu tèz muſtia,
Que inundan palidezes de la anguſtia.

LXXV.

Rompe la nema, y à ſu pecho pide
Todo el valor en ſemejante caſo,
Y con los ojos los renglones mide,
Bebiendo la ponzoña toda al vaſo:
Torba la viſta ya rayos deſpide,
Conſiderando el infeliz fracaſo,
Y de encontrada guerra confuſiones
Le preſentan rebeldes las paſsiones.

LXXVI.

Quando manchada ſu opinion comprehende,
Y de un villano injuſto hecha deſpojos,
Criſtalino diluvio ſe deſprende
Por la fuente animada de ſus ojos;
No el valor que le anima, le defiende
Que de la pena ſienta los enojos,
Que dolor que combate al pecho tanto,
No es mucho que ſe inunde con el llanto.

Re-

LXXVII.

Recobrado del llanto, luego admite:
La passion iraſcible ſu deſeo,
Que la juſta venganza ſe permite
En quien la ſabe hacer de honor empleo:
Que à ſu dolor le ſirva de deſquite
El Tyrano, y ſu vida ſea trophèo
De ſu furòr, y en ſangre de ſus venas,
La ſed apaguen ſus amargas penas.

LXXVIII.

Luego inclinando à lo mejor, advierte
De ſu Patria infeliz la fatal ruina,
Y que en deſdichas de contraria ſuerte,
Toda la Igleſia el Africano arruina:
Que cada paſſo de la vida es muerte
A la Iberia, que quiere medicina
El mal, que cure à un tiempo ſu deſpecho,
Y que reſulte en general provecho.

LXXIX.

Aſsi ſuſpenſo ſe quedaba, quando
Mirando en ſu ſemblante confuſiones,
Rompiò la voz el Eſpañol Fernando,
Articulando al ayre eſtas razones:
Nada, Señor, conſeguiràs llorando,
Sino rendir tributo à las paſsiones;
Que para golpes duros de fortuna
Se fabricò lo excelſo de tu cuna:

De

LXXX.

De torpe intento viste la atrevida
Furia querer romper el muro fuerte
De tu Madre, que roca combatida,
Su castidad mantuvo hasta su muerte:
Que la rabiosa colera encendida
Del Rey Tyrano, por lograr su suerte,
Hiriò con palo infame su dureza
Del Gran Favila la inclyta Cabeza:

LXXXI.

Pues si tanto dolor le padeciste
Con prudente respeto, y el agravio
Paternal; aunque tanto le gemiste,
El curso consolò del tiempo sabio;
Dexa del llanto el idioma triste,
Y con presta viveza, y mudo labio,
Fabrica de dolores la esperanza,
Y muera el deshonor en la venganza.

LXXXII.

El fraternal incesto de Ammòn mira,
Que diò à el Heroe mayor mas sentimiento,
Quando el rebelde hermano rompiò en ira,
Haciendo con su muerte el escarmiento.
Y que traydor su error ciego conspira
A codiciar en sì el Real asiento,
Que venga Dios, haciendo que una Encina
Sea el funesto throno de su ruina.

De

LXXXIII.

De Dios ſon tan eſtraños los caminos,
Como deben, Señor, ſer venerados,
Pues ſecretos de juicios tan Divinos,
Tal vez dàn la razon de decretados:
De la infelicidad de ſus deſtinos,
Se vè en los dos por modos deſuſados,
Que la deſgracia de tu triſte hiſtoria,
Es por dàr à Iſraèl eterna gloria.

LXXXIV.

No llegára à ocupar Regios Doſeles
El Sabio Salomòn, ſi ellos vivieran,
Y de ſu ſanto Padre los laureles
Con floxedad ſu fama enmudecieran;
No del Templo los altos Capiteles
Emulacion à las edades fueran,
Ni éſta del Orbe inſigne maravilla,
Si èl no ocupára la dorada Silla:

LXXXV.

Quizàs, Señor, à tu valor dormido,
Que en ocio vive, aqueſte golpe duro,
Olvidando el que eſtès tan abatido,
Alumbrarà de tu razon lo obſcuro:
Como criſtal que ha eſtado detenido,
Tu valor rompa à tu inaccion el muro,
Porque en tan juſta cauſa eſtà la vida
Tan mal guardada, como bien perdida:

Las

LXXXVI.

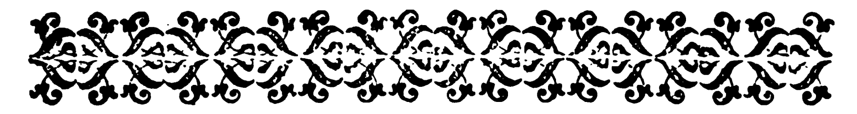
Las Montañas de Asturias la ultrajada
Nobleza Goda ocupa, tu persona
De todos, gran Señor, es deseada
Para ceñirla la Imperial Corona:
Aceptala, Señor, vibra la espada
Contra la Secta infiel, que nos baldona,
Y padezca este barbaro enemigo
En tu invencible brazo su castigo:

LXXXVII.

Assi dixo, y luego tiernamente
Pelayo, agradeciendo su despejo,
Con los brazos le paga dulcemente
El que de su lealtad sigue consejo:
Despues al Templo vàn devotamente
A buscar à su intento en el espejo
De las misericordias de MARIA,
Amparo, luz, auxilio, norte, y guia.



ARGU-



ARGUMENTO.

ESTANDO PELAYO EN EL Templo, le habla el Monge Gundemaro, diciendole como Dios, por los ruegos de su Madre, restablecerà la Monarquia Española, que se deribarà de èl con parte de la successsion de sus Reyes: Dàle algunos consejos: parte el Infante à Jijon, donde dissimula su afrenta: Munuza le pide su ayuda para rebelarse, y ofrece ser Christiano.

CANTO III.

I.

PEqueño Monte erguido se dilata,
Cuyos pies besa en labio cristalino
Un Arroyuelo, que en bruñida plata
Es espejo fugaz de metal fino:
Envanece sus ondas, pues retrata
La extructura del Templo peregrino,
Dichosa Concha, en que gloriosa habita
De Dios la mas preciosa Margarita.

Ver-

II.

Verdes Alamos cubren en la cima
Del Sacro Templo vasta Arquitectura,
En donde siempre reyna suave Clima,
Vestido el ayre de la téz mas pura:
No del tiempo cruel la sorda lima
Puede morder su rustica hermosura,
Que al voraz diente vive reservado,
Si à María se mira dedicado.

III.

Fabrica fue de Artifice Romano
De este Templo soberbio el Edificio,
Que consagrado à Numen ya profano,
Manchò sus Aras torpe Sacrificio:
El Altar ocupò el Idolo vano
De la Casta Deydad, que desperdicio
Fueron de su altivèz de amor harpones,
Del desdèn tremolando los Pendones.

IV.

Hoy mejorado con afecto fino
De Christiana piedad, la Reyna brilla,
Que mas cerca del Solio de Dios Trino,
Excelsa ocupa la triunfante Silla:
Medio por quien lo humano fue Divino,
Cinta que de Dios ata la cuchilla
De la venganza, Madre de Clemencia,
Cuyo ruego mandò su Omnipotencia.

Si-

V.

Siguen ſus Religioſos de Iſidoro,
Con dulce union, las veneradas huellas,
De virtud cada pecho es un theſoro,
Que los harà deſpues fixas Eſtrellas:
Con devocion ſencilla en fiel decoro,
Almas intactas, de ſu ardor centellas
Ofrecen, con humilde llama pia,
Al bello Simulacro de MARIA.

VI.

Entra el Infante, y luego con ſencilla
Devocion, con Fè ardiente, y ſanto zelo,
Inclinando ante el Ara la rodilla,
Poſtrado mide el venerado ſuelo:
Aun mas ſe enſalza, quanto mas ſe humilla
El Alma, y ſolicita ſu conſuelo;
La muda voz eleva à las Regiones
Celeſtes, con rendidas oraciones.

VII.

Dirige al Cielo ſu gemido tierno,
Bañando en triſtes lagrimas los ojos,
Que de ſu pecho en el dolor interno,
El corazon liquìda por deſpojos:
Sin dàr ſeñal de movimiento externo,
Para templar de Dios juſtos enojos,
El Alma amor transforma en fuego ardiente,
Habla callando, y ora mentalmente:

VIII.

Señor, que Trino, y Uno en una Essencia
Antes del tiempo en Tì mismo gozabas
De tus Divinas glorias la excelencia,
Que de tu Sacro Sèr en Tì copiabas:
Que de la nada fabricò tu Ciencia
Los Orbes, porque de ellos esperabas
Hombres, que al Cielo llenen los confines,
Que perdieron rebeldes Serafines:

IX.

Si quando inobediente tyranìa,
Que vistiò al Mundo de funesto luto,
Arrancando con barbara ossadìa
Del Arbol venenoso amargo fruto:
Quando mayor castigo merecia
El sacrilego obrar, el absoluto
Medio ofreciste contra el mal acerbo,
Porque humano buriel se vista el Verbo:

X.

Si tu justo furor se viò irritado,
Quando con ciego, loco desatino,
Contra tu sacra Ley el hombre armado,
Siguiò de los errores el camino:
De tu rigor en iras desatado
Borrò el Orbe Ministro cristalino,
Y quando todo su rencor abarca,
El Justo libra mysteriosa el Arca.

En

XI.

En el mayor delito las piedades
Brillan, Señor, de tu Divina mente;
No puedan del error las impiedades
Impedir de tu amor ſacra corriente:
Logre la Eſpaña que en benignidades
El oìdo la apliques indulgente,
Vuelva à vivir en ella, y en ſus Reyes
La obſervancia rendida de tus Leyes.

XII.

Levanta, pues, la mano riguroſa,
Que ya tu Pueblo juſtamente oprime;
Vuelve la viſta à la expreſsion lloroſa,
Con que à tus Aras tiernamente gime.
Y Tù, Sacra Paloma, que amoroſa
Oyes mis quexas, con piedad redime
La cadena, que à barbaras priſiones
Nos liga con infames eslabones.

XIII.

Tù, Virgen, à Jacobo le dixiſte,
Que era tu poſſeſsion propria la Eſpaña;
Y pues ſu Dueño te conſtituìſte,
Templa del Juez la formidable ſaña:
No dure, no, expectaculo tan triſte,
Enjuga el fatàl llanto, que la baña;
En tus Aras, MARIA, halle mi zelo
Eco de ſus ſuſpiros el conſuelo.

XIV.

La Mental Oracion asſi fenece,
Sin que articùle al ayre un ſolo acento,
Quando ſuſpiros que ſu pecho crece,
Inundan en el llanto ſu lamento:
Un Venerable Anciano le aparece,
Que ázia èl, con enfermo movimiento,
Para templar la pena que le aflige,
Con pie tardo, y canſado ſe dirige.

XV.

Era el Anciano todo el roſtro arado
De ſurcos de la edad, pálido, triſte:
El ſemblante, que mueſtra maltratado
De penitencias, que ſu aſpecto viſte:
Las manos qual raìces que ha ſecado
El Noto elado, y en ſu viſta aſsiſte
Tal mageſtad, que mueve à fiel reſpeto
La extructura fatàl de ſu eſqueleto.

XVI.

Alpina nieve en ſu cabeza hilaba
La edad, ſècos los hueſſos, deſcubiertos,
La armazon como muerte ſe moſtraba,
Texiendo amarillèz los miembros yertos:
La penitente imagen acordaba
Varon divino, qual en los Deſiertos
Eſtudiaron de Dios la ſacra Ciencia
En el libro de dura penitencia.

Con

XVII.

Con muda accion, sin que los labios abra,
Por un brazo le coge, y le desvìa;
Sin responder à tanta accion palabra
El Jóven, obediente le seguia:
Para prophetizarle como labra
En èl el Cielo excelsa Monarquia,
Sentado en tosco banco, con prolixo
Acento grave, assi à el Infante dixo:

XVIII.

Templa la pena, que tu pecho apura,
Pelayo, y oye como mi garganta,
Presente haciendo ya la edad futura,
Los felices sucessos adelanta:
De tanta esclavitud la opression dura
Por tu misma persona se quebranta,
Que ocupando feliz el Regio assiento,
Daràs à tanto Imperio fiel cimiento.

XIX.

Despues, de tus entrañas dulce prenda,
Mal divertida en venatorios daños,
Quando de un Monstruo el fin su error pretenda,
Marchitarà el verdòr de tiernos años;
Pero antes de su pecho digna ofrenda
Dedicarà, en Christianos desengaños,
Al Arbol de la Vida en Sacro Templo,
De rendida oblacion devoto exemplo.

XX.

El intonso Hymenèo, casta, hermosa
Hija tuya, unirà al que Recaredo
Diò sangre, cuya Espada victoriosa
Al duro Sarraceno impondrà miedo:
El Catholico Alfonso, que gloriosa
Heroyca fama aplaude su denuedo,
Y por mayor blasòn, Celeste Coro
En sus Exequias solemniza el lloro.

XXI.

Froyla, Principe fuerte, si temido,
Religioso corrige el Sacro Clero,
Bien que en fraterna purpura teñido,
Mancha en crueldades el heroyco acero.
Aurelio sigue del Laurèl ceñido
Prudente Silo; luego injusto, y fiero
Tyranizarà el Reyno con vil trato
El bastardo rencòr de Mauregato.

XXII.

Bermudo, que à el Estado Religioso
Fue consagrado, mas feliz blasona,
Que de la gloria de un reynar dichoso,
Ceder à la justicia la Corona.
Principe le succede, que piadoso
De virtudes adorna la persona,
Comun aclamacion le dà à su nombre
De casta heroycidad alto renombre.

XXIII.

El hijo de Bermudo, ilustre, y claro,
Succederà de Alfonso en el Imperio,
De su invencible pecho el valor raro
Serà del Moro infame vituperio:
Gravada quede en Marmoles de Paro
Accion con que redime el cautiverio,
Siendo en Clavijo el inclyto trophèo
Del divino explendor del Zebedèo.

XXIV.

Ordoño ocuparà la Silla luego,
Bien que sospechas manchen sus memorias;
Y del tercer Alfonso el marcial fuego
Alumbrarà sus Reynos con victorias:
Con pia religion, y afecto ciego,
Depuestas las humanas vanaglorias,
Fabricarà su Fè, con tierno exemplo,
A Jacobo el Mayor insigne Templo.

XXV.

El Gobierno de tantos Reynos fieles
Dexarà con heroyca gallardìa
Al que en su vida anhela los Laureles,
Desmintiendole hijo la ossadìa:
Castiga el Cielo los deseos infieles,
Quitandole la prole à Don Garcìa;
Y del segundo Ordoño la cuchilla
Se teñirà en los Condes de Castilla.

XXVI.

Pequeña duracion tendrà el Tyrano
Froyla, que de ſu rabia en los enojos,
Sañudamente arrancarà inhumano
De Alfonſo el Monge con rencor los ojos.
Llenarà Don Ramiro Soberano
A la Eſpaña de bélicos deſpojos;
Y del Moro ſerà à la triſte pena
Theatro Simancas de fatal Scena.

XXVII.

Ordoño ſeguirà, Varon prudente,
Que armando el cuerpo de azerada malla,
Del filo de ſu azero el temple ardiente,
De San Eſtevan grava la Batalla:
Sancho deſpues que Principe indulgente
El tributo perdona, que avaſſalla
A Caſtilla, y aplaude ſiempre eterno
El metal de la fama ſu Gobierno.

XXVIII.

El infelice Ordoño verà preſa
Su Corte, y fugitivo, y retirado,
Como raudal que rompe fuerte preſa,
El Campo en ſangre dexarà inundado;
No quedarà del Moro pompa ileſa
A ſu fuerte ſeguir, avergonzado
Almanzòr queda con fatal deſmayo,
Siendo breve ceniza à tanto rayo.

Fa-

XXIX.

Fabrica digna de marcial Asèo,
De Zamora seràn los altos muros
De Alfonso, à quien Almenas de Viséo
Le haràn passar à límites obscuros:
De sus intentos desharà el deseo,
De venenosa flecha yerros duros;
Y à Bermudo la gloria quita avara
La muerte en las Campañas de Tanara.

XXX.

De los Guerreros Condes de Castilla
Ya Rey Augusto en el primer Fernando,
Unirà las Coronas su cuchilla,
Siempre feliz del enemigo Vando:
La virtud de piedad tanto en èl brilla,
Que en religioso Claustro quebrantando
Una Copa, la vuelva en un thesoro,
Pues frágil vidrio le convierte en oro.

XXXI.

Uniendo entrambos Cetros su persona,
La Diadema el honor bebe à su frente,
Mejorando en su muerte à la Corona
Tosco buriel, que viste penitente:
De paternal passion herido abona
Su larguéza, con manda no prudente,
Pues divide en sus hijos amoroso
El explendor de Reyno tan glorioso.

XXXII.

De Sancho altivo, con prudente miedo
Reſerva ſu perſona, y eſcondido
En los inſignes Muros de Toledo
Alfonſo el Sexto vive defendido;
Haſta que mueſtra ſu inclyto denuedo,
Muerto ſu hermano à manos de Bellido,
Que del miſmo Toledo la victoria
Aſſumpto ſerà digno de ſu hiſtoria.

XXXIII.

De Urraca, y de Ramon los dulces lazos
Producen otro Alfonſo, que Imperiales
Blaſones à ſus ſienes en abrazos,
Aplaudan ſus hazañas ſin iguales:
Fernando ſigue, à cuyos fuertes brazos
Llore Yuceph las iras, que fatales
En ruinas volveràn el Campo Moro,
Con el Divino auxilio de Iſidoro.

XXXIV.

Mientras el Nono Alfonſo, y Berenguela
Brotan à Eſpaña el fruto mas glorioſo
De Alfonſo Octavo de Caſtilla, vuela
La fama, que le aplaude belicoſo;
En las Navas ſu mente ſe deſvela
Tanto en lo Militar, que victorioſo
Seràn tropheo humilde de ſus plantas
De doſcientos mil Moros las gargantas.

Arra-

XXXV.

Arraro acaſo eſpira Jóven tierno,
Y en èl la muerte nos uſurpa à Henrique,
Porque feliz ſucceda aquel que eterno
En plumas de la fama ſe publique:
Rayo en la Guerra, juſto en el Gobierno,
Tanto que à ſu memoria ſe dedique
Culto, que ſus virtudes ſingulares
Su Simulacro eleve en los Altares.

XXXVI.

Decimo le ſuccede el Eſtudioſo
Alfonſo, que el blaſón llena de Sabio,
Y de las Leyes Cuerpo reſpetoſo
Pronunciarà con grave, y docto labio:
De la Auguſta Diadema el lauro honroſo
Su frente ceñirà, y con duro agravio
Del infeliz Fernando, avara ſuerte
Transfiere la Corona à Sancho el Fuerte.

XXXVII.

El invencible honòr de ſus Vanderas
Abatirà las fuerzas Africanas,
Que intentando infeſtar nueſtras riberas,
De ſu poder veràn las iras vanas.
Fernando luego prompto à las Eſpheras
Paſſarà à dàr razon de ſus tyranas
Ligerezas, tan ſolo ſeñalado
Con el infauſto nombre de Emplazado.

En-

XXXVIII.

Enjugaràn las Yedras Militares
De Alfonſo Onceno la incanſable frente;
Que entre todos los Heroes ſingulares
Brillarà la conſtancia mas valiente:
Elevarà ſu zelo en los Altares
La Imagen de la Reyna, reverente
Conſagrarà Algecira en feliz dia
Su Mezquita à los Cultos de MARIA.

XXXIX.

De Pedro reynaràn las impiedades,
Que Mongibelo ardiente vierte ſaña,
Y de ſu injuſto acero las crueldades
En ſangre inundaràn la triſte Eſpaña;
No ſerà digna accion à las edades,
Heroyco triunfo, ni glorioſa hazaña,
Que en la fraterna ſangre ſe ſalpique
La altiva mano del Segundo Henrique.

XL.

Muerto el Segundo Henrique, Juan Primero
Hijo ſuccederà, pio, indulgente;
Y de mortales anſias el Tercero
Henrique, con continuo afán Doliente.
Juan el Segundo à grave Conſejero
La Diadema traslada de ſu frente,
Que de la ſuerte infiel en la balanza,
Trágico exemplo es de la privanza.

En

XLI.

En los mismos que heroyco satisface
Henrique, y largamente galardona;
Nace la deslealtad, la infamia nace
Con felonico orgullo à su persona:
Quando en el marmol duro triste yace,
Todo lo heroyco ocupa la Corona,
La fama en las hazañas se desvela
Del Insigne Fernando, è Isabela.

XLII.

Sus fatigas marciales seràn riego,
Que fecunden Laureles à su gloria;
El destierro serà del Hebrèo ciego
Catholica materia de su historia:
De su ardor Militar ardiente fuego
Abrasarà del Moro la memoria,
Y à tanta Religion muestra fecundo
Nuevos Imperios à su Cetro el Mundo.

XLIII.

De Juana, y de Philipo, Carlos Fuerte,
Ciñendo augusto la Imperial Corona,
Como guadaña activa de la muerte,
Se muestra ardiente en bélica persona:
Entregando su vida à mejor suerte
Renuncia el Cetro, y la eleccion se abona
En Philipo, que llena sabiamente
Todo el alto renombre de Prudente.

Lue-

XLIV.

Luego el tercer Philipo religioso,
Que en dulce paz domina Soberano,
Libre de todo insulto belicoso,
Resucitando el tiempo de Octaviano:
Despues el Quarto sigue, no dichoso;
Y Carlos luego, cuyo fin temprano
Harà que nuestros Iberos Paises
Enlacen los Leones con las Lyses.

XLV.

De Maria Teresa ilustre Nieto
En Philipo previene la justicia,
Bien que encendida en la infernal Aleto,
Dispute su derecho la malicia:
No la trayción conseguirà su efeto,
Que de su mente Militar pericia
Dexarà su justicia venerada
Con el sangriento filo de su espada.

XLVI.

Luis passa en sombra, porque tiernos años
En breves dias su esplendor marchita,
Dexando de mortales desengaños
En lagrimas su muerte al pecho escrita.
Vuelve su Padre, y los marciales daños,
Con Catholicos triunfos resucita,
El Africa à su yugo el cuello inclina,
Siendo à su azero Oràn pequeña ruina.

Lue-

XLVII.

Luego reyna glorioso aquel que amado,
Fabrica thronos de los corazones,
Al remedio del Pueblo deseado,
Compitiendose en èl las perfecciones:
Reyne feliz, y dichoso, venerado,
Y solo se tremolen sus Pendones
Quando en Sion consiga entrar triunfando
El Catholico nombre de Fernando.

XLVIII.

Hasta aqui à mi humildad describiò el Cielo
La succesion heroyca de los Reyes,
Que armando el pecho de devoto zelo,
A remotas Regiones daràn leyes:
Con Catholico ardor, santo desvelo,
En ellos religioso, y en sus Greyes,
Procuraràn unidos con Fè pia,
La exaltacion en todo de MARIA.

XLIX.

Desde el Solio Real, hasta el villano,
En alas de un afecto verdadero,
La pureza à Maria clama ufano
En el instante de su sèr primero:
A tanta devocion con soberano
Auxilio corresponde, en ella espero
Sea Protectora siempre, y Abogada,
Que agradecida es, y està obligada.

Tù,

L.

Tù, que Page de Lanza de Rodrigo,
En Campos de Xerèz libre quedaste,
Quando vibrando el Cielo su castigo,
La desgracia fatàl tierno lloraste:
Que al furor del sacrilego Enemigo
Las Sagradas Reliquias reservaste,
Que por ti no profanan duras sañas,
Guardando su explendor en las Montañas:

LI.

Despues en alas de Christiano zelo,
Peregrino, con animo devoto,
El Arbol adoraste, que del Cielo
Dexò el candado à nuestra entrada roto:
Por tanto premiarà Dios tu desvelo,
Pues le agradò de tu humildad el voto,
Haciendo que de España la Corona
Sea digno realce à tu persona.

LII.

Es la mayor esclavitud la Alteza,
Es el Reynar un duro cautiverio,
Es aparente gloria la Grandeza,
La carga mas pesada es el Imperio:
Nuevo Alcídes, tu espalda tierna empieza
A sobstener de España el Emispherio,
La voz escucha de un cansado viejo,
Que en desengaños labra tu consejo.

Por

LIII.

Por los ruegos excelsos de MARIA
Te colocas en puesto tan sublime,
Por ella la Española Monarquia
Del cautiverio infame se redime:
Sea de tus acciones siempre guia,
El corazon su devocion anìme,
Y lograràs en plumas de la historia,
Heroe eterno vivir à la memoria.

LIV.

La Religion serà el primer cuidado
Tuyo, sin tolerar à quien la infama;
Al que se muestre miembro cancerado,
Del fuego abrase la encendida llama:
Assi seràs de todos venerado,
Tu Pueblo te amarà, gloriosa fama
Adquiriràs, que admiren sin segundo
Los dilatados terminos del mundo.

LV.

No la ambicion te mueva à que imprudente
El azero desnude la ira fiera,
Con discurso maduro sabiamente
El empeño que intentas considera.
Con pecho limpio, y animo indulgente,
Escucha los gemidos de qualquiera;
Las Armas no las vibre la malicia,
Benignidades brote la justicia.

LVI.

No nimiamente justò sus furores
Decrete la ira contra el triste reo,
Que tropieza en los mas torpes errores
Quien hace à todo la justicia empleo:
Tal vez fulmina ardientes los rigores,
Tal la misericordia sea trophèo
De tu piedad, por ella el hombre humano
Al Criador se assimila Soberano.

LVII.

Assi como del Sól los repetidos
Rayos, fórman de luz vario reflexo,
Ya maticen los cuerpos coloridos,
Diafanidad ya impriman à el espejo:
Assi de Caridad los encendidos
Fuegos nos purifican, y es anejo,
Que quando tal virtud admite el alma,
Se beba à todo Dios en dulce calma.

LVIII.

Es el centro de todas perfecciones,
De la Divinidad rayo primero,
Elevando dél hombre las acciones,
Le hace dé Dios Alumno verdadero:
Quando el alma merece sus uniones,
Es la Divina gracia del Cordero,
Quando efectos al proximo derrama,
Es de la Caridad la sacra llama.

Con

LIX.

Con maduro cónſejo, en tu prudencia
El Decreto que ſalga, le medìta,
Porque ſi le reſuelves con vehemencia,
En la reſolucion ſe precipìta.
Del mas altivo premio la excelencia,
Recompenſa ſea juſta al que milita,
Que el que de Marte huella los furores,
Es el digno acrèedor de los honores.

LX.

La fuga ſiempre de placeres vanos
La vida de los Reyes eterniza,
Sutil adulacion de Corteſanos,
Sus infames acciones canoniza:
La fama de tus hechos, ſi à livianos
Guſtos te entregas, volveràs ceniza;
Alma es el Rey, y en ſu Deydad contemplo,
Que como ley ſe ſigue el mal exemplo.

LXI.

No puede corregir ciegos errores
El que de ſu veneno vive herido,
Porque no ſon caſtigos, ſon rigores,
Culpar exemplos, de que cauſa ha ſido:
El que exempto ſe mira à los furores
Del vicio, y ſu color no le ha teñido,
Superior manda, y puebla de reſpeto
Venerable el poder de ſu Decreto.

LXII.

No te entregues al ocio, condenado
Ha de ser de Supremas Mageftades,
Porque siempre velando estè el cuidado
Vistiendo promptas las agilidades.
Entre el rico, que clama fatigado,
O el pobre que implorare tus piedades,
Para que la razon con juicio obre,
Oyga justicia al rico, amor al pobre.

LXIII.

Si alguna hazaña insigne se fomenta,
Antes que llegue à su debido efeto
Nada reveles de lo que se intenta,
Sepultelo la tierra del secreto:
En tu pecho guardada no se sienta;
Observa cautamente este precepto,
Porque tal vez en el ageno oìdo,
Público se hace lo que està escondido.

LXIV.

Si de hermosa muger, tiernos enojos
Te representa en lagrimas bañada,
De su beldad apartaràs los ojos,
Dando el oìdo à quexa lastimada:
Guardate à su Deydad rendir despojos
El alma, que tal vez contaminada,
Su llanto lograrà, que la malicia
La passion torpe passe por justicia.

LXV.

El que rindiendo fuerte los Leones,
El adverſario de Iſraèl membrudo
Monte humano humillò, y las ſinrazones
Del Rey zeloſo huìr prudente pudo;
Manchò el explendor puro à ſus blaſones,
Con adulterio, y homicidio crudo,
De la razon el admirable imperio
Hizo de Berſabè fiel cautiverio.

LXVI.

El robuſto forzudo Nazarèo,
Cuyo pujante esfuerzo incomparable,
Terror fue del ſoberbio Philiſtèo
El poder de ſu brazo formidable;
A facil hermoſura ſu deſeo
Entrega, y vive objeto deſpreciable,
Y en voluble exercicio ſu lamento
Del precito Ixion ſigue el tormento.

LXVII.

El que en profundo corazon encierra
Todo el mar de la gran Sabiduria,
Encendido en amor, de sì deſtierra
El juicio, y ſirve à infiel idolatrìa:
Aſsi huye, Pelayo, de eſta guerra,
En donde nunca triunfa la oſſadìa,
Que à las violentas fuerzas de ſu aſſedio,
La fuga ſolo puede ſer remedio.

LXVIII.

Qual el Azero sigue por destino
La atraccion del Imàn, tu entendimiento
Busque la luz del Norte mas Divino,
Siempre fijo en MARIA el pensamiento:
Ella à reynar glorioso te previno,
Encomiendala fino rendimiento,
Que como en tus acciones sea la Guia,
Brotarà para tì la noche dia.

LXIX.

No detengas tu curso, pues el Cielo
Te prepára feliz à tantas glorias,
Pues por tu brazo ya el Hispano suelo
Se llenarà triunfante de victorias:
Causaràs à las plumas el desvelo
De llenar con tus hechos las Historias;
Parte à adornar tu frente con Laureles,
Que te prepáran tus Vassallos fieles.

LXX.

Assi dixo el Anciano; y admirado
Quedò Pelayo un rato suspendido,
Hasta que ya en sì mismo recobrado,
Humilde se postrò à sus pies rendido:
Con amoroso afecto levantado,
Del Varon santo, luego despedido,
Monta à caballo, y à Jijon se parte,
Y el pecho encienden ya furias de Marte.

LXXI.

Archivo haciendo el pecho del ſecreto,
Parte alegre à ſeguir tanto deſtino,
Y quiſieran las anſias de ſu afeto
Abreviar las diſtancias del camino:
Enciende el corazon heroyca Aleto,
Por lograr lo que el Cielo le previno,
Del Sacre el vuelo le parece lento,
Y tardo acuſa lo veloz del viento.

LXXII.

Apolo iluſtra rayos en la Eſphera
Al Baxèl en que Jupiter mentido
En Europa pagò la llama fiera,
Con afrentas fatales de Cupido:
Por mas que gire con velóz carrera,
Llegò à Jijòn al tiempo que veſtido
El Sol ſe mira en rayos ſoberanos
El gemino explendor de los hermanos.

LXXIII.

Llegò en fin, y prudente, de ſu afrenta
Tan dieſtramente cubre ſimulado
Su dolor, que al Tyrano ſe preſenta,
El ſemblante mintiendo en el agrado:
Munuza, aunque ſu viſta le amedrenta,
Y ſiente el corazon ſobreſaltado,
Enlaza al cuello con amantes lazos,
En ſeñal de amiſtad, los fuertes brazos.

LXXIV.

En un Jardin, à quien la Primavera
Enriqueciò con matizadas flores,
Que compite à las luces de la Esphera
La variedad hermosa de colores:
En donde culto Jardinero espera
Lograr de su destreza los primores,
Porque à estudioso afán de sus desvelos,
Tenga lo natural del Arte zelos:

LXXV.

Sentado al pie de cristalina Fuente,
Que en undoso murmureo se desata,
Està el Barbaro Monstruo, que impaciente
Acusa el tiempo, que su accion dilata:
Del claro espejo en liquida corriente
Su deforme figura se retrata,
Y contrario à Narciso, si se advierte,
Debiera el odio ser causa à su muerte.

LXXVI.

Con rostro alegre, y con accion suave,
Que en amistad la tyrania afeta,
Al Infante conduce en passo grave,
Del Palacio à la estancia mas secreta:
Despues cerrò la puerta con la llave,
Y al ayre entrega quanto le decreta
Ciega ambicion al pecho, y con veloces
Acentos, forma el labio injustas voces:

Ya

LXXVII.

Ya que pudo lograr la dicha mia
Trasladar à ſus venas tus honores,
Pues en tì de la Goda Monarquia
Brillan los mas excelſos reſplandores;
Contribuya mi amor en feliz dia
A pagar con ſu fé tantos favores,
Haciendo mi amiſtad glorioſo empleo,
Que los fines conſiga à tu deſeo.

LXXVIII.

Perdona ſi con medio no decente
El Alcazar labrè de mi fortuna,
Porque el amor altivo no conſiente
De fuerza humana reſiſtencia alguna;
A la violencia de ſu rayo ardiente
No puede haver opoſicion ninguna,
El mas fuerte poder, ceniza es luego
De la menor paveſa de ſu fuego.

LXXIX.

Del alto Firmamento conſidera
Deſcender por Europa Jove, en Toro
Disfrazada ſu forma, y de la Eſphera
Por Danae deſatarſe en lluvia de oro:
Blanca pluma mintiendo en liſongera
Ave, de Leda rompe el fiel decoro;
Y encendido en el fuego mas activo,
Viſte forma de Satyro laſcivo.

Si

LXXX.

Si del tyrano Dios à los harpones
No ſe reſerva la Deydad immenſa,
No han de arder los humanos corazones
De ſu incendio cruel en llama intenſa?
Confieſſo que violè ſus perfecciones,
Que entrò amor por la puerta de la ofenſa;
Mas ſirvale à mi error de fiel diſculpa,
Que amante enmiendo la atrevida culpa.

LXXXI.

Tanto en ſus luces vive mi deſeo,
Que deſde el feliz dia que glorioſo
Logrè en los dulces lazos de Hymenèo
El idolo de amor mas primoroſo;
Deſvanecido de tan gran trophèo,
Señas de eſclavo ſello el mas dichoſo
En mi frente, y mi fé con ciego anhelo
Se manda por los rayos de ſu Cielo.

LXXXII.

De Cupido en reciprocos enſayos
Logro oy a, con humilde rendimiento,
En la hoguera ominoſa de ſus rayos,
Abraſar Mariposa el penſamiento:
En tanta union gozoſo, ſin deſmayos
Vivo, en las alegrias del contento,
Y Aguila de ſus luces mis amores,
Timidos beben tantos reſplandores.

LXXXIII.

Pues consegui la dicha deseada,
Merezca de tu fé mutuas uniones,
Atando la amistad con fiel lazada
La voluntad de nuestros corazones:
Con reciproco amor à nuestra espada
Tribute el Mundo las admiraciones,
Del detestable Imperio el duro lazo
Desate la violencia de tu brazo.

LXXXIV.

No ignoro, que rendida la Nobleza
Del explendor Real de tu persona,
Al Gobierno te anhela por Cabeza,
Ilustrando tu frente la Corona:
Si de mi pecho la feroz brabeza
Te ayuda, esse poder que te baldona,
Al ímpetu soberbio de mi enojo
Corta ruina veràs, breve despojo.

LXXXV.

Yo borrarè el caracter Mahometano,
La coyunda admitiendo de las Leyes
De Christo, porque restituya ufano
A su Rebaño distraidas Greyes:
Deshagamos el necio assombro vano,
Que obedece las sombras de los Reyes,
Cayga al golpe fatàl de la violencia
La fantasma à quien damos la obediencia

De

LXXXVI.

De la fortuna el atrevido ceño
Venza el valor, sacuda ya la infame
Coyunda el cuello, y el Tyrano dueño
En la cadena vil, rabioso brame:
Para el logro feliz de tanto empeño,
Y que marciales Heroes nos aclame
El Orbe, en hecho de tan alta gloria
Sea la venganza medio à la victoria.

LXXXVII.

No detenido en ocio lisongero
Estè el intento de tan grave hazaña,
Que en las empressas grandes considero,
Que tarda execucion es la que daña:
Brote, pues, nuestro espiritu guerrero
Marcial rio, que inunde la Campaña,
Y de la España dexe ya el recinto
En purpura bañado, en grana tinto.

LXXXVIII.

Yo espero que el valor que el pecho inflama,
De su soberbia pompa el verdor tale,
Y al fuego activo de mi ardiente llama,
En humo denso su poder se exale:
En bélicos Anales de la fama
No puede haver quien tanta accion iguale;
En Alabastro esculpan con sutiles
Primores, nuestros hechos los buriles.

LXXXIX.

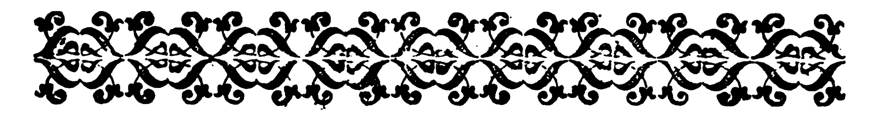
Templo es mi pecho del guerrero Arte,
A quien el Orbe idólatra venera,
Medroso tiembla al verme el Sacro Marte
Desde el brillante Solio de su Esphera:
Si mi brazo milita en tu Estandarte,
Què furia podrà haver, què saña fiera,
Que oponga su rencor à fuerza tanta,
Sin ser desprecio humilde de tu planta?

XC.

Su ambiciosa propuesta assi fenece
Munuza, y el dolor de sus passiones
Dudas agitan, por si no merece
Que el Infante se incline à sus razones.
Un Siglo cada instante le parece,
Que tarda en responder, con atenciones
Tales le mira, que su vista bebe
Del veloz labio el movimiento leve.



ARGU-



ARGUMENTO.

PERSUADE PELAYO A MUNUZA vayan à una Caceria, en donde encontraràn los Diputados de los Astures: interin dà la orden à Fernando que se huya con su hermana: Vàn à la Monteria: Pelayo favorecido de una tempestad se escapa: siguenle los Moros; y viendose cercado, se arroja al rio Peonia: passale à nado, y se pone en salvo.

CANTO IV.

I.

MIentras propuso el ambicioso intento,
Pelayo entre sì mismo suspendido,
Los campos del discurso el pensamiento
Vagaba, y sin accion tiene el sentido:
Al remedio acudiendo del tormento,
Admira promptamente socorrido
Su entendimiento, porque luz Divina
Le protege, le ilustra, le ilumina.

Mu-

II.

Munuza, (dice) cuyo nombre assusta,
Y causa al mundo timidèz estraña;
Què mucho si transfiere à tu robusta
Mano la muerte su fatàl guadaña?
Tù solo puedes de coyunda injusta
Quitar el yugo à la infeliz España,
Que à tu invencible diestra el pavimento
Cediera Jove del Celeste asiento.

III.

En tan árduo negocio se medita
El modo cómo quede executado,
Que si el fin el discurso precipita,
El acierto peligra malogrado:
Que el juicio las acciones acredita
De ligero en el hecho, ò acertado;
Ayude intrepidèz luego à la empressa
Pensar despacio, y resolver apriessa.

IV.

Yo ayudaré tu intento, el Enemigo
Serà à nuestro valor facil despojo,
Su estrago al tiempo servirà testigo
De las sangrientas iras del enojo:
Aunque desate del Tartareo abrigo
Plutòn sus furias, instrumento flojo
Serà de su furor el ceño fiero,
Al formidable filo de mi azèro.

Guar-

V.

Guarde en cauto ſecreto tu deſeo
El intento que à honor marcial te brinda;
No hagas de lo que pienſas fiel empleo
La femenil oreja de Hormeſinda:
Que en las Mugeres ſuele ſer trophèo
De la voz el ſilencio, nò ſe rinda
Tu pecho à ſemejante confianza,
Que marchite en botones la eſperanza.

VI.

Diſpòn cauto una alegre Cacerìa,
A que vamos los dos, porque concurran
Mis amigos à ella, y eſſe dia
Los medios para èl logro ſe diſcurran;
Y quando eſtè confuſa ſu alegria
En afán venatorio, es bien recurran
Nueſtros intentos à lograr el daño,
Formando ſagazmente aſtuto engaño.

VII.

Oſſorio ſe hallarà, cuya perſona
Venèran obſequioſos mis parciales,
Pues de marciales glorias ſe corona
Su cabeza, con lauros immortales:
La fama ſu invencible honor pregona
Tanto, que èl es remedio à nueſtros males,
Pues à la cana voz de ſu prudencia,
Eco reſponde en todos la obediencia.

Diſ-

VIII.

Discurrirèmos en las prevenciones,
Darèmos forma de juntar la Tropa,
Seràn de esta manera tus Pendones
Assombro al Mundo, si terror de Europa.
Qual sulca de Neptuno las Regiones
Nave felice, con el viento en popa;
Asi de nuestra dicha los deseos
Correràn à llenarse de trophèos:

IX.

Dixo Pelayo; y necio se confia
Munuza del engaño sin recelo,
Creyendo que fielmente contribuìa
El Infante à las ansias de su anhelo:
Intenta prompto que la Monterìa
Al logro se disponga del consuelo
De la hydropica sed, que sediciosa
Al pecho aflige en rabia venenosa.

X.

En tanto que el Tyrano se dispone
A labrar su fortuna en el despecho,
A Fernando Pelayo le propone
El remedio, y revela fiel el pecho:
Precepto del silencio cauto impone,
Dandole modo como logre el hecho
De la fuga, burlando ya advertido
Astucias de un Tyrano prevenido.

XI.

Despues con amorosos dulces lazos,
De su hermana à la vista amante llega,
Que el profanado throno de sus brazos,
Ella à su fé con dulce union entrega:
Aun en tanta afliccion, tiernos abrazos
Truecan tormento, que su pecho anega,
En gozo transfiriendo dolor tanto
Al corazon la causa de su llanto.

XII.

La pena, que con barbara vehemencia,
Del Tyrano causaron sinrazones,
Con sutil vóz, que viento su prudencia,
Solicìta el alivio à sus passiones:
Valido del amor, y la eloquencia,
Tal fuerza articularon sus razones,
Que templò de Hormesinda los enojos,
Serenando el diluvio de sus ojos;

XIII.

No de Pelayo el corazon admite,
Sin la venganza, plácido sossiego,
Que hasta que sus honores resucite,
Padece su dolor activo fuego:
Con Bermudo, Escudero fiel, remite
A las Asturias, en cerrado Pliego,
Llama, que encienda el pecho à sus parciales,
Vistiendose las tunicas marciales.

Qual

XIV.

Qual Nave à quien la variedad del viento
Enfrena el curso ya, si ya la agita,
Y en el campo del líquido Elemento
Ya se detiene, ò ya se precipita:
Asi vagante sulca el pensamiento
Mar de discursos, porque ya le irrita
Uracàn despechado la venganza,
Rémora ya le enfrena la esperanza.

XV.

Luego al Barbaro busca, y le previene,
Que en el sitio, y el Bosque señalado,
A la Nobleza convocada tiene,
Para lograr el hecho concertado:
Munuza ciego, en nada se detiene,
Que al otro dia quiere despechado
Partir, no acaso en tardas dilaciones
Se frustren sus altivas intenciones.

XVI.

Vasto un Bosque se estiende, que fragoso
En su recinto broca toscos frutos,
Mansion en cuyo bàrbaro escabroso
Sitio, se albergan horrorosos brutos:
Mañero el Osso, el Javalì cerdoso,
Ligeros Ciervos, Lobos son astutos
Los que habitan su rustica maleza,
Ciudadanos que viven su aspereza.

XVII.

De corona le sirve una Montaña,
Que en medio se levanta tan gigante,
Que altivamente con soberbia estraña,
Quiere ceñirse el Cielo por Turbante:
De su Cimèra vierte à la Campaña
Claro cristal, que al Prado dà abundante
Fecundidad, con copia de licores,
Que anticipan el parto de las flores.

XVIII.

De aqueste llano, pues, el sitio ameno,
Del Barbaro al assumpto fue elegido,
Que alli espera el horror de su veneno
Emponzoñar de todos el oìdo:
Tienda le adorna, y ya se mira lleno
De aprestos venatorios, prevenido
Se vè contra el furor del Osso fiero,
El Dogo fuerte, y el Lebrèl ligero.

XIX.

Parten los dos, y finos Compañeros,
De quienes el Tyrano no recela,
Creyendo que desnuden los azeros,
Para el logro feliz, que ciego anhela;
Le adulan pensamientos lisongeros,
La dilacion tan solo le desvela,
Llegan al fin al Bosque, quando el Polo
Luto se viste por el rubio Apolo.

XX.

Cayò la noche mustia, y eclipsada
La Luna, al mundo niega sus reflexos;
Las Estrellas se miran enlutadas,
Trémulas, no del Sol beben los lexos:
Las Fuentes en descanso sepultadas,
A la vista le niegan sus espejos,
Pues de la obscuridad negros horrores
En la sombra ocultaron los colores.

XXI.

Fernando en tanto, de secreta puerta,
De que le diò Hormesinda fiel la llave,
Por estancia escondida, y encubierta,
Al Campo la conduce en passo grave:
Nadie siente la accion, que no despierta
La sospecha menor, porque suave
Le previene propicio su destino
A la fuga veloz, prompto camino.

XXII.

De las nocturnas sombras amparada
Sale Hormesinda, y solo dos Doncellas,
De quien fielmente estuvo acompañada,
Siguen el rumbo de sus luces bellas:
Fernando el norte es, de quien guiada
La luz brillante và de sus Estrellas,
Y en un Corcèl ligero, tan violento
Parte, que usurpa la presteza al viento.

XXIII.

Alas el miedo presurosas presta
A su fuga, si bien à su ossadìa
Temor causa la noche, que funesta,
Con sus tintas borrò la tèz al dia:
Mas prudente Fernando, la amonesta
No detencion estorve su alegria,
Y que se alexen, antes que à la noche
Arrugue el ceño de la luz el Coche.

XXIV.

No mas veloz al ayre Azor Britano
Corta la raridad del Elemento,
Siguiendo ligera Ave, que inhumano
Hizo campaña de su furia el viento:
No del Eburneo Arco Partha mano,
Para tràgico fin, con cruel intento,
Fulminò la mortifera saeta,
De desgraciado caso, infiel Cometa:

XXV.

Como veloces huyen sus temores
Del que à Jijòn injustamente oprime,
Baxo de cuyos barbaros rencores
El desdichado Pueblo tierno gime:
Mas ya el Cielo trocando sus rigores
En benignos influxos, te redime,
Hormesinda, del duro cautiverio,
Que hizo de tu hermosura vituperio.

En

XXVI.

En tanto de Munuza el fiero pecho
Pensamientos combaten, no sossiega,
Sin descansar en el mullido lecho,
Toda la noche passa en dura brega:
De confusiones temporal deshecho
Del discurso el Baxèl, sin luz navega,
Y à cada passo encuentra escollo fuerte,
Que el rumbo corte con infausta suerte.

XXVII.

De batalla interior la fuerza es mucha,
Que le assalta, ya en dudas, ya en tormentos,
Con imaginaciones varias lucha,
Ya creyendo la gloria à sus aumentos:
Por otra parte en lo interior escucha
Del alma voz, que anuncia sus lamentos,
Y en terribles fatigas, que padece,
Le hallò la luz, que tímida amanece.

XXVIII.

La hermosa Aurora débil removìa
Obscuras sombras del Celeste Polo,
Siendo su frágil luz hermosa guia,
A que sigue en brillante fuego Apolo:
Quando turbado ya se mira el dia,
Y soplos destemplados del Eolo;
Visten de macilenta tèz al viento
La claridad del rápido Elemento.

XXIX.

Pelayo entrò en ſu Tienda, y le previene
Que veloz và à buſcar à ſus parciales,
Y juntarlos al ſitio, donde tiene
Deſtinado el remedio de ſus males:
Aun dudoſo el Tyrano, no detiene
Su curſo, porque eſtàn ya los fatales
Influjos de la furia de los hados
Contra ſu triſte ſuerte decretados.

XXX.

Parte el Infante, y mas que corre vuela,
En un Caballo, que del Sol al Coche,
En ligerezas aprendiò la eſcuela,
Siendo ſu piel afrenta de la noche:
Munuza entre sì miſmo ſe conſuela,
Eſperando que prompto deſabroche
Su rayo el Sol, que tibiamente obſtenta
En nube, que le oculta macilenta.

XXXI.

El Cancro ardiente el Sol iluminaba,
Que vertiendo maligno infauſto influjo,
De obſcuridad aduſta matizaba
El velo azul, que à ſombras le redujo:
Con negra tèz el viento amenazaba
Deſatar lluvia en proceloſo flujo,
Porque borren del mundo las campañas
Los lìquidos furores de ſus ſañas.

XXXII.

Lobregueeces que beben del Lethèo
En húmido vapòr obſcuridades,
Y de Caron en el aſpecto feo
Copiaron à ſu horror deformidades:
El dia de la ſombra hacen trophèo,
Del viento ocupan ya las raridades,
Y ocultando de Apolo el regio Coche,
El Imperio introducen de la noche.

XXXIII.

Vandolera la ſombra, roba al dia
La infante luz de tibios explendores,
Y el Sol padece en miſera agonìa
La muerte de brillantes reſplandores:
Del viento ocupa negra niebla fria
La claridad con fúnebres horrores,
Que expectaculos ſolo al ayre viſte,
Del texido vapòr el ceño triſte.

XXXIV.

Quantos del Ethna en cóncabo combuſto
Rayos labrò de fuego fulminante,
Ya de Piracmon el aſpecto aduſto,
Para juſtos enojos del Tonante:
Con rabia ardiente, al pecho cauſan ſuſto
En pavoroſo horror, con que ſonante
Nube, tal copia en ſu furòr derrama,
Que aun no es paveſa el Orbe à tanta llama.

El

XXXV.

El ayre corta el fuego, dividido
En culebras de llama ſinuoſa,
Vierte furioſo en colera encendido
Ruinas al mundo, nube vagaroſa:
Como paſmo lethàl, en el ſentido
Introduce la Sierpe ponzoñoſa;
Aſsi del viento ya la fáz diſpone
Con diabolico pino Teſiphone.

XXXVI.

No quando ſedicioſos los Gigantes,
De Jupiter aſſaltan el decoro,
Apurò tantos rayos fulminantes
A la juſta venganza del deſdoro:
Que en epitaphios hoy viven fumantes,
Como acuerdan Pachino, y el Peloro,
Y de Enzelado eſcribe errores ſumos
El Ethna ardiente, en eſpirantes humos.

XXXVII.

Parece que Plutòn gobierna injuſto
La fiera tempeſtad del azùl velo,
Tomando poſſeſsion ſu genio aduſto,
En Abyſmo trocò la fáz del Cielo:
Todo es horror, es anſia, pena, ſuſto,
Es deſdicha, gemido, deſconſuelo,
Que en medio de fatigas tan mortales
Se tropiezan los males con los males.

El

XXXVIII.

El viento contra el Bosque embrabecido,
Arranca sus verdores irritado,
Solo para suspiros concedido,
Que al comercio vitàl està negado:
Tan ayrado deshace su silvìdo
Los verdes omenages, que el copado
Robusto tronco de la dura Encina
Padece en el menor soplo su ruina.

XXXIX.

Lo que al licòr podrido, y lagunoso
Chupò la densa nube, vierte ayrada,
Correspondiendo al ruido tormentoso
Del granizo la piedra congelada:
Todo el verdòr del campo primoroso
Breve reduce su furòr en nada,
Vêr lamenta el Cultòr en su fatiga,
Miès sin racimo, Cepa sin espiga.

XL.

Como la tempestad rabiosa crece,
Pelayo suspendiò passos errantes,
Bien que de su valor no descaece
El animo en peligros semejantes:
Ya passada la nube, reflorece
El Prado, porque el Sol con relumbrantes
Rayos destierra ya la sombra fria,
Vistiendo el ayre el rosiclèr del dia.

Ya

XLI.

Ya el ayre està de claridad vestido,
Porque alegre se mira la mañana,
Pelayo anhela el Asturiano nido,
Donde la luz le aguarda de su hermana:
Si bien del negro horror favorecido,
Para el logro feliz de dicha ufana,
Tambien el ceño que la luz arruga,
Detuvo el curso prompto de su fuga.

XLII.

En tanto que el Infante veloz parte,
Munuza ciegamente disponia
El venatorio afán, y assi reparte
Los puestos todos de la Cacerìa:
Con sediciosos fines los comparte,
Porque solo le hagan compañia
Los que cómplices juzga, que à sus quexas
Daràn con amistosa union orejas.

XLIII.

Juceph, y Abenabed, vèn que respira,
(Pues quedaron los dos con el Tyrano)
Ya por los ojos encendidos, ira,
Y ya alegre, el semblante muestra ufano:
Ya cuidadoso à todas partes mira,
Ya se sossiega, y muestra mas humano,
Dando señales, que su pecho cierra
De confusiones sediciosa guerra.

XLIV.

Ya del Infante acusa la tardanza,
Que causa à su dolor triste desvelo,
Y ya teme anegada la esperanza,
En desmandadas ondas del recelo:
Ya la tormenta se trocò en bonanza,
Ya claridades respiraba el Cielo,
Y la dicha que espera no amanece,
Iras rabiosas su ambicion padece.

XLV.

Abenabed rompiò la voz: Batalla
Muestra, Munuza, tu desassossiego;
Mal puedes de los ojos ocultalla,
Quando el pecho se abrasa en voraz fuego:
Quién esse invicto animo avassalla,
Turbando la region de su sossiego?
Ceñuda miro ya tu faz serena,
Que la assaltan angustias de la pena:

XLVI.

Tù todo este aparato fabricaste,
Para tu diversion le compusiste,
Todos los compañeros enviaste,
E ir con ellos al Monte no quisiste:
Con los dos mas amigos te quedaste,
Pues dinos para què nos elegiste?
Quando sabes que finos verdaderos,
Tu azero seguiràn nuestros azeros.

XLVII.

Larga experiencia tu amiſtad ha hecho
De nueſtro amor; pues cómo puede oculta
Haver accion en tì, que de tu pecho
No hagas à nueſtra fé fina conſulta?
Unidos ambos, con fatàl deſpecho
Moriremos por tì; què dificulta
Tu pena, que rencor ſea, ò agravio,
En nueſtro oìdo no derrama el labio?

XLVIII.

No temas quanto intente tu oſſadìa;
Porque la ſuerte logres oportuna,
Pondrà à tus pies la Cimitarra mia,
Rota la rueda ya de la fortuna:
Si pretendes la Mora Monarquia,
No puede haver opoſicion alguna;
Rendirà ſu cerviz, y con deſmayo
Venerarà las fuerzas de mi rayo.

XLIX.

Rayo es mi Alfange, cuyo corbo filo
Templò en las iras de ſangriento Marte,
A la eloquencia de ſu ardiente eſtilo
Humilla fuerzas el guerrero Arte:
En èl encontraràs valiente aſylo,
Y haſta que llegue fuerte à coronarte
Harà que en tu ſervicio, ſin ſegundo,
Humildemente te venère el mundo.

Pe-

L.

Pero temo, Munuza, que confias
De Pelayo, à quien tienes ofendido;
Y si crees su fineza, mal te fias
Hallarte de su fé correspondido:
Mira que con infames tyranias
El dia de su honor anochecido
Dexaste, que su injuria sepultada
Està en su pecho, pero no apagada.

LI.

En el Noble la afrenta no se olvida,
Y no sossiega, si su honor no cobra;
De cruel agressor solo la vida
A la ofendida fama el ser recobra:
Con secreto falàz està escondida,
Y en sus medulas cautamente obra,
Ocultando discreta la esperanza,
La ardiente llama ya de la venganza.

LII.

El adora el caracter de Christiano,
Y con odio tremendo mira el Moro;
Deshacer nuestro Imperio soberano
Es de su Religion sacro decoro:
Para ellos fuera el dia mas ufano
El que à nosotros anegasse en lloro;
Pues si dèl alta accion ciego fiaste,
Gusano tu sepulcro fabricaste.

Mas

LIII.

Mas valiera que triumpho de tu saña
Su fin logrado huviera la cautela,
Que midiesse su cuerpo la Campaña,
Apagando el lucir su vital vela:
Assegura, si vuelve, tanta hazaña;
Pero mi corazon cauto rezela,
Que el suspiro que exala mi garganta,
De su fuga los passos adelanta.

LIV.

Mas si acaso volviesse, nuestra ira
Harà su triste vida infiel despojo,
Sacrificio funesto sea en la Pyra
De las rabiosas aras del enojo:
Furioso fuego el corazon respira,
Para que manche el campo verde en rojo
Su sangre, que no es rigor injusto,
Si con su muerte se assegura el susto.

LV.

Màs fue à decir ayrado, si en ligero
Bruto (que de Genil bebiò la espuma)
No llegára Celìn, fiel Escudero,
A quien ya la lealtad calzò de pluma:
Calò al verlo Munuza el ceño fiero,
Que fiel el corazon le hace presuma
Contra su dicha alguna accion siniestra,
Que en palideces del semblante muestra.

La

LVI.

La tartamuda lengua no consiente
Que Celìn articúle las razones,
Que del sucesso herido, con doliente
Afán, trabò à su voz pronunciaciones:
Aunque sañudo del Tyrano intente
Irritar perspicaces atenciones,
Trémulo acento forma, que el oìdo
Percibiò solo, que la Infanta ha huìdo.

LVII.

Apenas bebiò el tósigo, que vierte
El Escudero en ponzoñosas voces,
Quando su pecho Mongibelo advierte
Munuza, que exalò llamas atroces:
El corazon le muerde sierpe ardiente,
Venenos derramando en èl feroces,
Y herido del contagio de su llama,
No tierno gime, sì soberbio brama.

LVIII.

No asi el Rey de las Fieras coronado
Discurre à toda parte armado viento,
Quando el pecho se siente fatigado
Del desconsuelo del afán hambriento;
No el Tigre asi, quando se viò cercado,
En rabia se dispára, tan violento,
Contra la lanza, que exalò la vida,
Siendo su ligereza su homicida:

LIX.

Como el Tyrano en furias encendido,
Ayrado vibra en rabias los enojos,
Y de colera injuſta poſſeìdo,
Sylabas del dolor vierten los ojos:
Ciego, ſin Norte, como embravecido
Furioſo Noto, en barbaros arrojos,
A una parte diſcurre, ya ſuſpira,
Con penſamientos trágicos delìra.

LX.

No encuentra alivio, que indeterminable
Para el remedio, nada reſolvia,
Que la ira, que abriga inexorable,
Le apagò en los dolores la oſſadìa:
Todos callan, que temen la inſaciable
Saña cruel de tanta tyranìa,
Viendo que en breve inſtante ſu contento
Viſtiò el funeſto trage del lamento.

LXI.

Quién del voluble gyro de tu rueda
Puede eſperar eſtable dicha alguna,
Que à poder, varia Dioſa, eſtarte queda,
No te adorára el hombre por Fortuna?
No ſiento que Pelayo injuſto pueda
Vibrar ſu azero contra mì, ninguna
Pena me daràn ceños de la ſuerte,
Que el deſcanſo mejor ſerà la muerte.

Deſ-

LXII.

Desprecio que Pelayo mi enemigo
Rebele las Montañas Asturianas,
Que encuentre en ellas sedicioso abrigo,
Que se arme contra Huestes Mauritanas:
Que èl llorarà el estrago en el castigo
Con leves fuerzas, que sus iras vanas
Quedaràn à mi impulso, si lo intenta,
Y harè que espire con infame afrenta.

LXIII.

Mas hay, que el alma tiernamente gime
De otro dolor en el mayor tormento,
Cuya ponzoña todo el pecho oprime,
Y me anegan las ondas del lamento!
De mis amantes lazos se redime
La que Estrella es mejor del Firmamento,
Que en sus ojos habitan sin desmayos,
Del Dios luciente, los benignos rayos.

LXIV.

Clicie à sus luces mi desassossiego,
Sigue en ella la causa de sus males,
Que de mi corazon el vivo fuego
Los terminos supéra naturales:
Passarà de mi pecho el ardor ciego
A dominar los Monstruos infernales,
Segundo Trace fuera, siendo el llanto
El instrumento, si el suspiro el canto:

LXV.

Mas hay de mì! Què sirve en la importuna
Pena, voz de gemido, y desconsuelo,
Si ya en sus variedades la fortuna
Negò à mi amor su adversidad consuelo?
Infierno mi alma es, que à la Laguna
Stigia le bebiò el ardiente yelo;
Tantas ansias padezco, que en mì mismo
Viven las confusiones del Abysmo.

LXVI.

Cómo puedo vivir? No se permite
Que el pecho aliente sin la que animaba
Mi corazon, Deydad en quien remite
El ciego Dios las fuerzas de su aljaba:
No division mi amante fuego admite,
Antes, ò Jove! vibre tu ira braba,
Tiñendo el rayo en riguroso ceño,
Contra mis ojos el eterno sueño.

LXVII.

Asi dixo el Tyrano, à quien condena
Amor que pierda el idolo adorado;
Y en amarguras tristes ya su pena
En diluvios anega su cuidado:
Considerando su beldad agena,
Volcàn el pecho siente transformado,
Que el agua de sus lagrimas aumenta
La borrasca fatàl de su tormenta.

Ya

LXVIII.

Ya, Munuza, no sirve que el gemido
Altere la region del ayre pura,
Que quanto estàs en ansias detenido,
Tiempo dàs, que su huìda se assegura;
A remediar el daño sucedido
Los medios eficaces apresura,
Abenabed le dice, por si acaso
A su fuga veloz se corta el passo:

LXIX.

No rendirse jamàs debe tu pecho
A tanto acaso, ardores varoniles
Renueva en èl, no humilde tu despecho
De inconstancias se vista femeniles;
Pues el valor en lance tan estrecho
Confirma nobles, ò descubre viles
Los corazones, pueda tu ardimiento
Romper los lazos de tu sentimiento:

LXX.

Los quilates del animo constante
Los descubren los riesgos, no victorias,
Piedra de toque son, à que brillante
el oro, muestra sus immensas glorias:
No en las divinas luces del semblante
De Hormesinda suspendas las memorias,
Vuela à alcanzar al barbaro enemigo,
No nos burle en la fuga su castigo:

LXXI.

La gente, que en el Monte està esparcida,
Juntala prompto para tanta empressa,
Que no duda mi fé que conseguida,
Su persona, à tus plantas trayga presa;
Pero ha de ser muy prompta la partida,
Que el logro estriva solo en veloz priessa,
Que el tiempo, en un acaso semejante,
Convierte en siglo el mas pequeño instante.

LXXII.

Assi hablò Abenabed, que del Tyrano
Despertò el que dolor le infundiò sueño,
Y con la voz del Barbaro inhumano,
Iracundo se armò de iras su ceño:
Ya usando de su imperio soberano,
La gente llama para tanto empeño;
Y à Abenabed encarga, à Juceph fia
De dos Esquadras numerosa guia.

LXXIII.

Diferentes caminos eligieron
Los dos, que con activa ligereza
A lograr la ocasion promptos partieron,
Tropezando su anhelo en su viveza:
De Abenabed los Moros descubrieron
Hombre, que el rostro adorna de tristeza,
Causando al pecho pavoroso susto,
De su deforme rostro el ceño adusto.

Era

LXXIV.

Era Plutòn, en quien el odio fiero
De aniquilar el nombre del Christiano,
De sus astucias quiso hacer esmero
En el aspecto disfrazado humano:
Donde, dice, diriges con ligero
Curso essa Esquadra, solicita en vano
La presa tu deseo, si el destino
A quien buscas le diò vario camino:

LXXV.

Pastor soy, que en redil donde el valido
Es voz, que forma lastimosas quejas,
Mi Cayado obedece Grey perdido
De innumerable numero de Ovejas:
Por mas que llore triste, à su gemido
Cerrò enojado el Cielo las orejas,
Que el necio error de loca confianza
Vistiò funesto luto à su esperanza.

LXXVI.

Quando exalaron hoy mortal beleño
Contra el dia de Lethe los horrores,
Que con obscuro, si rugoso ceño,
Ocultò al Sol los fulgidos ardores:
Un hombre vì, que con activo empeño
Fatigaba un Caballo con rigores,
Con tal velocidad el viento agita,
Que à despeño fatal le precipita:

LXXVII.

Señas daba de ilustre Caballero
El rico adorno del lucido trage,
Lo fragoso siguiendo de un sendero,
Se ocultò en lo mas denso del boscage:
Si os acompaño , ciertamente espero,
Que sirva à vuestra colera de ultrage,
Dixo Luzbèl ; con cuya voz injusta,
Toda la Turba Sarracena assusta.

LXXVIII.

Contaminan rabiosas sus querellas
En los pechos que encienden en la ira,
Arrojando el aliento qual centellas,
Que ardiente llama su altivèz respira:
Siguen del Monstruo las horrendas huellas,
Que à la apreciable presa se conspira,
Por escabrosa senda , en breve instante,
La persona encontraron del Infante.

LXXIX.

De Peonia los liquidos cristales
Tanto bebieron de la nube densa,
Que el Cauce despreciaron sus raudales,
Y se desatan con soberbia immensa:
Al Nilo , y Ganges juzga desiguales
A sus copiosas ondas , no dispensa
Que haya igualdades à su curso frio,
Mar se presume , y se desdeña rio.

Pe-

LXXX.

Pelayo à las orillas esperaba,
Que de las ondas ceda el fuerte flujo,
Y al Cielo con suspiros impetraba
Sacras piedades de Divino influjo:
Quando sintiò la Esquadra que buscaba
Su persona, y el miedo mas le indujo,
Que el valor, à que venza en tanta fragua
Montes de nieve, pielagos de agua.

LXXXI.

Apenas fue tropiezo de los ojos
De la Esquadra fatàl, quando veloces,
Ligereza vistiendo sus enojos,
Se arrojan à èl, con descompuestas voces:
Ya llenos se imaginan de despojos,
Cebando de sus sañas las atroces
Furias, sus almas de alborozo llenas,
Alegres prevenian las cadenas.

LXXXII.

Como à la Garza se arrojò violento
El Sacre, asi Pelayo presuroso
Se precipita al líquido Elemento,
Luchando con el flujo proceloso:
Vence nadando con insigne aliento
La rabiosa corriente al campo undoso;
De los Moros le mira la ira fiera
Pisar de la otra parte la ribera.

Bien

LXXXIII.

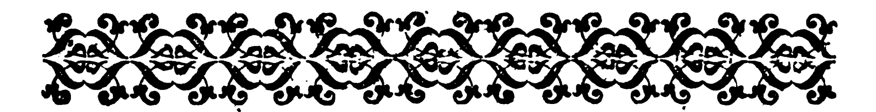
Bien quisiera Luzbèl con la furiosa
Ira encender su pecho à la venganza,
Mas frustrada conoce su rabiosa
Altivèz, y coartada sù esperanza:
Desampara la Esquadra numerosa,
Y con tremenda furia se abalanza
A que beba el horror del pecho ciego
En los Abysmos, pielagos de fuego.

LXXXIV.

Pelayo à la otra parte, daba al Cielo
Gracias de la piedad que le previno,
Libre ya de la astucia del recelo,
Con el siempre feliz Norte Divino:
Cubren los Moros de funesto yelo
El corazon, y vuelven su camino;
Alegria, y tristeza se comparten,
Llorosos ellos, y èl alegre, parten.



ARGU-



ARGUMENTO.

LLEGA PELAYO A LAS Asturias en casa del Conde Sigisberto, donde viendo à su hija Gaudosia, queda cautivo de su hermosura: ajustasse el Matrimonio acabada la Guerra: dexa à su hermana con Gaudosia: parte con Sigisberto à Cangas: sabe Munuza su huìda.

CANTO V.

I.

EN la indomable España, à parte umbrìa
La Provincia de Asturias se dilata,
Del Cantabrico Mar la espuma fria
Lame sus riscos, con cerulea plata:
Leon con Castilla abraza al Medio-Dia
Su Continente, que Vizcaya ata
Con Montes por la parte del Oriente,
Y Galicia le ciñe al Occidente.

La

II.

La cultura perdona à ſus Campañas
Ceres, ſi Baco frutos niega opìmos,
La aſpereza fatàl de las Montañas
Eſterilizan granos, y racìmos:
En los llanos que Deba undoſo baña,
Poco producen fecundados Limos,
Dà al anſia ſolo del Cultor prolijo,
Breve la Eſcanda, dilatado el Mijo.

III.

Deſparecen los Cerros las goloſas
Cabras, inobedientes al Cayado,
Pues crian ſus Montañas eſcabroſas
Innumerable copia de Ganado:
En las partes mas llanas, y aguanoſas,
Bacas coronan uno, y otro Prado;
Y las Avejas en los Robles huecos
Llenan de dulce miel los troncos ſecos.

IV.

El Bruto que mintiò Marte zeloſo,
Habita de ſus breñas la maleza;
Ciudadano continuo vive el Oſſo
La deſcompueſta ruſtica aſpereza:
El ligero animal, que en el gancho ſo
Archivo numerò naturaleza
Sus años, y el eſcandalo del Monte,
Generacion del crudo Licaonte.

V.

Feliz porcion de España, pues essenta
Del dominio cruel del Africano,
Dichosamente pobre, no lamenta
Las duras iras del rigor tyrano:
Entre sus fuertes Sierras alimenta
La Española Nobleza, que inhumano
Poder huyendo, hallò glorioso abrigo
Contra el furor del Barbaro enemigo.

VI.

Sanos, robustos son sus moradores,
Que ansiosos de la gloria de la suerte,
Por lograr de la fama los honores,
Desprecian el semblante de la muerte;
Sufren del Sol ardiente los rigores,
Las crudas sañas del Invierno fuerte;
Nacion determinada, y atrevida,
El trage basto, parca la comida.

VII.

En quarenta y tres grados colocada,
Minutos veinte y cinco, la Cabeza,
Que hoy reconoce Asturias, situada
Està al Boreas, en rustica aspereza;
En eminencia llana edificada,
Del Arco de Chiron à la brabeza,
Reconoce el influjo, bien sea hazaña,
Estàr sujeta al que domina à España.

VIII.

No ocultò su explendor el tiempo cano,
Pues luciò ilustre, con altiva gloria,
Con el nombre de Lanzia en el Romano
Imperio, en que la aclama antigua historia:
Fiero rencòr del fuerte Mahometano,
Aun de sus Muros no dexò memoria,
Hasta que el primer Fruela el desperdicio
De sus ruinas volviò vasto Edificio.

IX.

De Ove, y Deba los líquidos raudales,
De Oviedo el alto nombre la impusieron,
Defensa à los Cayados Pastorales
En la persecucion sus muros fueron:
Pantheòn Augusto fue de los Reales
Heroes, que à España tanta gloria dieron,
Relicario precioso, en que el camino
Feneciò felizmente el Peregrino.

X.

Aqui acrisola el Sol por mas hazaña
La ilustre Cuna de los Patrios Lares,
Que el excelso blasón de la Montaña
Deriva los honores singulares:
Copiosa Fuente Asturias, à la España
Le brota de Nobleza insignes mares,
Cuyo explendor altivamente brilla
En quanto abarca el Cetro de Castilla.

De

XI.

De heroyco fuego en encendidas llamas
Dàn à la historia claros interesses,
Enmudeciendo las agenas famas
Herreras, Queypos, Prados, y Valdeses:
Troncos excelsos de floridas Ramas,
Solises, y Vigiles, sus paveses
De honores vestiràn, que esculpan bronces,
Quiroses, y Mirandas, Duques, Ponces.

XII.

Del Moro oprimiràn con duras sañas,
Que llene el Orbe de inclytos trophèos,
Benavides, Mallezas, los Omañas,
Bustos, Inclanes, Navias, y Tinéos:
De la Infanzona sangre esta Montaña
Satisfarà al mas vano los deseos,
Pues estos, y otros el esclarecido
Origen deben à este patrio nido.

XIII.

La corta brevedad de este recinto
Assumpto fue à la Sacra Providencia,
De donde el Godo azero, en sangre tinto,
Castigò de los Moros la insolencia:
Quedára su poder del todo extincto,
Si de flaqueza humana la demencia,
No hiciera que sus Reyes descuidados
Viviessen en el ocio sepultados.

Ocho-

XIV.

Ochocientas Batallas ya campales
En ſu reſtauracion vè la memoria;
Sembradas con fatigas immortales,
Frutos brotaron de invencible gloria:
No numéra menores, que marciales
Cortos ſuceſſos deſpreciò la hiſtoria
En tanto mar de hazañas, que del Cielo
Luces compiten à ſu claro velo.

XV.

De Peonia à la margen dilataba
Su peñaſcoſo ſitio breve Sierra,
Que animoſo Pelayo penetraba,
Lo fragoſo venciendo de la tierra:
La deſcompueſta greña atraveſaba,
Que en eſpeſo boſcage el campo cierra,
Sin que embarazo encuentre ſu deſtino
En la inculta maleza del camino.

XVI.

Deſciende à un llano, que de flores lleno,
Con ſu verdòr mezclò varios primores,
Y fecundado de un Arroyo ameno,
Confunde los matices con olores:
Muſica alegre à ſu apacible ſeno
Ofrecen dieſtramente Ruyſeñores,
Tal fertil, que en ſu eſtancia perſevera
Aun el Invierno dulce Primavera.

Hu-

XVII.

Humilde (entre unos Alamos) divisa
El Edificio pobre de una Casa;
Acia ella se dirige en veloz prisa,
Viendo que el Sol dà al mundo luz escasa:
La negra sombra sus fulgores pisa,
Y de la noche à ser esclavo passa
El Farol de la Luz, que sus centellas
En tardos ecos beben las Estrellas:

XVIII.

Llegò; y Fernando, que à la puerta espera,
Le dà noticia del felice robo,
Que ya la candidèz de la Cordera
Hurtò à las presas del hambriento Lobo:
Quando libre à su hermana considera,
Suspende el alma en tan alegre arrobo,
Que las dulzuras bebe del contento,
En extasis gustoso, el pensamiento.

XIX.

De este breve Edificio la pobreza,
De Sigisberto guarda la persona,
(Dice Fernando) cuya gran Nobleza
Igualdades disputa à la Corona:
El mas bello explendor de la belleza
Entre sus rustiqueces aprisiona,
Bien como concha avara, que athesora
Lagrimas congeladas de la Aurora.

XX.

Sigisberto, que en lides coronado,
Rayo fue siempre su templado azero,
Que en enemiga purpura bañado,
Diò à su antiguo blasón glorioso esméro:
De Españoles antiguos derivado,
En sangrientas acciones el primero,
De Daphne desdeñosa los verdores
Enjugaron sus bélicos sudores:

XXI.

Aqui huyendo à las Armas Mauritanas
El desbocado Nilo proceloso,
Guarda la elada nieve de sus canas
Del barbaro corriente impetuoso:
Oyò tu nombre apenas, que en usanas
Voces mostrò su espiritu animoso,
Que leal à tu lado, las arenas
Teñirà con la sangre de sus venas:

XXII.

Dixo, al tiempo que el Viejo venerable
Saliò, y ya en reciprocos abrazos,
Señas de la amistad inseparable,
Se comunican en eternos lazos:
El respetuoso, si Pelayo afable,
Se unen tan firmes, que à sus fuertes brazos
El Africano Athlante bien pudiera
Ceder el peso de la Sacra Esphera.

XXIII.

O tù, Pelayo, dice, à cuya frente,
Mas que presta el Laurèl, le bebe honores,
Gloria mayor de la Española gente,
Pues bañas su blasón en explendores:
Ceda à tu nombre el eco reverente
De los que Heroes aclama superiores
La Fama, y llene al Orbe los confines
De tus hechos, formando sus Clarines:

XXIV.

Quantos assumpto de invencible gloria
Se coronaron en marciales lides,
Objeto heroyco de la antigua historia,
Obscureciendo el nombre al fuerte Alcides,
Con tintas del olvido la memoria,
Borraràn con la accion, que justo mides,
Escribiendo ya el nombre de Pelayo,
En papel de Zafir, pluma de rayo:

XXV.

Tù de valor, y religion exemplo,
Tan solo digno de tan grave hazaña,
Volveràs la Mezquita en Sacro Templo,
Restituyendo el lustre antiguo à España:
Altamente tu espiritu contemplo
Desde el rustico horror de la Montaña,
No solo harà que tu persona assombre,
Que en eco solo vencerà tu nombre.

XXVI.

Aunque elada mi ſangre anìma apenas,
Canſada con el peſo de los años,
Regando torpe mis ceruleas venas,
Donde ſe acercan los mortales daños;
La blanca plata de mis canas, llenas
De exemplos de paſſados deſengaños,
Te ſervirà leal un triſte viejo,
Si con la eſpada no, con el conſejo.

XXVII.

Aun todavia en mi valor eſpero,
Aunque eſtè de la edad torpe, y canſado;
No ſolo que me admitas Conſejero,
Que aun pienſo merecer como Soldado:
Tiemble el Moro la ſaña de mi azero,
Si de tu ardiente eſpiritu animado,
Contra el vano poder del Sarraceno,
Al Caballo Andaluz le rijo el freno:

XXVIII.

Entra ahora en mi caſa, que dichoſa
La pobre conſtruccion de ſu morada
Alegremente ſe verà gozoſa,
De verſe de tal Jóven habitada:
A tus pies la primera Gaudioſa,
De mi pecho la parte mas amada,
Leal ſellarà ſus labios en tu mano,
Aclamandote dueño ſoberano:

Di-

XXIX.

Dixo; y Pelayo dulce corresponde
Y suavemente afable, agradecido,
Silencioso le sigue al Viejo adonde,
Và, por su tarda huella conducido:
Entra en un quarto, que la luz esconde
De su hermana, al mirarla commovido
De fraternal amor, en blandos lazos,
Con reciproca fé, se unen sus brazos.

XXX.

Deydad en quien confunde sus primores
Naturaleza, envuelta en luces bella,
Rosa de la Republica de flores,
Y à quien Sol obedecen las Estrellas,
Vibrando irremediables resplandores,
De cuya blanda luz à las centellas
No hay alma essenta, que su ardor no rinda,
Al lado se presenta de Hormesinda:

XXXI.

Gaudosia, cuya perfeccion divina,
Transcendiendo los terminos de humana,
De su tèz la belleza peregrina
El rosiclèr bebiò de la mañana:
De candidèz la frente cristalina
Viste la Aurora, en competencia ufana
Del Sol, que ilustra ardiente, rayos bellos,
En dilatado vulgo de cabellos.

XXXII.

El rubio mar del pelo la aprisiona
Verde listòn, laurèl que la assegura,
Que la cediò Acidalia la Corona,
Como à Reyna mayor de la hermosura:
Todo el Imperio del amor blasona
De sus triunfantes arcos, quando apura,
Para que el pecho espire entre desmayos,
A tiernas luces los brillantes rayos.

XXXIII.

Porque las almas con ansioso anhelo
Su sossiego le rindan por despojos,
El alegre color que viste el Cielo,
Usurpò para adorno de sus ojos:
Por mas que humildemente su desvelo
Sacrifique su fé, de sus enojos
El deseo infelice solo alcanza
Vestir trágico luto à la esperanza.

XXXIV.

El peligro comun, en quien tropieza
La vista en las divinas perfecciones,
Sabiamente reduce su belleza
En el medio de iguales proporciones:
De los labios la breve fortaleza,
Imàn, que atrae humildes corazones,
Como vassallos de su Imperio fieles,
Se quajan en dos hojas los claveles.

XXXV.

Columna à tanto Cielo, en elegante
Torneado Armiño, el cuello se construye,
Canóra del Caistro, Ave nadante,
Corrida à su candòr, los ampos huye:
Si en los ojos la llama fulminante
Habita, blandamente no destruye
El nitido explendor, con que su cuello
Dà perfiles de plata à su cabello.

XXXVI.

No à la vista comun se le permite
Registre el pecho, que de honestidades
Vestido todo, su primòr remite
A la carcel de austéras castidades.
De sus manos la tèz pura compite
Del Alva las purpureas claridades,
En donde el alma Mongibelos bebe,
Que causa la blancura de su nieve.

XXXVII.

Tal vez el campo pisa, donde usana,
Si el exercicio venatorio obstenta,
Corrida de su lùz huye Diana,
Quando vè que à su harpòn el suyo afrenta:
De su arco à la destreza soberana,
No hay fiera que su vida libre essenta,
Que antes rendido el bruto, besa vano
En la herida el contacto de su mano.

XXXVIII.

Rota ya la pihuela, arroja al viento
 Corſario, que le peyna en tornos graves;
 Deſpoblandole à Juno ſu elemento
 Del alegre concurſo de las Aves:
 Recogida tal vez, con dulce acento
 Suſpende la atencion en ecos ſuaves,
 A que abſortos tributan los ſentidos
 Humilde vaſſallage à los oìdos.

XXXIX.

De ſu beldad las luces mendigaba
 Aun el explendòr ſacro de la Eſphera;
 Quince veces la edad el Sol contaba
 De ſus años la verde Primavera:
 Ya vecina del thálamo, llenaba
 El nupcial tiempo, en que contento eſpera
 El intonſo Garzòn, porque arder vea
 En tan alta ocaſion la nupcial téa.

XL.

No hay pecho que à ſu incendio ſe reſiſta;
 Pues idolo de amor el mas perfeto,
 No es flaqueza el rendirſe de la viſta,
 Sino fuerza divina del objeto:
 Pero tyrano ſu rigor conquiſta
 A deſpreciar el mas ſencillo afeto,
 Pues lo que à ſu Deydad es obediencia,
 Lo caſtiga con muda indiferencia.

Mas

XLI.

Mas al vèr à Pelayo, la ſuſpende,
No harpòn tyrano del Garzòn Cupido,
Que ſu laſcivo fuego nunca enciende
Pecho, que à caſtidades vive unido:
Anteros con prudencia ſábia emprehende
El triumpho, y de ſus armas conſeguido,
Del corazon, que amores eterniza,
Reſuelve *las* medúlas en ceniza.

XLII.

La gallardìa, y el valor que viſte
El Jóven, fue tropiezo de ſus ojos
Apenas, quando humilde no reſiſte
Rendir el alvedrio por deſpojos:
El incendio, aunque caſto, activo inſiſte
En abraſar el pecho, y los enojos
De la encendida furia de ſu llama,
La fortaleza rinden de la Dama.

XLIII.

Pelayo, que en los años juveniles
Apenas cinco luſtros numeraba,
Y en el florido honòr de ſus Abriles,
Los Mayos de la edad dulce gozaba:
Fuerte, y galàn, pues no de femeniles
Delicadezas tiernas ſe adornaba
Su perſona, que ni jayàn, ni aduſto,
Medio era entre lo bello, y lo robuſto.

La

XLIV.

La tèz del Sol ardiente à los rigores,
La blancura cediò por lo tostado,
Las que à la cara vierte el sesso flores,
De la noche bebieron lo atezado:
Grave el rostro, se mezcla con primores
De las dulzuras de atractivo agrado,
Sereno, afable, si magestuoso,
Con blanda seriedad, se muestra hermoso.

XLV.

Beben sus ojos de Gaudosia bella,
Con continua atencion la llama pura,
Y el corazon enciende infiel centella,
Que el Cielo fulminò de la hermosura:
Ya de la perfeccion que admira en ella,
Esclavo se confiessa, y de la dura
Cadena del amor, (en sus passiones)
Arrastra los pesados eslabones.

XLIX.

Feliz beldad, que logra en tanta palma
Hacer la voluntad entendimiento,
Que humillar à su luz su arbitrio la alma,
Accion es propria del conocimiento:
La sacrifica en tan gustosa calma
De su mente el mas leve pensamiento,
Uno de otro son ya fieles despojos,
Que el corazon transfieren à los ojos.

Ya

XLVII.

Ya ſon los ojos lenguas, dulcemente
Se comunican ambos las paſsiones,
Que eſte idioma enſeñan eloquente
Del tyrano Cupido los harpones:
Eſtrechanſe las almas tan fielmente,
Que en uno enlazan ambos corazones,
Y por darle al amor mas dulce palma,
Dos cuerpos ſon, que aníma ſola una alma.

XLVIII.

En el mudo ſilencio ſu tormento
Se comunican ambos tan iguales,
Que uno bebe del otro el penſamiento,
Los terminos paſſando racionales:
Se eleva en ellos el conocimiento
Del uniforme amor, à celeſtiales
Dulzuras, con que ſella altiva gloria
En el dócil papel de la memoria.

XLXIX.

Breve fue la viſita, y ſe retira
La Dama, y en ſu pecho mortal guerra
Tiernamente ſu mal ſu voz ſuſpira,
Con el llanto infeliz, que duro encierra:
De ſus prendas herida la alma mira
En llaga, que alimenta, y ya deſtierra
El rigor, y el deſdén; pues que vencida
A ageno arbitrio, cautivò la vida.

Tie-

L.

Tiene en el pecho al Jóven retratado,
Y ſus palabras vivas la memoria;
No encuentra accion alguna ſu cuidado,
Que no reſpire en èl altiva gloria:
De ſu entereza el muro vè poſtrado;
Ya de Pelayo es cierta la victoria,
Y el aplauſo feliz del vencimiento
Canta en priſion alegre el penſamiento.

LI.

En tanto que à fatigas amoroſas
Rindiò la fiera braba ſu deſpego,
A Pelayo las flechas venenoſas
Del duro amor, combaten el ſoſsiego:
Ethna ſu pecho, exala ſinuoſas
Llamas voraces de ſu amante fuego,
Y al eſtraño dolor que le atormenta,
Suſpiros, y gemidos ſolo alienta.

LII.

Nunca del ciego Dios el vano imperio
Inficionò ſu pecho con ſus daños,
Que hizo de ſu poder vil vituperio
Su cano juicio, en juveniles años:
Excepciones del duro cautiverio,
Fabricando de agenos deſengaños,
Libre viviò, ſirviendo ſu entereza
De invencible muralla à ſu pureza.

La

LIII.

La nueva guerra, que padece dura,
Le assalta el corazon, y el dulce empleo
De ser esclavo fiel de la hermosura,
Enciende los ardores del deseo:
Toda su dicha el Jóven assegura
En rendir à Gaudosia por trophèo
Su libertad, pues es gloriosa pena
Vivir cautivo en tan feliz cadena.

LIV.

El bien que ansiosa su passion anhela,
La region alterando del sentido,
El discurso confunde, y le desvela,
De varios pensamientos combatido:
Toda la noche passa en fatàl vela,
En ondas de recelos sumergido,
Que es del vendado Dios tyrano empeño,
Que à sus cuidados no domìne el sueño.

LV.

El dolor que la mente le enagena,
El que padece el alma duro agravio,
Ya revosando del dolor la pena,
Con voces tiernas se derrama al labio:
Pues del fuego de amor el alma llena,
Rayos exala, que es idioma sabio,
En rhetoricas aulas de Cupido,
El pasmo, el desaliento, y el gemido.

Ape-

LVI.

Apenas amanece, la persona
De Sigisberto busca, y de la herida
Que padece, y con ansias ocasiona
La esclavitud dichosa de la vida,
Todo el incendio de su amor pregona:
Buscando en su piedad agradecida,
Remedio al mal, de su dolor prolixo;
Y asi rompiendo el labio, al padre dixo:

LVII.

Si en el ardor de juveniles años
Padeciste de amor las duras penas,
Y el contagio fatàl de sus engaños
Inficionò la sangre de tus venas:
No admiraràs que sus mortales daños
Sienta mi corazon, no son agenas
Sus iras, que su llama prendiò fiera
De mi edad en la verde Primavera:

LVIII.

Mariposa inocente, en dulces gyros
Rondo la llama, à que glorioso aspira
El alvedrio, en alas de suspiros,
De su casta passion erigir pyra:
Los temores, con trémulos retiros
Huyen la luz, pero el amor conspira
A que en el ara de tan dulce empleo,
Holocausto votivo arda el deseo:

Si

LIX.

Si el Dios, que amante à la Deydad de Egnido
Cediò el duro Carcax al cruel deſpego,
Y de ſu miſmo harpon padeciò herido
La voraz llama de ſu proprio fuego,
La beldad viera, à quien ha dirigido
Mi pecho en holocauſto el dulce ruego,
Juzgaria de Siquis la hermoſura,
A tantas luces, negra ſombra obſcura:

LX.

Gaudoſia bella es el alto empleo
A quien mi inclinacion ſe ſacrifica,
Y hace, que huyan las ſombras del deſeo
La luz, que la razon al alma aplica:
Si la blanda coyunda de Hymenèo
(Donde amor ſus incendios purifica)
Merezco, vivirà en eterna gloria
Eſclava de mi dicha la memoria:

LXI.

Como la flor, que reſplandores ama
De Apolo, porque adquiera ſu fineza,
En bronces repetidos de la Fama,
Ser exemplo mayor de la firmeza:
Que al morir de ſu luz la tibia llama,
El explendor marchita à ſu belleza,
Que aun en lo vegetable, el niño ciego
Introduce los rayos de ſu fuego:

Aſsi

LXII.

Asi Clicie mi amor, sigue rendido
De su beldad las puras perfecciones,
Y en sus hermosos ojos suspendido,
Aguila bebo dulces atenciones:
Incapaz si se ausenta està el sentido,
Alterado de tristes aflicciones,
Y sombras de confuso sentimiento,
En su ausencia padece el pensamiento:

LXIII.

De mi passion el mísero quebranto
Padece triste, por si rigurosa,
Las tiernas expressiones de mi llanto,
Con sus desvìos burla desdeñosa:
Què mucho que imagine dolor tanto,
Si vivo amante, y la contemplo hermosa,
Y temo, que desprecio, y entereza
Siempre suelen unirse à la belleza:

LXIV.

Tan solo tu piedad aliviar puede
El tósigo cruel, que el pecho abriga,
Si escuchas mis suspiros, porque quede
En contento trocada la fatiga:
Si à los consejos paternales cede,
En fiel correspondencia, harè consiga
Eterna adoracion del dolor mio,
Holocausto en sus aras mi alvedrio.

A

LXV.

A las voces que forma mi lamento,
Que humildemente tu piedad invoca,
No despreciando mi atrevido intento,
Transformes el oìdo en dura roca:
En la articulacion de un leve acento,
Mi dicha, ò mi desdicha, està en tu boca,
Que feliz, ò infeliz, pende la suerte,
Cifrando un sì la vida, un nò la muerte.

LXVI.

Aunque consiga la beldad amada,
Que anima los incendios de mi pecho,
Me abstendrè de la gloria deseada,
La dulce possession negando al lecho:
Hasta que en roja purpura bañada
Dexe mi saña, y vea satisfecho
El altivo explendor de mi decoro,
Siendo de mi cuchilla ruina el Moro.

LXVII.

Tremolarè Catholico primero
De Christo el Estandarte, y fervoroso,
Con roja sangre borrarà mi azero
Del Agareno vil el nombre odioso:
En polvo humilde trocarè guerrero
Sacrilega Mezquita, y religioso
Ilustrarà su sombra en claro dia
La refulgente Luna de MARIA.

LXVIII.

Alegre Sigisberto, le agradece
De tanto honor el precio ſoberano,
Pues todos ſus blaſones engrandece
La prometida dicha de ſu mano:
La beldad de ſu hija prompto ofrece,
Y corteſmente humilde, quanto uſano,
Por gracias de la gloria que le enſalza,
Los pies del Heroe con ſus canas calza.

LXIX.

Gaudoſia honeſtamente, bien que amante,
Al oir la propueſta, vergonzoſa
Tiñò las candideces del ſemblante
En el rojo color de virgen roſa:
El labio tartamudo en ſemejante
Ocaſion, ocultando la amoroſa
Llama, que la combate con violencia,
La voluntad entrega à la obediencia.

LXX.

Del Conſorcio feliz el alto empleo
Modeſtamente ſu recato admite,
Y de Pelayo amante al fiel deſeo,
La poſſeſsion de ſu beldad permite:
Conviniendo en que ceda el Hymenèo
Haſta que ſus blaſones reſucite,
Aſcendiendo el valor à la alta gloria,
Por medio del peligro, à la victoria.

El

LXXI.

El curso de su marcha no suspende
El Jóven, aunque logre su esperanza,
Que al otro dia la jornada emprehende,
Por si marciales triumphos afianza:
No su fé del amor el culto ofende,
Que le haga digno quiere la venganza,
Porque su mano en purpura bañada,
Es mas decente à la beldad amada.

LXXII.

Con los ojos los dos, que aun dulces lazos
No les permite amor, se despidieron,
Y de su hermana los divinos brazos
Yedra amorosa de los suyos fueron:
Atropellando riesgos, y embarazos,
A Cangas el camino dirigieron,
En donde los Catholicos Pendones
Eternas les daràn aclamaciones.

LXXIII.

De quantos nos acuerde la memoria
Triumphos de amor, sepulte negro olvido,
Ceda todo en aplauso, ceda en gloria
Del Carcax invencible de Cupido:
Es de sus armas la mayor victoria
Vèr Heroe tal à su furor rendido,
Pues esta accion de su poder advierte,
Que manda aun los acasos de la suerte.

LXXIV.

Mientras con ansias èl parte veloces,
Munuza, duramente combatido
De Abenabed en las infaustas voces,
Venenos bebe el labio del oìdo:
Tanto rinde su pecho à las atroces
Penas, que su valor desfallecido
Al golpe vivo de fatàl herida,
Yace en su mente la razon dormida.

LXXV.

La lengua muda à la passion atada,
El corto alivio del suspiro niega,
El rayo de la fuga no pensada,
La vista al pensamiento dexò ciega:
De su imaginacion en alterada
Mar la Nave, entre escollos mil navega,
Sin Norte, sin Aguja, sin Piloto,
El Timòn del discurso hendido, y roto.

LXXVI.

Qual Vivora enroscada al caminante
Suspende con su aspecto el veloz passo,
Que medroso no mueve huella errante,
Sobrecogido del fatàl acaso:
Assi el Tyrano en caso semejante,
Traslada al pecho el ponzoñoso vaso,
Y los pasmos lethales que ha bebido,
Aun el obrar ofuscan al sentido.

LXXVII.

De amarillèz vestido el duro ceño,
Su tyranìa en inaccion fallece;
Como cautivas de pesado sueño
Estàn las furias, que su horror padece;
Del acerbo rigor lethàl beleño
Sus injustas acciones adormece,
Cadaver de la pena elado, y yerto,
Con semiviva saña, alienta muerto.

LXXVIII.

Cómo (Abenabed dice) puede tanto
Una casualidad, que te enagena,
Y rendido del misero quebranto,
Esclavo es tu discurso de tu pena?
Lo que tù lloras triste, alegre canto,
Tu timidèz, mi pecho de iras llena;
Salga Pelayo, salga à la Campaña,
A ser de mi valor facil hazaña.

LXXIX.

Lograrà tu valor con feliz suerte,
En su ruina, el desprecio de su intento,
Y con el golpe infausto de su muerte,
Apagarà tu pecho ardor sediento:
Quanto rebelde sequito concierte
Su voz, serà despojo de tu aliento,
Y el Caudillo, que loco lo fomenta,
Assumpto de la injuria, y de la afrenta.

LXXX.

Dèle el vulgo rebelde aclamaciones,
La poteſtad le griten ſoberana,
Salga à la teſta de ſus Eſquadrones
De ſu perſona la altivèz uſana:
Tremolen los Catholicos Pendones
Del morado color la gloria uſana,
Embiſtan, para ſer fatal deſpojo
Del azerado rayo de mi enojo.

LXXXI.

Del duro peto mi valor armado,
Rigiendo al bruto ſàbia la deſtreza,
De mi dieſtra al relampago lunado
Serà corto trophèo ſu cabeza:
Pondrè à tus pies ſu Cetro deſdichado,
De alfombra humilde ſervirà la Alteza;
Aunque rendir la vanidad de un loco,
A mi altivo furor es triumpho poco.

LXXXII.

Luſtre excelſo darè de eterna gloria
Al formidable honor de nueſtro Imperio;
Harè que del Chriſtiano la memoria
Se manche con infame vituperio:
Cantarà el Agareno la victoria;
Y padeciendo juſto cautiverio,
Seràn muſica acorde à los oìdos,
De miſeros Chriſtianos los gemidos.

Pre-

LXXXIII.

Pretende aſsi alentarle, mas en vano,
Ni ſu amiſtad, ni ſu eloquencia puede,
Que ya rendido el animo inhumano,
A tanto golpe la firmeza cede.
En tanto, pues, Pelayo llega uſano
Donde ſu nombre venerado quede
Por ſu inclyto valor, que ſin ſegundo,
Admiraràn los terminos del mundo.





ARGUMENTO.

JUNTA LUZBEL CONCILIABULO en el Infierno, congeturando lo que và à suceder: Sabe Munuza que los Astures han enviado Embajadores à Roma, y que esperan socorro: Valese de Abdalà, Mago, que le enseña la Armada, y como padece cruel tormenta, sin que se salven mas que el Conde Don Mendo, y cinco compañeros: Retirase Munuza, y avisa à Alahòr: Mendo, y sus Compañeros parten en busca del Infante.

CANTO VI.

I.

EL destemplado són de las cadenas,
Con la ronca expresion de infausto llanto,
Imiten dolorosas las havenas,
En lagrimas trocando el dulce canto:
Del desdichado Lago de las penas,
Horrible Reyno de tremendo espanto,
Se lleguen à estampar en los oìdos,
En desorden eterno los gemidos.

Una

II.

Una empinada Sierra ſe levanta
De intonſa breña al Aquilòn elado,
Que la viſta no puede à altura tanta
Regiſtrar à ſu copa lo elevado:
Taladro en ella ſu verdòr quebranta,
Y abre camino al ſitio deſdichado,
Carcel, en cuyo lóbrego diſtrito
Muriendo vive el animo precito.

III.

Los labios del boſtezo cabernoſo
Inundan de Cocito las corrientes,
Licor no brota el manantial undoſo,
Líquido fuego nace de ſus fuentes:
Todo el Sitio ſe mira peñaſcoſo,
Habitado de Hidras, y Serpientes,
Cocodrilo, y Çaymàn, las negras hezes
Del peſtifero rio, nadan pezes.

IV.

El pavoroſo cóncabo disforme,
Centro de la maldad mas execrable,
Que engendrò el ſacrilegio mas enorme,
Teñido de la embidia inexorable:
El Imperio componen no conforme
Eſpiritus rebeldes, que implacable
Delinquente ambicion triſtes padecen,
Y con rabioſos odios ſe aborrecen.

Suſ-

V.

Suſpiros ſon la muſica ſonòra
De eſta infeliz manſion, en donde clama
Sin eſperanza, y ya no tierno llora
El que la habita, que furioſo brama:
La Juſticia de Dios ſu voz deſdora,
Y de ſus juicios la equidad infama,
Quien negado à ſu auxilio, quiſo ciego
Deſpeñarſe à sì miſmo en tanto fuego.

VI.

En el profundo, y hediondo ſeno,
Un elevado Throno ſe percibe,
Que de llamas ſe mira ſiempre lleno,
Y con ardientes rayos ſe concibe:
El deſdichado dueño del terreno,
En lo mas horroroſo eterno vive,
Deſde que ardiendo en locas ambiciones,
Su luz trocò à peſtiferos carbones.

VII.

Gula inſaciable, y Avaricia dura,
Cruel Embidia, de Ira la fiereza,
Columnas à la infame arquitectura
Del Solio ſon, y vaſa la Pereza:
Dentro la Silla le conſtruye impura
Del laſcivo Apetito la torpeza,
Y el Doſél le fabríca à ſu proterbia
Con rizados ayrones la Soberbia.

La

VIII.

La Adulacion , la Vanidad , Mentira,
Adornan de ſu Throno el frontiſpicio,
A cada parte que ſu viſta mira,
Con la hez tropieza de aſqueroſo vicio:
De ſu mente confuſa no retira
El guſano fatàl el exercicio
De recordarle ſu paſſada gloria,
Siendo eterno verdugo à ſu memoria.

IX.

Deſde que al Sacro Solio de Dios Trino
Conſpirò con tan barbara oſſadìa,
Que empuñar quiſo el Cetro mas Divino,
Y regir la Celeſte Monarquia:
Rayo el acento de un Vaſſallo fino,
Le fulminò en ſu voz, y à ſu harmonìa,
Cayendo envuelto en iras , y centellas,
Tres partes arrancò de las Eſtrellas.

X.

Deſde entonces padece el cruel tormento
De las furioſas llamas , y ſu ira,
Con vano , con ſoberbio penſamiento,
En error ciego , contra Dios conſpira:
Deshacer quiere el Sacro Firmamento,
Y aunque vencido ſiempre , no retira
Su ambicion , porque en odio concebida,
Se vè ultrajada , y nunca arrepentida.

He-

XI.

Hediondos conceptos tronò osſado,
Convocando los triſtes compañeros,
Que rebeldes trocaron à ſu lado
En ſombra, el explendor de los Luceros:
Junto el ſéquito ya, que rebelado
Deſnudò contra el Cielo los azeros,
Eſpera que ſu Principe impaciente
Traslade en ellos ſu anublada mente.

XII.

Tanto rigor contra noſotros (clama
Del Monſtruo horrendo el animo precito)
Decreta el Cielo, que es leve la llama,
De que llenò eſte lóbrego diſtrito!
Tal deſprecio mi noble ſér infama,
Que el caſtigo propaſſa del delito,
Pues nueſtras adquiridas poſſeſsiones
Las uſurpan Catholicos Pendones!

XIII.

No baſta que privado eternamente
De la Sacra Viſion, mi error altivo
Habite eſta Region, donde cruelmente
Padezco en fuego, y yelo reſpectivo?
No baſta que mi eſpiritu impaciente
Mas grave haga el dolor, y mas nocivo,
Aumentando al tormento lo terrible,
No deſnudar mi ſér, de lo inflexible?

Sino

XIV.

Sino por mas dolor, quiere en España
Quitarnos el poder, que las Vanderas
Del Mauritano honor ganò en Campaña,
Rompiendo de Rodrigo las Hileras?
No lo consiga, sin que nuestra saña
Batalle contra el Cielo, y rabias fieras
Defiendan con Exercitos precitos
El detestable horror de falsos ritos.

XV.

Cómo, ò dolor! no tiembla de mi impio
Furor la tierra, y en hambrientas bocas,
Movida ya à las fuerzas de mi brio,
Se traga injusta sus Legiones locas?
Del segundo Tonante el curso frio,
Cómo respeta el freno de las rocas?
Rompa su carcel, y en undosas brumas,
Sea centro la tierra à sus espumas.

XVI.

Cómo agitado à soplos, y bramidos,
Tempestades el ayre no fomenta?
Porque el fuego, y el viento dèn unidos
Confuso horror de barbara tormenta:
Los embates del Boreas repetidos
Deshagan quanto altivamente intenta
Contra nosotros el poder Christiano,
Y llore triste, lo que canta ufano.

Pe-

XVII.

Pero què importa en tanto desconsuelo
La rabia ardiente de mis impiedades,
Si con ceño cruel ayrado el Cielo,
A mi Imperio le coarta potestades?
No ya de nuestras iras el desvelo
Vence del hombre las seguridades,
Que si el Abysmo la victoria alcanza,
Su flaqueza la dà, no la assechanza.

XVIII.

Pero cómo confiesso, que rendido
Puede ser el poder del vasto Throno
Del Infierno, si nunca, aunque vencido,
Humillarà las furias de su encono?
Al horror de mis voces commovido,
Contra el juicio, que barbaro baldono,
O sacrilego Conclave! clamèmos,
Y contra Dios nuestro rencòr armèmos.

XIX.

Yo el primero serè, que oponga ossado
Contra el Cielo la astucia, y assechanza,
Y de la infamia vil, el pecho armado,
Del Catholico frustre la esperanza:
Si triumpho le consigo del pecado,
Lograrè que de Dios en la balanza,
Quando à justicia el fiel se determine,
Al Moro, y no al Catholico se incline.

Guer-

XX.

Guerra publique contra Dios Eterno
La saña ardiente de mi furia impìa,
Empañen ya las sombras del Averno
La luz brillante de su téz al dia:
La rabiosa Soberbia del Infierno
Aliste su milicia à la voz mia,
Contra el Poder Divino de la Esphera
Tesisone tremóle la Vandera.

XXI.

Parta el Demonio de la Embidia, encienda
En el Campo Christiano dissensiones,
Porque en èl siembre su malicia horrenda
La confusion de vanas opiniones.
La Lascivia cruel suelte la rienda
Al Caballo voraz de las passiones,
En el alma el caracter dexe escrito
Del deleyte del barbaro apetito.

XXII.

La Soberbia en los Nobles introduzca
Desprecio de Pelayo à la persona:
Y la Avaricia à la ansia les induzca
De codiciar en sì la Real Corona:
La Gula à inopia todo lo reduzca,
Que el valor con el hambre se abandona;
Y el animo combata con flaqueza
De lánguido desmayo, la Pereza,

De

XXIII.

De la Ira ſolo en tan glorioſo hecho
Me reſervo el dominio, pues milita
Siempre conmigo, pueſto que es mi pecho
El centro proprio en que ſu horror habita:
Con ella eſpero preſto vèr deshecho
El poder que el Catholico concita;
Que la bélica fuerza de ſus brios
Serà facil deſpojo de los mios.

XXIV.

Exaltò en los Demonios la violencia
De ſu Principe el animo doliente,
Que repugnantes ſiempre, la obediencia
Forzada le tributan reverente:
La rabia, la crueldad, y la inclemencia
Se derramò en el Conclave impaciente,
Y el error loco del infame intento,
Al Abyſmo causò nuevo tormento.

XXV.

Rechinaron los Exes del Infierno,
Temblò de Satanàs el Regio Throno
Al armarſe las furias del Averno,
De las ayradas ſañas de ſu encono.
Mas el Cielo piadoſo, dulce, tierno,
Del Chriſtiano ſe mueſtra en el abono,
Y de Luzbèl la fuerza concitada,
Aun no pelea, quando eſtà poſtrada.

Mu-

XXVI.

Munuza en tanto, triste, y discursivo,
Cediendo al peso de notorio daño,
Siente en el corazon el golpe vivo
De la espada vivaz del desengaño:
En temor vuelve el que valor activo
Ilustra el pecho, y quiere por estraño
Modo saber, si acaso del destino
Puede enmendar los riesgos al camino.

XXVII.

En pielagos vivaces de dolores
Fluctùa la Nave de su pensamiento,
A naufragar la impelen los furores
De los soplos de Eolo turbulento:
No encuentra Aguja con que los rigores
Pueda burlar del Uracàn violento
De su imaginacion, sin Norte intenta
Buscar asylo à tan feroz tormenta.

XXVIII.

Que ya por el remedio el Asturiano
Recurre humilde, con animo devoto,
Al Successor de Pedro Soberano,
A la Nave Christiana fiel Piloto:
Oprime el pecho al Barbaro Tyrano,
Que brama fiero, que al ayrado Noto
Alienta furias, y respira enojos,
Fuego encendido brota por los ojos.

XXIX.

Teme que con ſu vòz mueva las Greyes,
Que de Chriſto en feliz Sacro Rebaño,
En la juſta obſervancia de ſus Leyes,
Viven eſſentas del comun engaño:
Que anime el pecho à poderoſos Reyes,
Que remediar intenten tanto daño;
Teme ſus Tropas, teme ſus conſejos,
Los rieſgos mira cerca, que eſtàn lexos.

XXX.

De Amor los que à ſu cuello dulces lazos
Ciñò la tyranìa, conſidera
A ſeguìr de la fuga hechos pedazos,
Cuya anſia al corazon combate fiera:
Ya la Deydad, que un tiempo fue en ſus brazos
Poſſeſsion dulce, verla deſeſpera,
Y en rabioſos rigores ſe envenena,
O bien la llore auſente, ò gima agena.

XXXI.

Que Pelayo ya libre, ò conmovida
En ſu favor la Plebe, y la Nobleza,
De ſu pericia Militar regida,
Marchitarà el verdor de ſu cabeza:
Quando al Infante acuerda, ſuſpendida
El alma ſiente de fatal triſteza;
Que el corazon, Aſtrologo, le advierte
La inevitable cauſa de ſu muerte.

An-

XXXII.

Antes que à nada passe, solo atiende
Vèr del Mago Abdalà la tosca Cueba,
Porque el furor, que el corazon le enciende,
Algun alivio à sus auxilios deba:
Tan silencioso la jornada emprehende,
Que à nadie la fiò, pues solo lleva
Para mayor fatiga en su tormento,
Unico compañero el pensamiento.

XXXIII.

Oprime un blanco Zéfiro animado,
Que à Genil le bebiò las dulces brumas,
Y en su pie se admirò quedar quajado
El cándido explendor de las espumas:
Tan Monstruo, que aunque risco condensado
De nieve, al Cisne le atezò las plumas,
Que en copos vierte, quando tasca el freno,
Humos exala del relincho al trueno.

XXXIV.

Velozmente à la estancia se encamina
Donde de Abdalà, Sabio, la persona
Reside, y torpemente predomina
Del Reyno Stigio la infeliz corona:
Espera, que su ciencia peregrina
Rompa el duro eslabòn, que le aprisiona;
Y quando el Sol su clara luz enluta,
Pulsa del Mago la cerrada Gruta.

XXXV.

Tosco Titàn de piedra un Monte altivo,
Segunda vez, con bélicos ensayos,
Se atreve à provocar executivo,
De Jove excelso los ardientes rayos:
Al pie dèl yace un cóncabo nativo
De la tierra, que apenas los desmayos
Del Sol bebe su barbaro esperezo,
De la madre comun negro bostezo.

XXXVI.

Barbara guarnicion, troncos robustos
A la Caberna ciñen, donde enluta
El ayre su color, que solo adustos
Ceños obscuros, dà à su estancia bruta:
No Lipari mas noche à los combustos
Escollos debe, pues la negra Gruta,
Con la escabrosa mole de la cumbre,
Vive siempre en nocturna pesadumbre.

XXXVII.

De horrendas Fieras barbaros bramidos
Son de su estancia musicas suaves,
De Sierpes venenosas los silvidos
Son los bemoles, que acompañan graves:
El viento ocupan tristes los graznidos
De infausto pico de agoreras Aves;
Del cóncabo feroz lo mas interno,
Imagen viva es del negro Averno.

Ca-

XXXVIII.

Cadaveres humanos el adorno
Son à su entrada, donde infame Ciencia,
Murmureos entonando en su contorno,
Hace de sus arcanos experiencia:
Un Corazon arranca, luego en torno
Las medulas le rompe con violencia,
Penetrando al Abysmo el tosco muro.
Sangre inocente, en pérfido conjuro.

XXXIX.

Corriòse el bastidor al golpe fuerte
De la robusta mano del Tyrano,
Y apareciò la imagen de la muerte
En la horrenda figura del Anciano:
Del Lethèo del pelo se transvierte
Arroyuelo la barba, adorno vano
De sus hombros la Almofa negra obstenta,
Y su color ayrada, y macilenta.

XL.

Apenas à Munuza el Mago mira,
Quando conoce que en su pecho encierra,
Por el mismo dolor con que respira,
La varia confusion de dura guerra:
Al cóncabo profundo le retira,
Y el tosco quicio de la puerta cierra,
Y del Tyrano al barbaro gemido,
Dà con sedientas ansias el oìdo.

XLI.

Soberbiamente humilde proponia
Su cuidado Munuza, y que no en vano
De su fiel religion, y amor confia
Vuelva por el honor del Africano:
Toma una negra antorcha el Mago, y guia
Con silenciosos passos al Tyrano
De la Gruta à la estancia mas secreta,
Donde monstrarle su poder decreta.

XLII.

El diabolico Arte assi exercita,
Salpicando à la Cueba el tosco muro
Con sangre humana, que en furor concita
Las furias todas del Averno obscuro;
Corresponde la vil turba precita
A las infames voces del conjuro,
Y su rabia infernal corre obediente
Al futuro, contiñas de presente.

LXIII.

De la Stigia Laguna clama luego,
Palabras murmurando, al desdichado
Rey, que de llamas del eterno fuego
Compone su dominio rebelado:
Obedeciò Pluton al negro ruego,
Sù espiritu Abdalà siente inflamado,
Y à la experiencia, que su ciencia fragua,
En tosca pila vierte porcion de agua:

Passa

XLIV.

Passa la antorcha à la siniestra mano,
Y el agua apenas con la luz domina,
Aparece el cristal del Occeano,
Con la Armada que facil le camina:
Con feliz viento el Marinero usano
De Galicia las Costas predomina,
Y depuestas las nauticas faenas,
El velacho refiere à las Entenas.

XLV.

Qual las veleras Grullas por el viento
En linea siguen diestras su viage,
Assi cortaba el liquido Elemento
El Español maritimo Equipage:
De treinta Naves era el Armamento,
Que intenta con Catholico corage
Restituir la Religion à España,
Bañando en sangre Mora la Campaña.

XLVI.

Era de tanto armado Naval Leño
Suprema causa, el zelo fervoroso,
Que encendia sus pechos con empeño,
Igualmente constante, y religioso:
Del Mar venciendo ya el rugoso ceño,
Con prospero viage, con dichoso
Fin, intenta el Piloto en breve tornò
Le dè su tierra ya Cabo Piorno.

XLVII.

General, y Señor obedecia
Al Conde Mendo, en cuyo altivo pecho
El Quinto Dios sus glorias transferia,
Viniendo el mundo à su valor estrecho:
Con rectitud afable la regia,
Tan lince siempre en el comun provecho,
Que aclamò la verdad de su justicia
Aun la lengua mordaz de la malicia.

XLVIII.

Munuza, entre suspiros, y desmayos,
Al Mago dice: O tù, que el Reyno ardiente
Dominas, y del Sol los rojos rayos
Tiñes en noches el fulgor luciente:
Rabioso, de tu ciencia los ensayos
Fulmina à sus avetos, impaciente.
El Mar, muestre sus ondas entreabiertas,
Donde queden sus Popas sepultadas:

XLIX.

Pues tanta religion en ti se admira,
Vuelve sus Naves miseros despojos,
Contra su Flota ya docto conspira
El ayrado furor de tus enojos.
El Mago, todo transportado en ira,
Centellas vibran los ardientes ojos,
Sopla la Pila, y prompta se fomenta
Contra la Armada barbara tormenta.

L.

El Alacràn rompiendole à la rienda
De Eolo, sin obediencia ya los Vientos,
Batalla se presentan tan tremenda,
Que el orden mudan de los Elementos:
El Mar se agita, que con saña horrenda
El Cielo assalta, armando con violentos
Vorticosos furores sus afanes,
Olas organizadas en Titanes.

LI.

Ya alterada la líquida Campaña,
El sossiego en el Ponto se destierra
A las ráfagas de Austro, que con saña
Declara al Euro inexorable guerra:
Pretende el Boreas con horrenda hazaña
Vencer los otros vientos, feroz cierra
Con ellos, y à sus soplos, y bramidos,
Son ecos de la Armada los gemidos.

LII.

Erizado ya el Monstruo cristalino,
Soberbiamente con sus olas crece,
Tanto, que con infame desatino
El Cielo con sus ondas humedece:
El rostro salpicò del Sol divino,
Y deshecho à sus luces desfallece,
Que al ardor que sus rayos eterniza,
Lo que espuma subiò, baxò ceniza.

LIII.

La Nautica faena del Piloto
Se pierde, en las fatigas olvidado
El uſo de la Aguja, el Timòn roto,
El rumbo ſigue del rigor del hado:
Sin eſperanzas ſolo apela al voto,
Con religioſo miedo ſu cuidado,
Que entre las confuſiones, y conflitos,
Babèl la Flota es ya de varios gritos.

LIV.

Con los negros vapores del Cocito
Se empaña el velo azul, y el ayre aflige
El Padre de la infamia, y el delito,
Que en tartareo furor la nube rige:
Vano, y ſoberbio el animo precito,
A deshacer la Flota ſe dirige,
De ſu horror fulminando en cruel enſayo,
Pedazos del Abyſmo en cada rayo.

LV.

El fuego, que la Nube arroja en llama,
Tanto contra la Armada encoloriza,
Que en el undoſo Reyno de la eſcama
Convirtiò tres Baxeles en ceniza:
De Mariposas adquirieron fama,
Que extraordinarias ruinas eterniza,
Viendo que logra en el dominio cano
Poteſtades la fragua de Vulcano.

La

LVI.

La tierra vuelta escollo, quatro Naves
Choçan con ella miserablemente;
Porque no cuenten los naufragios graves,
El Mar no reservò ningun viviente:
Contra el Lino, que à soplos bien suaves
Del viento navegò, sañuda frente
Neptuno armò, contra sus Velas fiero,
Poniendose diez Buques por sombrero.

LVII.

Como de Halcon rapante la ira suma
Deshace la que à Juno lisongea
Cándida poblacion de vaga pluma,
Con quien Corsario su rencor emplea;
Los Baxeles assi, que de la espuma
El Reyno cortan, en igual pelea,
El viento los divide de tal suerte,
Que todos son tropheos de la muerte.

LVIII.

El Buzentoro Real surca impelido,
Tanto, que ya en el Cielo las Entenas
Estrella, ya en las ondas sumergido
Toca la Quilla al centro las arenas:
Sin Jarcias, ni obras muertas, bebe hendido
Del vasto Occeano las undosas venas,
Y despojo infeliz del centro frio,
Se traga todo el Mar solo un Navio:

LIX.

O bienaventurados (Mendo dice)
Los que dichoso assumpto de la historia,
Disteis la vida al filo, pues felice
Vivirà vuestra fama en la memoria!
E infausto yo, que porque no eternice
A mis hechos la altiva vanagloria,
Veo: (decìa) y ráfagas crueles
La Nave le dividen en quarteles.

LX.

De breve tabla en tal dolor asido,
Delphin fue, que gritò serenidades,
O Iris de la tormenta, que ha podido
A su vida firmar seguridades:
Besò la tierra, y luego convertido
En llanto, mira las atrocidades
Del fiero Mar, que supo hacer pavesa
Los gloriosos aprestos de su empressa.

LXI.

Mayor Heroe que tù, Mendo, destina
El Cielo à España, cuyo brazo fuerte
Del Moro la potencia predomina,
Vibrando la guadaña de la muerte;
Pero à tì la piedad siempre Divina
Tronco ilustre te harà, que en feliz suerte
Imprima en succession dichosa honores
De Floran, Forjaz, Fruela, Frolaz, Flores.

LXII.

De la fortuna perdonò la ira
Solo cinco Varones, cuya gloria
En Tracentos, Mariños ya respira
Llena de heroycos hechos la memoria:
Los Andradas de Braga los admira,
Como à los Ambras, repetida historia,
Y à Beltranes de Neudo, sin segundo,
Veneraciones les tributa el mundo:

LXIII.

Ya, dice el Mago, miras destruìda
La poderosa Armada del Christiano,
Y que su Naval fuerza sumergida,
Facil despojo fue del Mar tyrano:
El poder de mi Ciencia repetida
Harà que de Pelayo quede vano
Quanto ambicioso su rencor intenta,
Exaltando contra èl mayor tormenta:

LXIV.

Penetrarè los senos escondidos
A la infernal Region del centro obscuro;
Responderàn sus furias con bramidos
A las voces del barbaro conjuro:
Los rèprobos espiritus movidos
El ayre poblaràn, y con perjuro
Delinquente furor, à sugestiones
Desharàn el poder de sus Legiones.

Sos-

LXV.

Sosſiega, que ſi injuſto el Emiſpherio
Contra nueſtra Nacion ſe mueſtra ayrado,
Humillarè las fuerzas de ſu Imperio,
Y harè retroceder lo decretado:
Gemirà el Eſpañol en cautiverio,
Pues à las voces obediente el hado,
Que articùla mi Ciencia peregrina,
Su poteſtad à mi precepto inclina.

LXVI.

Algun tanto Munuza ſe conſuela,
Bien que la duda el corazon admite,
No deſtierra el temor, porque aùn recela,
Que el pecho alivio entero no permite:
La interior confuſion no le revela
Al Mago, ſolo gracias le repite,
Y la eterna amiſtad con fuertes lazos
Firman en los reciprocos abrazos.

LXVII.

Partiò, y llegò à Jijòn, y no reduce
El animo à las dichas del ſosſiego,
Que la imaginacion llamas conduce,
Que al penſamiento abraſan en ſu fuego:
Guerra la mente ſiente, que la induce
De ſu atrevida accion el error ciego,
A cuyo golpe el corazon doliente
Se pretende eſcuſar de delinquente.

De-

LXVIII.

Declara ſu dolor, que es cobardìa,
Y no valor, el que ſu pecho inflama,
Que es ſeñal de baſtarda tyranìa,
Contra el humilde el exalar la llama:
Quando ſe rinde à la fatal porfia
Del mal, es ira, que animoſa fama
Adquiere, quando barbara violencia
Exerce, en donde no halla reſiſtencia.

LXIX.

Pero aquel que del animo blaſona,
No le commueve el mas contrario acaſo
Del dolor mas immenſo à ſu perſona,
El licòr venenoſo apura al vaſo:
Generoſo al humilde, fiel perdona,
Rinde al ſoberbio, y el mayor fracaſo,
Jamàs altera en el Varon conſtante,
Aun las ſerenidades del ſemblante.

LXX.

El rieſgo que amenaza, le pondera
Al Virrey en ſu Carta, tan terrible,
Que con fraſſes de miedo le exagera
Lo que lexos eſtà de ſer poſsible:
Luego de Abenabedi, que conſidera
Que unido vive à èl con inflexible
Lazo, de ſu cuidado el Pliego fia,
Y parte èl antes que fallezca el dia.

LXXI.

Apenas con los cinco Compañeros
Penetrò Mendo tierras de Galicia,
Quando la fama, en ecos lisongeros,
Del gran Pelayo grita la noticia:
Para que ilustren inclytos azeros
Regidos dé su bélica pericia,
Gravan estas palabras en veloces
Zéfiros, los buriles de sus voces:

LXXII.

Ya, amados Compañeros, que el destino
Contra nosotros fulminò su saña,
Siendo burla del centro cristalino
La Maritima fuerza de la España:
Abra nuestro valor nuevo camino,
Que al tiempo imprima la gloriosa hazaña
En marmoles de Paro, porque assombre
Con letras immortales tanto nombre.

LXXIII.

Tiñanse los azeros en caliente
Purpura Sarracena, con altiva
Ambicion, de la espada el filo ardiente,
En sangre suya la victoria escriba:
Huelle su infame cuello la valiente
Planta de nuestra saña, que cautiva
Gimiò hasta aqui, traslade de su pena
A la cerviz del Moro la cadena.

LXXIV.

No nueſtro pecho ceda à dolor tanto
Con la fatal deſgracia, ni rendido
A remedios inutiles del llanto,
Se entregue el corazon desfallecido;
No recuerdos del míſero quebranto
En inaccion le dexen ſuſpendido,
Ni anegado ſe vea nueſtro zelo
Al raudal de tan triſte deſconſuelo.

LXXV.

Immutable el valor que el pecho anìma,
Eſpere los acaſos de la ſuerte,
Que el que en el mio late, harà que oprima
Aun el ſemblante horrendo de la muerte:
Nada me poſtra, ni me deſanìma
En tanta confuſion como ſe advierte,
Que el decreto cruel burlarè al hado,
Con animo ſencillo, y ſoſſegado.

LXXVI.

Antes con animoſa gallardía,
Sin que ſinieſtra accion tema ninguna,
Pararà de mi eſpada la oſſadìa
La infauſta rueda ya de la Fortuna;
No temo, no, que en infelice dia
Haga à mi zelo opoſicion alguna,
Que cauſa que defiende la juſticia,
Las nieblas desharà de la malicia.

LXXVII.

Ya que Pelayo el nombre immortaliza,
Y el Asturiano suelo Rey le aclama,
Y el alto intento heroyco le eterniza
En cóncabos metales de la Fama:
Logre el Moro poder hacer ceniza
El rostro ardiente de su activa llama;
Sus meritos marciales veneremos,
Con victorias sus sienes coronemos.

LXXVIII.

O vosotros amigos verdaderos,
Que movidos de vèr el patrio ultrage,
Templasteis el furor de los azeros,
En fragua de Catholico corage!
No del naufragio los acasos fieros
La meditada empressa al pecho ataje,
Brote nuestro valor heroyca saña,
Llenando de tropheos la Campaña.

LXXIX.

Sigamos sus Vanderas, y alistados
En su Milicia, con altiva gloria,
De Capitanes vueltos en Soldados,
Nuestro nombre eternice la memoria:
En tan justas hazañas empleados,
Admiracion serèmos à la historia,
Y de la fama la bronceada Trompa
Elogios nuestros en el viento rompa.

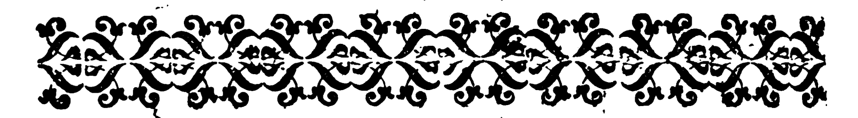
To-

LXXX.

Todos en una voz confirman quanto
Mendo propuso, y con sediento anhelo,
Desterrando del pecho el triste llanto,
Piden humildes el auxilio al Cielo:
Armados de valor à intento tanto,
De devoto, Christiano, y santo zelo,
Con fé viva, y con animo constante,
Parten todos en busca del Infante.







ARGUMENTO.

IMPLORAN EN EL CIELO misericordia para su Patria los Santos Españoles: Ora por todos Santiago; despues la Virgen, à cuya oracion muestra el Hijo sus Llagas à el Eterno Padre, que encarga la defensa de España à San Miguèl. Llega Don Pelayo à las Asturias, donde es aclamado.

CANTO VII.

I.

DIOS en la Eternidad, el insondable
Pielago de su luz inaccessible,
En sì mismo gozaba el sér amable,
Que es à su Essencia solo comprehensible:
Para hacer tanto bien comunicable,
De su piedad à excesso indefinible,
Hizo correspondiessen maravillas,
Sembrando de sus voces las semillas.

De

II.

De ſu palabra à el eco poderoſo
Reſpondieron fecundos los portentos,
El efecto brotando prodigioſo
La maſſa informe de los Elementos:
Tiniebla que cubria el horroroſo
Aſpecto del Abyſmo, à ſus acentos
Fugitiva, arrugò ſu negro coche,
Dividiendoſe el dia de la noche.

III.

En ſeis dias ſe viò perficionado
Quanto Artifice dieſtro ſu amor labra,
Siendo motivo à todo lo criado
Su gloria, como medio ſu palabra:
Porque al polvo del hombre organizado
Excelſas puertas de ſu Alcazar abra,
Por premio fabricò de ſus anhelos
El Auguſto Palacio de los Cielos.

IV.

Viven en dulce union eſtas Moradas
Las almas, libres de mortales daños,
De humanas ligaduras deſatadas,
Formando de Jeſus fieles Rebaños:
A eſta pura Region ſon exaltadas
Las que vencen del mundo los engaños,
Donde Aguilas divinas ſin deſmayo,
De Dios beben las luces rayo à rayo.

V.

La voluntad, que en todas està unida
Al mismo fin de amar, con oraciones
De los Justos se mira commovida,
Dirigiendo al Señor sus peticiones:
Los Martyres la purpura vertida
Presentan; si los otros las passiones
Domadas à poder de austeridades,
Las Virgenes sus puras castidades.

VI.

Proponen de su Patria los dolores,
Implorando rendidos su defensa,
Porque cambie en piedades los rigores,
De Santos Españoles suma immensa:
Alienta Hermenegildo los clamores
Para el perdon de la passada ofensa,
Acrecentando voces en el Choro
Los ruegos de Ildefonso, è Isidoro.

VII.

Querer decir la turba innumerable;
Que sus tiernos moteres, y querellas
Humildemente ofrecen al amable
Throno Divino de las luces bellas;
Mas facil fuera el Mar ser agotable,
Contarle al Firmamento las Estrellas;
Todos callaron, y à mayor abono,
Rompiò la voz assi su gran Patrono:

VIII.

Si la eſpada, Señor, de tu Juſticia,
De la vayna ſaliò de tu paciencia,
Eſgrimiendo ſu filo en la malicia,
Que causò del Ibéro la inſolencia:
Oye mis vòces, para que propicía
A la Eſpaña ſe vuelva tu clemencia;
Y porque ceſſe tan fatal diſcordia,
La ira contèn en la miſericordia:

IX.

Si tu miſma palabra ha proferido,
Que en el horror de las iniquidades
Jamàs ſe veria el hombre conſumido,
Pues faltarle no pueden tus piedades:
De tu dieſtra la luz con encendido
Rayo deſtierre negras impiedades,
Y ſegunda Gomorra ſu error ciego,
Le inunden vivas llamas de tu fuego:

X.

Tù aſſeguraſte por agena boca,
Que de tu Solio la piedad movida
Romperia, Señor, la dura roca
De tu Juſticia la oracion unida:
Pues tanto Juſto tu clemencia invoca,
Hoy la promeſſa ſe verà cumplida,
Y el Tribunal Divino de tu Gracia,
Revocarà de Eſpaña la deſgracia:

XI.

Tu Sacro Nombre miras ultrajado,
Huerſana el Ara de los Sacros Lares,
El Santo Sacrificio deſterrado,
El Incienſo no humèa en los Altares;
No permitas mas tiempo profanado
Tu Culto, (Eterno Dios) no deſampares
Los que con voces de la penitencia
Rendidamente imploran tu clemencia;

XII.

Acuerdate, Señor, que pudo uſano
El amor transformarte Peregrino,
Dexando de tu Solio Soberano
Celeſte Alcazar de Orbe criſtalino:
El buriel toſco del Linage Humano
No deſdeñò veſtir tu Sèr Divino,
Y que de devocion, y gracias lleno,
Alvergue hallaſte en el Virgineo Seno:

XIII.

Que apenas te viò el mundo Infante tierno,
Quando eſcaſa, y adverſa la fortuna,
Entre los crudos yelos del Invierno,
Pobre Peſebre te previno Cuna:
Bien que devotos ya con canto alterno,
En tan miſera ſuerte, è importuna,
Dios te aclamaron entre ſacros loores,
Los Angeles mezclados con Paſtores:

En

XIV.

En ſangre al dia octavo ſalpicada
Fue tu inocencia, ſiendo la primicia
De aquella que en el Ara derramada
Lavaria del hombre la malicia:
A el Pecho de tu Madre aguda eſpada
Fue en el Sagrado Templo la noticia
De tu Paſsion, en voz del Ciſne Santo,
Que ſaludò ſu muerte con ſu canto:

XV.

Si humildes tres Coronas ofrecieron
A tu Divinidad precioſos Dones,
Mas que con los theſoros, merecieron
Con la fé viva de ſus corazones:
Ayrado Noto barbaro movieron,
Que enſangrentò en la infancia ſus paſsiones,
Dando à tu fuga ſu dichoſo aſylo
El Reyno fértil, que fecunda el Nilo:

XVI.

Deſde que de MARIA el juſto llanto
Encontrò de ſu amor la luz perdída,
Quando alumbrabas en el Templo Santo
De Doctos necios la razon dormida:
Tu fulgor eſcondiſte al mundo tanto,
Que ignora quatro luſtros de tu Vida,
Que de tus grandes Obras el abyſmo
Myſterioſo ocultaſtes en Tì miſmo:

Las

XVII.

Las bulliciosas ondas consagrando
Del Jordàn, en el Orbe pareciste,
Tu Divina Doctrina predicando,
Los doce Compañeros escogiste:
Peñascoso Desierto penetrando,
De sed, y hambre el assedio padeciste,
Y el bramido feroz del Leon mas fiero
Huyò al manso balido del Cordero:

XVIII.

En tus Sagrados Pies hallò acogida
El prodigio mayor de la belleza,
Bañandolos su llanto compungida,
La tunica vistiò de la pureza:
Convertiste la muerte en feliz vida
Del amigo, y la barbara rudeza
Cubriò al Hebreo vil de ceguedades,
Y armò contra milagros sus maldades:

XIX.

El mismo que à tu mesa, y en tu plato
Felizmente se viò favorecido,
Alevemente infiel, con falso trato,
Entregò tus finezas al olvido:
Los pies lavaste del traydor ingrato,
Que vendiò tu Persona fementido,
Hallando solo en acto semejante
La alta humildad de Pedro repugnante:

Con

XX.

Con el tremendo horror de la agonia
El Huerto con tu Sangre fecundaste,
Y al que prompto tu muerte disponia,
La mexilla à sus labios no negaste:
A la tyrana injusta compañia,
Por el pecado ageno, te entregaste,
Saciando en tu Persona los rigores
Del hambriento furor de sus rencores:

XXI.

A injusto Tribunal de la inclemencia
Presentò infame turba tu Persona,
Sufriendo inalterable tu paciencia
La canalla cruel que te baldona:
De barbara impiedad, torpe insolencia,
De execrable maldad su error corona,
Imprimiendo en tu Rostro Soberano
El sacrilego impulso de su mano:

XXII.

El rabioso furor de su corage
Respira saña, vomitando fuego;
Discurre su ira, por mayor ultrage,
Hacer ensayo de su furia al juego:
Vistes de loco el despreciable trage,
Y al Discipulo amante miras ciego,
Que ser Oveja de tu Grey negaba
Al importuno ruego de una Esclava:

Lló-

XXIII.

Lloviò ſobre tu eſpalda deſatada
De cinco mil azotes la tormenta,
Y la ſed de ſu rabia no ſaciada
Se mirò en el rencor de tanta afrenta:
Con penetrantes puntas taladrada
Tu Cabeza ſe viò, porque no inventa
El riguroſo ceño de ſu furia
Tormento, que no mezcle con injuria:

XXIV.

Viva el injuſto, muera el Inocente,
Que jamàs ſe harta el odio de baldones,
Y haſta beber tu Sangre eſtà impaciente
La pertinacia de ſus corazones:
Con ſeñales de Reo delinquente,
Las huellas ſigues à los dos Ladrones;
La infame turba en Tì golpes deſcarga,
Y el Sagrado Madero al hombro carga:

XXV.

Paſmò la admiracion torpe, y ſuſpenſa
En sì miſma, mirando que el que es Dueño
De Tierra, y Cielo, cuya ſuma immenſa
Es de ſu Mageſtad breve diſſeño;
Ceda rendido de la leve ofenſa,
Y frágil peſo del Cruzado Leño:
Pero no, penſamiento, no te aſſombres,
Que en èl vàn los pecados de los hombres:

Aba-

XXVI.

Abatido, sangriento, despreciado,
Hecho del baxo Vulgo mofa, y risa,
No conducido vàs, sino arrastrado,
Que el duro suelo el Sacro Pecho pisa:
Viendote en tantas ansias fatigado,
Porque al Suplicio llegues mas aprisa,
Alquilò su colerico deséo
La ayuda de robusto Cyrinéo:

XXVII.

Ya te muestran clavado en el Calvario,
Grita la Patria el nombre, y el Imperio
El titulo, rencor extraordinario,
Que el Real blason convierte en vituperio:
De los Ladrones el afecto vario,
Blasfema el uno en barbaro improperio,
El otro pide, y logra en tus piedades
La Corona feliz de Eternidades:

XXVIII.

Padeciendo MARIA dos tormentos,
Pues con su fortaleza à el mundo assombra,
Trocò sus iras à arrepentimientos,
Tocando à Dimas su Divina sombra:
Tu agonia en los ultimos acentos
A Juan por hijo de tu Madre nombra;
Justo le eleva à tan insigne alteza
El cándido explendor de su pureza:

Pa-

XXIX.

Pareciendote pocos los dolores,
Que por el hombre tu piedad padece,
De mas ansias, tormentos, y rigores,
La sed ardiente de tu pecho crece:
Mezclando la crueldad agrios licores,
Y amarga hiel, te dà quanto apetece
El ciego error de su locura suma,
Porque todo con esto se consuma:

XXX.

Espiras, viste el Sol negros horrores,
Tiñe la Luna rayos turbulentos,
Corresponde la Esphera con temblores,
Rompen su trabazon los Elementos:
Triste la tierra explica sus dolores,
Y abriendo los obscuros Monumentos,
Por las bocas que gritan su congoja,
Vivos los muertos de su seno arroja:

XXXI.

Rasgase à el Santuario el Sacro Velo,
Del viento assusta el barbaro silvido,
Con sus espumas assaltaba el Cielo
El Mar rebelde, con feroz bramido:
Batalla se presentan en el suelo
Unas piedras con otras, confundido
Todo el orden està, que al Chaos se vuelve
Naturaleza en nada se resuelve:

Co-

XXXII.

Conociò en los Eclipses que perece
La Causa (entre rigores) Infinita,
U del mundo la maquina fallece,
La Ciencia del insigne Areopagita:
Atento el Centurion feliz merece
Aclamarte por Dios, solo precìta
La pertinacia vil de las passiones,
Endurece Judaycos corazones:

XXXIII.

En mas iras su pecho infiel se abrasa,
Rompe de la razon el blando fuero,
Pues de la muerte los confines passa
De su ayrado furor el odio fiero:
El siniestro Costado te traspassa
Aguda lengua de templado azero,
Y del Cadaver la difunta fragua
Los thesoros brotò de sangre, y agua:

XXXIV.

El Juez que iniquamente escrupuloso
En tu persona se afectò indulgente,
Cediendo à la lisonja no dudoso,
Pues conoce castiga à el Inocente:
Obra como Romano generoso,
Quando el Sepulcro misero consiente,
Y en las nocturnas sombras de tu Entierro,
El Hebrèo duplica yerro à yerro:

XXXV.

Todo eſto por èl hombre infiel paſſando,
Por tu miſma virtud reſucitaſte,
De la tierra los ſenos penetrando,
Las ſombras del Abyſmo iluminaſte:
Temblò à tu luz el delinquente Vando,
Las almas puras del horror ſacaſte,
La flor de la perfecta confianza
Abriò el verde boton de ſu eſperanza:

XXXVI.

Aſcendiſte à ocupar el Solio Eterno;
Y porque el mundo tu promeſſa alabe,
En Uracàn violento el Sempiterno
Eſpiritu lloviò fuego ſuave:
Confirmònos en gracia, y el Gobierno
A Pedro le encargaſte de la Nave,
Pues contra los diabolicos aſſedios
Le dexò tu piedad ſiete remedios.

XXXVII.

Aquel primero yerro contraìdo
Por miſerable herencia, yà borrado
En las Sagradas ondas, deſtruìdo
Quedò el original ſér al pecado:
Con el Oleo Divino el hombre ungido
Se vè en robuſtas fuerzas confirmado,
La puerta del perdon abriò al delito
La Penitencia al animo contrito.

Tam-

XXXVIII.

Tambien, Señor, hiciste se publique
La ultima Uncion, que auxilios athesora,
Que alivios dè, y reliquias purifique
Al moribundo en la postrera hora:
Porque assi los renuevos fructifique,
El Contrato elevado se mejora,
Y del Orden creaste la grandeza,
Fuente en que nazca la mayor fineza.

XXXIX.

El milagro es mayor, que las edades
Contaràn, el mas alto Sacramento,
El excesso mayor de tus piedades,
De los prodigios el mayor portento,
Que con embidia vèn las Potestades,
Y logra el hombre en cándido sustento,
Del amor de su Dueño Soberano,
Trasladar todo Dios al pecho humano.

XL.

Aquesta maravilla, en que suspensa
Mira la Fè sin ojos resplandores,
Hoy despreciada con infame ofensa,
Es objeto à los barbaros rencores:
De tu piedad la seña mas immensa,
La fineza mayor de tus amores,
Permites que del Ara derribada,
Sea de viles manos profanada.

XLI.

El Mundo entre nosotros dividido,
Peregrinaron nuestras devociones,
Trompa siendo la voz, cuyo sonido
Atronò las mas barbaras Naciones:
El seno mas remoto, y escondido,
No quedò de la tierra en las Regiones,
Que las Verdades no escuchasse el hombre
De las Divinas glorias de tu Nombre:

XLII.

La Occidental Region, que en yelos baña
El Cantabrico Mar, tocò à mi anhelo,
Patron me permitiste de la España,
Premiando asi de mi sudor el zelo:
Què novedad en Tì se admira estraña,
Que à mi Oracion retardas el consuelo?
Quándo, Señor, se muestra endurecido
Al que pide perdon jamàs tu oido?

XLIII.

No permitas, Señor, que destruida
De su Iglesia se arruine el Edificio,
De tus venas la purpura vertida
Mira desde el Pesebre hasta el Suplicio:
Vuelve à restituir la fè perdida,
Mirala con semblante mas propicio,
U obligarà mi voz tu Omnipotencia
Con ruego, que precise tu clemencia:

XLIV.

Dixo; y al Sacro Archivo de piedades
De ſu Oracion dirige la voz pura,
Que de la Madre Virgen las bondades
El remedio à los daños aſſegura:
Iris Divino, que ſeguridades
Firmaſte entre el Señor, y la Criatura,
Revoca de Jeſus juſtos enojos,
Vuelve à mi ruego tus benignos ojos:

XLV.

Aun viviendo, Señora, trasladaſte
Al toſco bruto engarce de mi mano
Tu Imagen Santa, que con ella honraſte
La porcion Celtiberia al ſuelo Hiſpano:
Si à Luzbèl la cabeza quebrantaſte,
No permitas que crea ſu error vano,
Que puede inficionar de rabias lleno
A la Eſpaña el horror de ſu veneno.

XLVI.

Como la que una vez logrò dichoſa
Tanta fineza, golpes desiguales
Padece de fortuna, Tù piadoſa
Redime à ſu agonìa anſias mortales:
Mi voz eſcucha miſericordioſa,
Porque trueques en bienes tantos males,
Y de mi fé las amoroſas quejas
Benignamente eſcuchen tus orejas:

XLVII.

Aſsi el Apoſtol reverente dixo;
Y de la Virgen los Divinos Ojos
Bañados en piedad, miran al Hijo,
Trocando de ſus iras los enojos:
De éſte el ſemblante en el del Padre fijo,
Pone à ſu viſta los blaſones rojos
De ſu Paſsion, y en purpura teñida,
De ſu Coſtado la ſangrienta herida.

XLVIII.

En inſtante, que tiempo no conoce,
(Porque no le hay al ruego de MARIA)
Ante el Throno poſtrado reconoce
De Miguèl la Suprema Gerarquia:
Que ya ſu libertad antigua goce
Eſpaña, y que ſu altiva Monarquia,
Los Limites paſſando del Occeano,
Anochezca las luces del Romano:

XLIX.

Que Jacobo, y Miguèl los inſtrumentos
Sean de tanta gloria, y que el deſtino
De ſu ſuerte feliz, de ſus aumentos,
A quenta corra del Poder Divino:
Los Santos, con Angelicos acentos,
Todos ſe poſtran ante el Solio Trino,
Y con el Alleluya ſempiterno,
Alaban la piedad de Dios Eterno.

Ar-

L.

Armado del Infierno el negro Vando,
De mentiras, infamias, y trayciones,
Viene adusto Luzbèl capitaneando
El tremendo furor de sus Legiones:
Su veneno verter intenta, quando
Mirò llenas del ayre las Regiones
De la luz, que su sér vistiò algun dia,
Y perdiò con sacrilega ossadìa.

L I.

Mas quisiera de horror, y rabia lleno
Volver precipitado à las fatales
Ondas Stigias, y el féroz veneno
Apurar à las penas infernales:
Que vèr el Rostro de Miguèl sereno,
En cuyo resplandor ansias mortales
Bebe su vista, y mas quando su labio
El Angel rompe à su mayor agravio:

L II.

Padre de la mentira, y el engaño,
Que armado de sobèrbia vanagloria,
Incapaz del preciso desengaño,
Tu débil fuerza opones à la gloria:
Aumentarà à tu pena nuevo daño
Asistir de Pelayo à la victoria,
Sirviendole à tu furia de castigo
Mirar la exaltacion de tu enemigo.

LIII.

En los campos del ayre suspendido
Pagaràs la ossadìa de tu intento,
Y con tus mismas rabias encendido,
Veràs la union de su recibimiento:
Y por lo que à la España has ofendido,
De su gloria seràs el instrumento,
Pues tu soberbia el Cielo la destina
A que del Sarraceno sea la ruina.

LIV.

Leves son los tormentos mas atroces,
Que el fuego eterno en su rencor aviva,
Pues de Miguèl en las Divinas voces
Siente Luzbèl la pena mas activa:
Ya se llenan los Zéfiros veloces
De alegres ecos, de Pelayo viva,
Ciña el verde Laurèl, y al Moro assombre
Con las inclytas glorias de su nombre.

LV.

Ya de Cangas de Onis el Valle ameno
Pisa el Infante, y con aclamaciones
El Imperio de Juno se vè lleno
Del gozo justo de sus corazones:
Qual rompe de la nube el pardo seno
El rayo, y corta al ayre las regiones,
Asi ya de sus pechos la alegria
En reverentes gritos proferìa.

Tan

LVI

Tan solo el nuevo Rey, tan pobre iba,
Donde alegres le esperan sus Vassallos,
Que era toda la Regia Comitiva,
Que le acompaña, solo tres Caballos.
Viendo el Campo, veloz el suyo aviva
Fernando, (claro honor de los Zeballos)
Siguiendo à Sigisberto en passo mudo
La Española lealtad del fiel Bermudo.

L.VII.

Ya trueca de Pelayo la luz clara,
La que fue parda sombra, en puro dia;
Y de los Españoles la fé rara
Su mano besa, en su valor confia:
Ossorio, y Sinisfredo con avara
Ansia, del pecho exalan la alegria,
Egidio Lain, Ortuño los veloces
Vientos llenan de Vivas en sus voces.

LVIII.

No ceden en leales interesses
A los heroycos dignos Asturianos,
Los invencibles fuertes Montañeses,
Que se adelantan de tal gloria ufanos:
De Marte horrendo burlan los reveses
Los siempre vencedores Lusitanos,
Arias obstenta en animados fuegos
El inclyto furor de los Gallegos.

LIX.

Entre el numero insigne de Grandeza,
Es el Francès Teobaldo la corona,
Siendo su pecho viva fortaleza,
Si flecha de Cupido su persona:
Unida aqui la Plebe, y la Nobleza,
Fina lealtad del corazon abona,
Vèr que tendidos con accion modesta,
De Pelayo aguardaban la propuesta.

LX.

Urbano, que de España en el destrozo
Supo usurpar con religioso miedo
Las Reliquias, que avaro guardò el Pozo
De Monsagro, à feliz gloria de Oviedo;
Acompaña el catholico alborozo,
Como electo Prelado de Toledo;
Consejo docto es, sabio consuelo,
Que la Fè aviva, despertando el zelo.

LXI.

Una partida Peña Sitial era,
Dosèl servia en Pavellon copado,
Rustico el Arbol, que à la edad primera
Diò su barbaro fruto sazonado:
Pelayo desde alli la Junta impéra,
Y en su justicia, y su valor fiado,
Para inflamar los animos, la boca
Abriò, y à la venganza assi provoca:

No

LXII.

No Vassallos, amados Compañeros,
Pobres reliquias de la infausta España,
Que el Cielo reservò à los Canes fieros,
Para instrumentos de mayor hazaña:
En orden militar vuestros azeros
Tiñan de sangre Mora la Campaña;
Abra el valor la puerta à tanta gloria,
Labre el peligro la feliz victoria:

LXIII.

Corto numero es el que se atreve
A tan insigne accion, pero le anima
La sacra devocion, que el pecho bebe,
Porque la Casa de Jesus redima:
Temerosa su gente de la breve
Tropa nuestra, su saña desanima,
Tanto, que con sus mismos desalientos
Seràn menores nuestros vencimientos:

LXIV.

Ya decaido el animo Africano,
A las torpezas se entregò del vicio,
Y ciego en sus dulzuras, solo ufano
La ociosidad admite por oficio:
Entre delicias la robusta mano
De las armas ignora el exercicio,
Y de la Guerra el Arte descuidado,
Aun muerto yace mas, que no olvidado:

Bien

LXV.

Bien como aquel, que con heroyco intento,
De los Alpes la creſpa cerviz doma,
Que al impulſo de tanto atrevimiento,
Deſpojo ſe creyò la incauta Roma:
Las dulzuras le brindan del contento,
Guſta al deleyte la hechizada poma,
Su antigua fama en ſombras anochece,
Y de ſu pecho la virtud fallece:

LXVI.

Aſsi inundò la formidable Eſpaña
Del Agareno el iracundo arrojo,
Corto tropheo fue, y debil hazaña
De ſus armadas iras al enojo:
Hoy en torpezas del amor ſe baña
Su eſpiritu rendido, debil, y flojo,
Y entregado à paſsiones mugeriles,
Los heroycos afectos trocò en viles.

LXVII.

Ahora es el tiempo que tan alta empreſſa
Nos coloque en el Templo de la Fama,
Reduciendo ſu Exercito en paveſa,
De nueſtro fuego la brillante llama:
Quede en el mundo la memoria impreſſa
De tanta accion, y la conſtante rama,
Que al Sol ardiente le negò los brazos,
Enredo en nueſtras frentes verdes lazos:

LXVIII.

No consintais mas tiempo que ultrajada
Vea la Patria, y Religion perdida,
Sin que en accion tan dignamente honrada
Se adquiera gloria à riesgo de la vida:
Yo el primero serè, que con la espada
Dexe su vaina fuerza destruida;
Mas quiero, que vivir entre baldones,
Adornar mi sepulcro de blasones.

LXIX.

Hoy la fortuna con avara suerte,
A tanto mal no le permite medio,
Que en cruel esclavitud, si bien se advierte,
O vencer, ò morir es el remedio:
O durmamos el sueño de la muerte,
O rompamos lo duro del assédio,
Quando el valor no alcance la victoria,
Dexarà à lo futuro eterna gloria:

LXX.

Suene en el viento la bronçeada Trompa;
Atruene su region el parche herido,
Guerra la voz al mismo tiempo rompa
Heroycos hechos de marcial sonido:
Aje del Moro la soberbia pompa
El valor Español, que enfurecido,
Señora harà la Patria, de cautiva,
Y Africa muera, porque España viva.

Des-

LXXI.

Despues del Rey en el lugar seguia
El Viejo Ossorio, que la preferencia
En asiento, y en voto le adquiria
La cana edad, y militar prudencia:
Iba à hablar, mas con barbara ossadìa,
De Melendo se opone la insolencia;
Corta su voz, y con errados modos,
Asi infama la sangre de los Godos:

LXXII.

Quando es guia, Señor, de las acciones
La desesperacion, y la locura,
No pueden las sophisticas razones
Disfrazar la desgracia en la ventura:
Por un antojo leve nos impones
Victimas tristes de la desventura,
Y del Moro nos hace vil tropheo
La barbara ambicion de tu deseo:

LXXIII.

A ceñir la Corona alegre vienes;
Para el logro de hazaña tan gloriosa,
Què socorro, què apresto nos previenes,
Que la suerte infeliz trueque en dichosa?
Tan solos pocos Foragidos tienes,
Que escondiò en las Montañas la medrosa
Fuga; por què con numero tan leve,
A tan fuerte poder tu error se atreve?

LXXIV.

Si de tu hermana la passada ofensa
Hiriò tu pecho con la grave herida,
Lava de tu opinion la mancha immensa
Tan solo con el precio de tu vida:
Mas no arriesgues, Señor, en tu defensa
La nuestra, y que la Patria destruìda
Segunda vez por tan errado juicio,
Vuelva à ser del Tyrano sacrificio.

LXXV.

Reconozcamos al antiguo Imperio,
Solicitèmos la piedad del Moro,
No con mas duro nuevo cautiverio
Aje de nuestras pompas el decoro:
Quieres que con infame vituperio
Vuelva à inundarnos el passado lloro,
Haciendo nuestra barbara malicia,
Que su rigor se trueque en la justicia?

LXXVI.

Mas vale que midiendo la prudencia
El prevenido mal, se busque el medio,
Y el yugo que admitiò nuestra obediencia,
Nos libre prompto del segundo assédio:
No puede haver en la fatal dolencia
Antidoto mejor, mayor remedio;
Comprèmos, pues, del Moro las piedades
Al duro precio de las libertades.

Su

LXXVII.

Su poder nos propones decaìdo,
Prosigue ; mas Ossorio acelerado,
Llamas vierte en la colera encendido,
Que al noble pecho aviva fuego honrado:
Cómo à un tiempo medroso , y atrevido,
Dice , tu labio vil ha articulado
En tìmida rhetorica violenta,
A nuestro brio tan indigna afrenta?

LXXVIII.

No de sangre Española fecundadas
Pueden estàr tus femeniles venas,
Puesto que en tanta accion se vèn eladas,
Vacìas de valor , de temor llenas:
Tus ossadìas fueran castigadas,
Tu purpura manchára las arenas,
Si el Jóven , cuyo aspecto fiel venero,
No enfrenára las iras de mi azero:

LXXIX.

El temor , que tu infame pecho oculta,
Hace que à tu Nacion el valor ajes,
La meditada empressa dificulta
Tu lengua con rethoricos ambages:
Tu timidèz el riesgo grave abulta,
De nueva esclavitud viles ultrages
Propones , y atrevido al Solio Sacro,
Tu voz profana el Regio Simulacro:

En

LXXX.

En grave Junta, que se vè compuesta
De la inclyta Nobleza, solo digo,
Que el horror de tan barbara propuesta,
El desprecio merece por castigo:
No debe, no, tener otra respuesta
Quien perora à favor del Enemigo,
Y desnudado de su honor, intenta
Vivir en ocio con infame afrenta:

LXXXI.

Y vosotros, que fieles, y rendidos
Venerais de Pelayo la persona,
Y de virtud, y de valor vestidos,
Vuestro pecho de tanta fé blasona:
En fuego de lealtades encendidos
Ceñireis en su frente la Corona,
Siguiendo à eterna gloria vuestro intento,
Castigo de este infiel atrevimiento:

LXXXII.

Dixo: El Conclave todo acelerado
Responde con la accion el labio mudo,
Tremola al ayre el Pavellon morado,
Con mano fiel, el Español Bermudo:
Luego en sus hombros miran elevado
De pies en el blason de rojo Escudo
Al Jóven, que en rendidas sumissiones
Recibe el Pueblo con veneraciones.

El

LXXXIII.

El gozo de los pechos revosando,
Salir al labio quiso, mas limìta
El respeto su voz, porque Fernando
Tres veces Real heroycamente grita:
No bien lo dicen sus lealtades, quando
Las del Pueblo à tal nombre precipita,
Repitiendo los Montes en sus huecos,
De immensos Vivas los alegres ecos.





ARGUMENTO.

JUNTASE CONSEJO en Cordoba, y se determina que venga Alcamàn con ciento y ochenta mil Combatientes. Vienen varias gentes à servir à Pelayo, y entre ellas Don Alonso el Catholico, y el Conde Don Mendo, y sus Compañeros.

CANTO VIII.

I.

ABenabed apenas con ligero
Curso llegò, quando al Virrey noticia
El sucesso fatal, y lisongero
Disculpa de Munuza la malicia:
Manda Alahor que Regio Pregonero
El Gobierno convoque, y la Milicia,
Que concurra en politica Assamblea
Al apuntar el Sol la luz phebea.

II.

Dudosa luz al Orbe purpureaban
De cándido fulgor blandas centellas,
Y las sombras del ayre desterraban
De Apolo infante las vecinas huellas:
Sus tibios resplandores ocultaban
A tanta luz las timidas Estrellas,
Quando ocupa Alahor el Régio asiento,
Y asi propone al Conclave su intento:

III.

Insignes Africanos, cuya gloria
No puede obscurecer el tiempo avaro,
Que impresso en caractéres de la historia
Quedarà al Evo vuestro nombre raro:
Respetaràn los siglos su memoria,
No gravada en los marmoles de Paro,
Que sucessos, y hazañas semejantes
Se escribiràn con letras de diamantes:

IV.

Quando pensaba con heroyco intento
Humillar à la Galia la ira mia,
Y sagaz ocultando mi ardimiento,
Cautamente las Tropas disponia:
Con barbaro, con loco atrevimiento,
De Pelayo se opone la ossadìa,
Capitaneando altivo en la Montaña
Las rebeldes reliquias de la España:

Mu-

V.

Munuza herido de la dulce llama,
Que de Hormesinda vibra la luz pura,
Atropellando de su honor la fama,
La possession logrò de su hermosura:
En nada de su sér lo noble inflama
El que en merito cambia la locura,
Ni hay motivo à la queja, pues dichosos
La coyunda nupcial los ciñe esposos:

VI.

No el golpe doloroso de la ofensa,
Ni de su Régia Sangre el vituperio
Le alienta ya, sino la rabia immensa
Con que mira el honor de nuestro Imperio:
Con pocos Foragidos necio piensa
Redimir de su gente el cautiverio,
Y densas nieblas de furioso enojo
Le precipitan ciego à tanto arrojo:

VII.

No de Pelayo altivo la arrogancia
Del corazon el animo estremece,
Que el que le armò de sólida constancia,
Aun en caso mayor no desfallece:
Presto de mi valor, y vigilancia
El castigo tendrà, que se merece,
Y pesarè su barbara malicia
En la balanza fiel de la justicia:

VIII.

Fuerzas tiene el Imperio poderosas,
Pero le es à su honor débil hazaña
Emplear tantas armas victoriosas
Contra canalla vil de la Montaña:
Assumpto indigno es, que las gloriosas
Gentes que sujetaron à la España,
Ocupe todas el error de un loco,
Si el mundo à su furor es triumpho poco.

IX.

No ha de contar su altiva vanagloria,
Que en su Conquista todas se emplearon,
Pues era dar assumpto à la memoria,
Que algo nuestro poder embarazaron;
Sea materia à la futura historia,
Que unas los Pyrinéos penetraron,
Quando de otras los bélicos furores
Conculcaron cervices de traydores.

X.

Para el logro feliz de tanto intento,
Vuestra prudencia, y vuestro juicio invoco,
Porque la luz de vuestro entendimiento
Ilumine las sombras en que toco:
Pero advertid, que lo que mi ardimiento
Ha decretado ya, no lo revoco,
Los medios solo busco en la respuesta,
Pues esta es decision, y no propuesta.

Assi

XI.

Assi dixo Alahor: La no prevista
Novedad rara el Conclave suspende,
Que silencioso todo, con la vista
De la voz solo de Zulema pende:
A este, que rayo ardiente en la Conquista,
Sabio en la paz, toda la Junta atiende,
Pues que de hazañas, y virtudes lleno,
Nestor es Moro, Alcides Agareno.

XII.

Zulema, à quien las largas experiencias
Del dilatado curso de los años,
Maestro le fabricaron de las Ciencias
Los libros de passados desengaños:
Con rhetoricas claras eloquencias
Hace patentes los que teme daños,
Y con prudente voz, con faz severa,
En el Conclave hablò de esta manera:

XIII.

Sospechosa, (Señor) dudosa, dura
Proposicion à el juicio siempre ha sido,
Por esperanza en possession futura,
Arriesgar à perderse lo adquirido:
Castiga del Rebelde la locura,
Quede primero à tu valor rendido,
Y conculcada la cerviz de España,
Intente tu valor mayor hazaña:

XIV.

No del todo ſe juzgue deſpreciable
 La fuerza que Pelayo infiel concita,
 Ni ſe crea ſu intento deteſtable,
 Pues torpe injuria ſu furor incita:
 Vèr à laſcivo cierzo la eſtimable
 Flor de ſu honor en ſu explendor marchita;
 Es dolor tan cruel, que no lo olvida
 Quien ama la opinion mas que la vida:

XV.

No digo que temor al pecho induzca,
 Pues corto es ſu poder à tanta empreſſa,
 Y las Legiones que ſu error conduzca,
 A nueſtro ardor ſeràn facil paveſa:
 Pero antes que el Rebelde ſe reduzca,
 Vive en mi mente la memoria impreſſa,
 Que de corto principio, ſin ſegundo,
 Imperio nace, que avaſſalla el mundo:

XVI.

De pequeña ſemilla ſe levanta
 Arbol, que al ayre pavellon hojoſo,
 Quando ſus verdes ramas adelanta,
 Suſto es del Cielo ſu explendor copoſo:
 Si en pimpollos ſu tronco ſe quebranta,
 Facil triumpho es, mas trabajoſo,
 Si paſſada la edad de tierno arbuſto,
 Las ſolideces viſte de robuſto:

De

XVII.

De tan cortos principios el Romano
Del Mundo sujetò las varias Greyes,
Respetando à su Imperio Soberano
La coronada frente de los Reyes;
Tambien assi creciendo el Africano,
Hizo veneracion à justas Leyes,
Si en piedad, y rigor muestra enlazada,
Verde Oliva en el filo de la espada;

XVIII.

El Reyno se arma de seguridades
Quando castiga justo la malicia,
Con firmeza mantiene las lealtades
El recto proceder de la justicia:
Padre de las trayciones, y maldades
Es el Juez que protege la injusticia;
Mal puede refrenar torpes deseos
Quien vive siempre entre los vicios feos:

XIX.

Castigar de Munuza la insolencia
Diera à tu excelso nombre altiva fama,
Que la dura opression de la inocencia
Con mudas voces à tu Throno clama:
El barbaro rigor de su violencia,
Que tanta honestidad con fuerza infama,
Pague, y en su garganta delinquente
De Atropos el cuchillo se ensangriente:

XX.

Màs temo que un Exercito, el violento
Golpe de quien al Pueblo se bien quista;
Si con suave justicia su talento
A su favor la voluntad conquista:
Dura roca le impone por cimiento
Al Imperio que funda, pues à vista
De gobierno que juzga en equidades,
Se convierten trayciones en lealtades:

XXI.

Remediado su honor, si acaso intenta
No rendirse à tu voz, que brame fiero
Contra la que su error mueve tormenta
El uracàn sañudo de tu azero:
Y quanto ayrada su traycion fomenta
Al Africano espiritu guerrero,
Serà al justo rigor de tanto enojo
De nuestras iras su poder despojo:

XXII.

Mas no te empeñes en agena hazaña
Que en botones marchiste tanta gloria,
Como domar la rebelada España,
Y ajar tus pies su loca vanagloria:
Que empleado en accion fuerte, y estraña
El logro arriesgaràs de la victoria;
Despues puedes al Galico Briareo
De tu robusto brazo hacer tropheo:

Sal-

XXIII.

Salga al Campo el furor del Sarraceno,
Que à tanta accion no puede ſer deſdoro
Que de Africos Turbantes ſe vea lleno,
Si del Rebelde aſsi huella el decoro:
Pon de eſta ſuerte en ſus intentos freno,
Humille ſu altivez el poder Moro,
Si à eſte fin ſe unen nueſtras fuerzas todas,
Borraràs de una vez reliquias Godas.

XXIV.

Màs fue à decir, ſi altiva la oſſadìa
De Jaraſin no ſe opuſiera ardiente,
De ſu edad juvenil la lozanìa
Ignora el juicio el animo imprudente:
Ya con la anciamidad tu ſangre fria
Deſanima tu eſpiritu valiente,
(Dice) y entre temor, y ſuſto, manſo
Votas en tu conſejo, tu deſcanſo.

XXV.

De quatro Foragidos, por ventura
Ha de temer el animo Africano,
Quando en ſu debil fuerza ſe aſſegura
De ſus deſignios el intento vano?
En caſtigar tan barbara locura
No ſe ocupe el poder del Mahometano;
Yo con breve porcion dexarè llenas
De Chriſtianos Mazmorras Agarenas.

Quién

XXVI.

Quién puede recelar los que temiendo
Del brazo Sarraceno ſu caſtigo,
Su valor formidable conociendo,
De ſu miedo ſu fuga hacen teſtigo?
Pobre contrario es aquel que huyendo,
De la Montaña en eſcabroſo abrigo.
Aſylo buſca, y en ſus duras breñas
Labra Caſtillos las robuſtas peñas:

XXVII.

No dexes, Algabid, el fuerte empeño,
La Francia ſea deſpojo de tu brio,
Humildemente reconozca dueño
Del Califa el ſupremo poderio:
Para el traydor Exercito pequeño
Baſta, en quien militando el brazo mio,
Deſpreciarà por corta la proeza
De cortar al Rebelde la cabeza:

XXVIII.

Del robuſto Francès tu valor trate
Humillar el orgullo, y el altivo
Eſpiritu ſobetbio ſuyo abate,
Siendo à tu Imperio miſero cautivo:
Ceda en las iras de marcial Combate
De tu dieſtra al furor executivo,
Tiemble de tu valor, tiemble la tierra
La voz ardiente, que publique guerra:

Pues

XXIX.

Pues de Pelayo el animo insolente
Al precipicio èl mismo se encamina,
Si se arma loco de inexperta gente,
Que la marcial ignora disciplina:
El mismo en sus designios imprudente,
De su poder fabrìca su ruìna,
Y el ambicioso anhelò del deseo
Le conduce à tus plantas por tropheo.

XXX.

Aunque del hombre son el claro espejo
La justa fuerza ya de las razones,
Y en ellas Alahor, que està perplejo,
Debiera sujetar sus presumpciones:
Dissuelve sério el que juntò Consejo,
Y Norte sigue solo sus passiones,
Que ciego en su opinion, en su aposento
Resuelve solo continuar su intento.

XXXI.

Ya de la Trompa Militar convoca
Heroyco són los fuertes Africanos,
Y con su dura voz marcial provoca
Guerra contra los mìseros Christianos:
Se arma mucho poder à fuerza poca,
Concurren tan alegremente usanos,
Què cada pecho con altiva gloria
Se abroga por sì mismo la victoria.

El

XXXII.

El Asiatico, el Moro, el Damasceno,
Y variedad immensa de Naciones,
Que el yugo reconocen Sarraceno,
Dàn al ayre sus barbaros Pendones:
Abenlop, y Zulema dexan lleno
El viento del valor de sus acciones,
Alì, Abiatàr, Isen, y Jarafino,
Muley, Mahomad, Sifaz, y Saladino.

XXXIII.

Ambroz ilustre, Abenfarax el fuerte,
Alchan robusto, Benulmeya altivo,
Sin temor del semblante de la muerte
Desprecian el poder del enemigo:
Amir soberbio dura saña vierte,
Que juzga de su ardor leve castigo
El vencimiento, Muza, y Celin brabos
Son de la Tropa principales Cabos.

XIXXIV.

De treinta mil Gineres bien armados
Componen la veloz Caballeria,
En victorias insignes enseñados
Ciento y quarenta mil la Infanteria:
Crece el numero ya de estos Soldados
Diez mil Christianos, que con saña impia
Dexò à Christo su error lascivo, quando
De Oppas siguieron el infame vando.

XXXV.

El Militar Gobierno el Virrey fia
Al heroyco Alcamàn, Jóven ardiente,
En cuya inimitable bizarria
Se compiten lo sábio, y lo valiente:
De su Marcial espiritu confia,
Que riguroso ya, que ya indulgente,
Intente manso, ò amenace fiero,
Con blanda paz, ò con templado azero.

XXXVI.

Cinco lustros apenas numeraba
Su corta edad, mas sábia la prudencia
A lo breve del tiempo adelantaba
Con canos desengaños la experiencia:
De triunfos marciales coronaba
Su cabeza, Maestro de la Ciencia
Guerrera, tanto, que à su ardor glorioso
El Quinto Dios se retirò embidioso.

XXXVII.

Oprime un rucio, que de Guadalete
Bebiò la blanca espuma al elemento,
Tan prompto le obedece, que promete,
Mas que Caballo, ser quajado viento:
Si le agita la espuela del Ginete,
Tardo es à su carrera el pensamiento,
La tierra hiere, y el relincho suena,
Ella temblor esparce, el ayre truena.

XXXVIII.

Galan à un mismo tiempo, y belicoso
La silla ocupa con ossado empeño
El Jóven, infundiendo generoso
Espiritu en la Tropa tanto dueño:
Al mas pobre Soldado con piadoso
Semblante mira, no rugoso ceño,
Quando à reconocer el Campo parte,
Se vè en Adonis transformado Marte.

XXXIX.

En dos lineas el Campo està formado,
Alcamàn à èl los passos encamina,
Baxando con galope acelerado
De un modesto Collado la Colina:
Corre sus Huestes con marcial cuidado,
Sus armas, y sus fuerzas examina,
Manda que al son de los Lilies, y Parche,
En orden militar el Campo marche.

XL.

Dexan del Betis la florida esphera,
Y de Cordoba insigne el campo ameno,
Apenas de marchar diò la primera
Señal la Trompa con bronceado trueno:
Es el ayre portatil Primavera
Con plumas, y penachos, porque lleno
De la confusion varia de colores,
Emúla la viveza de las flores.

En

XLI.

En las armas el Sol reververaba;
Que concibiendo luz, roba la vista,
En cada corazon Marte habitaba,
Despreciando el furor de la Conquista:
Cada Soldado un Cesar se juzgaba,
Que no havrà quien sus ímpetus resista;
Armados de valor, de furia llenos,
Parten en orden fiel los Sarracenos.

XLII.

Señas felices del Christiano intento,
La morada Vandera tremolando
En las campañas roridas del viento,
Es dulce juego del Fabonio blando:
Llena la fama del heroyco acento,
De Pelayo và el nombre publicando,
Y pueblan de la tierra los confines
Con gloriosos rumores sus Clarines.

XLIII.

A su voz de la España las Naciones
Concurren à la Guerra, donde ufanos
Diez veces ciento insignes Campeones
Tributan los valientes Asturianos:
Numero igual agrega à sus Pendones
La lealtad de los fuertes Castellanos,
Quinientos dan los brabos Montañeses,
Y dos mil los gallardos Portugueses.

La

XLIV.

La Nacion cuya gente del Estio,
Y del hielo desdeña los rigores,
Que ni las iras del calor, y el frio
Enfrenan de su saña los rencores:
Armando el pecho de invencible brio,
Despreciando de Marte los furores,
Posseìdos de lealtad, de valor ciegos,
Dos mil Alcides son, mas que Gallegos.

XLV.

Mil y quinientos eran los montados,
Y cinco mil Infantes, que en ardiente
Devocion, con sus llamas inflamados,
Mostrar intentan su furor valiente:
Reconociendo estaba sus Soldados
De Pelayo el espiritu valiente,
Quando distante són de Caja suena,
Que de rumor marcial el ayre llena.

XLVI.

En remolinos hasta el Cielo llega
(De su color robando la alegria)
De espeso polvo negra nube ciega,
Que obscureciendo el Sol, oculta el dia:
Armada gente es, que à la refriega
La conduce Catholica ossadia,
Para que cante el Evo à la memoria
De los insignes Cantabros la gloria.

Con

XLVII.

Con quinientos Ginetes, mil Infantes
Son, que Vizcaya leal al Heroe ofrece;
No hay en la fama, no, bronces bastantes,
Que aplaudan quanto su valor merece:
A impulso de sus diestras arrogantes
El Imperio del Dios Guerrero crece,
Pues corto triumpho de su saña fuera
Del armado falange la ira fiera.

XLVIII.

Purpureo Jóven es el que gobierna
Toda la Tropa, en èl sábia reparte
Naturaleza su primor, pues tierna
Su edad, domina escandalos de Marte:
Copia de Adonis es, en quien alterna
La robustèz, y la beldad con arte
Tal, que en su gallardìa confundido
Està Alcìdes en forma de Cupido.

XLIX.

Desmonta un negro bruto, que animoso
La muerte solicita con empeño,
Pues bebe por la rienda el belicoso
Espiritu à la mano de su dueño:
De su piel es el bulto tenebroso,
Y rugosas las iras de su ceño,
De Plutòn le afligiò el tartareo Coche,
Segun las tintas apurò à la noche.

L.

Mi Padre, à quien la edad torpe, y cansada
Impide ser participe en tu gloria,
Mi persona te envia, que empleada
En servirte, eternice la memoria:
(Dice) Y si el filo ardiente de mi espada
No consigue (Señor) tanta victoria,
Contento quedarè, si las arenas
Manchàre con la sangre de mis venas:

L I.

En tierna edad me ofrezco à la Batalla,
Con pecho fuerte, de temor desnudo,
Y despreciando la azerada malla,
Tan solo mi valor vestirè escudo:
A la robusta fuerza, que en mi se halla,
El mas soberbio barbaro membrudo,
Aun de mi azero temerà la sombra,
Y serà de tus pies indigna alfombra:

L I I.

Te ofrezco en estos Cantabros valientes,
Pobres reliquias de la antigua España,
Que de Dios las piedades indulgentes
Los reservaron à tan grande hazaña;
Mongibelos de fuego tan ardientes,
Que iras brotando de rabiosa saña,
Veràs el Moro Exercito deshecho
Al bolcan encendido de su pecho.

De

LIII.

De Catholica llama en ſanto zelo
Encendido mi eſpiritu valiente,
No detendrà con ſu deſtemple el yelo,
Ni la ſaña feroz del Sol ardiente:
La que defiendes es cauſa del Cielo,
Y no es mucho que Jóven tierno intente
Ser ſegundo David, que poſtre uſano
El Goliath à tus plantas Africano:

LIV.

De breves tornos la veloz carrera
Ha ſido por la Zona repetida
Del Padre de las luces de la Eſphera,
Para formar el curſo de mi vida:
Que tres luſtros (Señor) aun no numéra
La Primavera de mi edad florida,
Quando eſpero lograr que en duras lides
Alfonſo borre el explendor de Alcìdes:

LV.

Aunque las furias del Tartareo Seno
Dexen las ſombras del obſcuro abrigo,
Y derramando ſu mortal veneno,
Aumenten el poder del Enemigo:
Mi brazo rayo, ſi mi voz el trueno,
Serà, donde halle ſu furor caſtigo,
Pues me diò para ſer del Orco miedo,
Su Catholica Sangre Recaredo.

LVI.

Incapaz de temor mi pecho fuerte,
De Marte pisarà duros furores,
Del tremendo semblante de la muerte
Despreciarà los bàrbaros horrores:
Y si el acaso de contraria suerte
Derramáre mi purpura en las flores,
Què mas felicidad, si es que à tu lado
El nombre mereciesse de Soldado?

LVII.

No al círculo marcial del Apio altivo
(Que verde adorno codiciò el Romano)
Aspiro, y que tan solo à estender vivo
De Jesus el Imperio Soberano:
El golpe de mi brazo vengativo
El poder desharà del Mahometano,
Y poniendo à mis plantas su fortuna,
De la Iglesia he de ser firme Columna:

LVIII.

No intento, no, que desdeñosa rama
De mis hazañas el valor corone,
Nì que el Clarìn sonòro de la Fama
Hechos heroycos con su voz pregone:
Rayo es mi azero, que encendiò la llama
De Religion, por quien tu Fè dispone,
Que un Imperio, que glorias eterniza,
Mi ardor convierta en pálida ceniza:

No

LIX.

No la Leona, que feroz bramido,
Sus rabias aumnentando, al ayre arroja,
Quando de sus Cachorros atrevido
El Cazador astuto la despoja:
Fuego brotan los ojos encendido,
Presas, y garras templa, porque roja
La purpura desate de las venas
Del robador injusto à las arenas:

LX.

Como en devocion pia, y fervorosa
Arde mi pecho en llama tan divina,
Que al rayo de su hoguera religiosa
El delinquente Imperio es breve ruina:
A domar su cerviz vanagloriosa
El Cielo mi marcial ardor destina,
Que su superfticion vana destruya,
Y el Culto de MARIA restituya:

LXI.

Aunque todo el Abysmo conjurado,
Publique injusto à sus intentos guerra,
El Mar brame furioso, el viento ayrado
Haga temblar à rafagas la tierra:
Y de nocturna sombra el atezado
Semblante empañe al dia, ô quanto yerra
Del iniquo Luzbèl el odio ciego,
Si aun breve llama es su eterno fuego!

LXII.

Corto poder, y fuerza serà poca
De sus infames furias el desvelo;
Quien el auxilio de MARIA invoca,
A su lado milita todo el Cielo:
No la ambicion me mueve, ni provoca
El fin particular, solo es mi anhelo
Restituìr la Religion perdida
Al precio justo de arriesgar la vida:

LXIII.

Vive impresso en mis iras altamente
Del Sarraceno vil el nombre odioso,
Que borrò con su saña infamemente
Del Godo antiguo el explendor glorioso:
Para que de mi espiritu valiente
Llore infeliz, quanto cantò dichoso,
Siendo al robusto impulso de mi mano
Ruina la gloria ya del Mahometano:

LXIV.

Qual torrente, que baxa despeñado
Desde la altiva cumbre à la ribera,
Que de las nubes al humor hinchado
Roba al Prado la verde Primavera:
Qual rayo de la nube desatado
Al viento enciende su voraz hoguera,
Y del campo el verdor esteriliza,
Reduciendo sus pompas en ceniza:

LXV.

Assi, Señor, serè torrente, y rayo,
Pues à mi duro impulso belicoso
En cada aliento formarà un desmayo
Del Contrario el espiritu animoso:
Quien la voz obedece de Pelayo,
Què fuerza puede haver, què poderoso
Orgullo altivo, que su furia assombre,
Si el ayre tiembla al repetir tu nombre?

LXVI.

A nadie cede mi valor ardiente,
Que ventaja le lleve en la Conquista;
No havrà tampoco en la enemiga gente
Quien de mi pecho el animo resista:
Solo à ti te venero reverente,
Que en tus Vanderas la victoria alista
El Cielo, pues aun la embidia opressa
Heroe mayor del Orbe te confiessa.

LXVII.

Dixo; y gallardamente cortesano
Se postra de Pelayo al pie rendido,
Intentando besar la augusta mano,
Del zelo de su gloria conmovido:
Pelayo le recibe alegre, usano,
Y dexando su Throno agradecido,
Con union de reciprocos abrazos
Ciñe su cuello con amables lazos.

LXVIII.

De ſu perſona vè la gallardìa,
Si admira de ſu pecho el valor raro,
Su mente le acordò la profecìa
Del Venerable Anciano Gundemaro.
Abrazandole tierno, le decìa:
Jóven iluſtre, de la Eſpaña, claro
Lucero, que en brillantes reſplandores
Deſtedaràs los Africos horrores:

LXIX.

Cómo à mis pies, quando la Régia Cuna
Nos hizo à entrambos en la ſangre iguales,
Y que tan ſolo pende mi fortuna
En que aumentes los bélicos Reales?
Tù eclipſaràs la loca Media Luna,
Y volveràs en bienes tantos males,
E impreſſa en caracteres de la hiſtoria
Quedarà de tu nombre la memoria:

LXX.

Tiempo vendrà en que el Leon robuſto
Humillarà à tu pie la altiva greña,
Quando tranſmutes en Doſél Auguſto
Ruſtico el Pavellon de aqueſta peña:
El barbaro poder de Reyno injuſto,
Que aun igualdad con Jupiter deſdeña,
Al erizado horror de ſu garganta
Hollarà la cerviz tu tierna planta:

No

LXXI.

No la ojeriza del rigor del hado
Detendrà à mi poder la altiva gloria,
Que logrando la dicha que à mi lado
Milites, es segura la victoria:
El eco de tu nombre venerado
Quedarà, tan heroyco à la memoria,
Que no cabràn en bronces de la Fama
Los graves hechos que su Trompa aclama:

LXXII.

Si à ceñir llegas la Diadema Hispana,
La aumentarà tus sienes el decoro,
Pues lograrà felicemente usana,
Que dè realces el contacto al oro:
La Monarquia aumentaràs Christiana,
Bañando en sangre, y anegando en lloro
Al injusto sacrilego Africano,
Facil despojo à tu robusta mano:

LXXIII.

Dixo; y luego à su lado le coloca,
Igualdad à su sangre merecida,
Y sus Vassallos con la voz convoca,
Que señas dèn de su humildad rendida:
Ellos sellan su mano con la boca,
Y ya en festivos ecos repetida,
En dulces confusiones solo era:
Alfonso viva, el Sarraceno muera.

Hu-

LXXIV.

Humilde con corteses sumissiones
Nobleza, y Plebe fina se adelanta;
Y en obsequio feliz los corazones
Ofrecen leales à su altiva planta:
El Jóven agradece con razones
Tan atenta expression, y ya con tanta
Fineza las admite, que en abrazos
Los coronan laureles de sus brazos.

LXXV.

Con galardon no menos estimable
El Rey paga los Cantabros ufano,
Quando la dicha logran apreciable
De estampar sus lealtades en su mano:
Con rostro alegre, con semblante afable,
Tierno, benigno, dulce, heroyco, humano,
Desde sus pies en lagrimas deshecho,
Al Solio los eleva de su pecho.

LXXVI.

Mientras alegre trage à los sentidos
Visten los dulces ecos lisongeros,
De Pelayo à los pies llegan rendidos
Mendo, y sus infelices Compañeros:
Señas dàn del naufragio los vestidos,
De su pena los ayres lastiméros,
Con que Mendo rompiò con dolor tanto
Que inundaba las voces con el llanto:

LXXVII.

Nosotros à quien hado riguroso
Hizo de la fortuna infiel tropheo,
Assumpto à las edades lastimoso,
Borrando vanidades del deseo:
No se jactarà ya vanaglorioso,
Pues mayor logro conseguido veo
En venerar, Señor, tu Real Persona,
Que no ceñir mi frente la Corona:

LXXVIII.

De la Guerra me expuso al vario juego,
No la ambicion heroyca de la fama,
Que de ardor religioso el sacro fuego
Prendiò en mi corazon la voraz llama:
De honor, y devocion à un tiempo ciego
Quise borrar la nota con que infama
La Patria el Moro, y con robusto brazo,
De dura esclavitud romper el lazo:

LXXIX.

Para lograr tan atrevido intento
Portátiles Ciudades orgullosa
Fabriquè, que aun el húmido Elemento
Estuvo de su peso temeroso:
Ya desperdicio mísero del viento,
Y frágil triunfo son del Ponto undoso,
Que del triste destino dàn las peñas
En breves tablas las funestas señas:

No

LXXX.

No siente el pecho, no, mirar perdida
La Armada, que del Mar fue vituperio,
Ni que por mi valor sea redimida
España de tan duro cautiverio:
Solo lloro perder en cada vida,
Y cada corazon mayor Imperio,
En quien para mas fuertes fundamentos
La lealtad, y el amor eran cimientos:

LXXXI.

Conoce mi error ya, que fue divina
Causa quien motivò que el viento ayrado
El Armamento hiciesse leve ruina,
Decreto justo, no furor del hado:
Que si à tì la Corona se destina,
Mayor Heroe en el Solio veo elevado,
Y en tan grandes desdichas me consuela
Alumno ser de Marte en tal Escuela:

LXXXII.

Dixo; bien que ya el pecho comprimido
De acasos, y sucessos tan fatales,
De la memoria el animo vencido,
Los ojos dàn de su dolor señales:
Pelayo le levanta agradecido,
Y dando muestras de piedad iguales,
Con sus brazos benigno el cuello enlaza,
Anìma fuerte, tiernamente abraza.

ARGU-



ARGUMENTO.

HACE CAMPO EL HEROE en Covadonga: describese este Sitio. Siguen à un delinquente, que se refugia en la santa Cueva: detiene à Pelayo un Hermitaño, y le dice que es consagrada à nuestra Señora: perdonale en reverencia de la Virgen: prophetizale el Hermitaño, que desde alli empezaràn sus victorias. Avisanle al Rey, que viene Embajador de Alcamàn: preparase para recibirle.

CANTO IX.

I.

YAce de Asturias, donde el Sol infante
Sus Montes con primeras luces baña,
De Covadonga el Sitio, que triunfante
Cuna fue, en que nació la insigne España:
Vierte en el Sela líquidos cristales,
Con Bueña, y Deba, que de la Montaña
Deben la vida à la fragosa copa,
A quien la antiguedad llamò de Europa.

Aqui

II.

Aqui la juventud de un bello llano
Compite à flores, luces de la Esphera,
Y burlando el Invierno, y el Verano,
Eterna vive en èl la Primavera:
Sobre sus glebas se derrama usano
El prodigioso Cuerno de la Fiera
De Amaltèa, y aromas, y colores
Confunden los matices con olores.

III.

Robustos troncos, con pobladas ramas,
Vuelven el sitio rustica Alameda,
Y del Sol no permiten à las llamas
Lo espeso penetrar de la Arboleda:
Pierden sus rayos las ardientes famas,
Pues la frondosidad opuesta, veda
La luz al dia, y denso verde muro
Crepusculo le viste al ayre puro.

IV.

Siguiendo la ribera de Peonia
Al Oriente Estival, y algo inclinado
A la parte que mira al Medio-Dia,
Otro Valle se vè mas dilatado:
A la derecha de esta Selva umbrìa
Reynazo corre, que precipitado
Và à dar à Bueña en lìquidos abrazos
Su pobre vena en cristalinos lazos.

Sin

V.

Sin paſſar de Reynazo el ſucceſsivo
Curſo, dexando preſto ſu torrente,
Con el criſtal ſe encuentra fugitivo
De Deba, à quien la Cueba diò la Fuente:
La admiracion aqui raro motivo
Vè, formando la ſenda ſu corriente,
Pues lo eſtrecho del ſitio peñaſcoſo
Hace camino del licor undoſo.

VI.

Hecho ſerpiente Deba del camino,
En círculo ſe enroſca tortuoſo,
Vomitando veneno criſtalino
En el líquido aljofar proceloſo:
En las orillas con vivaz deſtino,
En tóſigo ſe vuelve, que eſpumoſo
Inficiona lethal al pie ligero,
Quando le piſa incauto el Paſſagero.

VII.

Ya de eſte Valle cierran las Campañas,
Creciendo de ſus riſcos la eſtatura,
Deſmeſuradas tanto las Montañas,
Que ofuſcan ya del Sol la lumbre pura;
Son ruſticos los lados, las entrañas
Del Valle viſten ſiempre la hermoſura
Fronſidad el ayre, y de colores
El ſuelo texe alfombra de primores.

Aun-

VIII.

Aunque los Montes con espesas breñas
El lado al sitio forman horroroso,
Y contra su verdor desnudas peñas
Compiten de lo llano lo frondoso:
Pintados Pajarillos dulces señas
Al són del agua, en trino sonoroso
De ignorados idiomas, en su canto
Dàn con arpados picos dulce encanto.

IX.

Lo ultimo de este Valle la alta Sierra
De Covadonga ocupa, donde fuerte
Se expone el Heroe al juego de la guerra,
Sin temor negro acaso de la suerte:
Los que animosos este sitio encierra,
El ceño despreciando de la muerte,
Su pecho encienden en la altiva llama,
Que no cabrà en las Trompas de la Fama.

X.

De Diba en ella la preciosa Fuente
Al llano brota arroyos de cristales,
Donde en pequeña balsa su corriente
Se detiene en suspensos manantiales:
Despues se precipita su torrente,
Quanto sus ondas enfrenò neutrales,
Con sonoroso ruido de la peña
El curso de sus aguas se despeña.

Cier-

XI.

Cierra todo este Valle esta robusta
Peña, donde la Cueva està divina,
Que amenaza tajada à ser injusta
Del breve llano formidable ruina:
Parece quiere ser con saña adusta
Seco padron, y fiera se destina
A erigirse epitafio peñascoso,
Sepultando su horror el sitio hermoso.

XII.

De piedra viva tan tremenda altura,
Que la vista al mirarla se estremece,
Vasta greña se viste, y la hermosura
De la fertilidad seca aborrece:
Es tan desmesurada su estatura,
Que estrecha el ayre, y barbara parece
Que quiere que la sirvan de Cimera
Las fulminantes luces de la Esphera.

XIII.

Como à dos picas en la peña dura
Construye en Circo una abertura rara
De una pica de alto, y dos de anchura,
Rica de sombras su mansion avara:
Ventana, ò boca de la Cueva obscura,
Donde el Sol no dispensa su luz clara,
Tan corta, que su centro tenebroso
Aun no admite crepusculo dudoso.

XIV.

En este sitio, pues, donde compite
La rustiquez con las pintadas flores,
Pues la pelada Sierra no permite
A la vista, sino es yertos horrores:
Por el contrario el llano que en sì admite
De los bellos matices los primores,
Efecto siendo de naturaleza
La union en la fealdad, y la belleza.

XV.

A Tiorba de cristal las dulces Aves
Corresponden en trinos amorosos,
Vertiendo en blando són tonos suaves,
Ecos los ayres beben harmoniosos:
Enmudecen su canto quando graves
Bemoles gorgeando mas preciosos,
Es Maestro à la barbara Capilla
El Ruyseñor, plumada maravilla.

XVI.

Elige este distrito la Divina
Providencia à lo grave de la hazaña,
Pues aqui su justicia determina
La Monarquia fabricar de España:
A las cortas reliquias, que à la ruina
Reservò su piedad, enciende en saña
Religiosa, que à Imperio sin segundo
Abra futura llave Nuevo Mundo.

XVII.

Ceda España à lo altivo de tu nombre
La vanidad soberbia del Romano,
Que ya es corto el poder de su renombre,
Pues de tu gloria al eco queda vano:
De mas corto principio, porque assombre,
Formas tu Reyno, porque al soberano
Inclyto ardor del Español denuedo,
Tribute el Orbe respetoso miedo.

XVIII.

Este sitio Pelayo del pequeño
Poder que su marcial animo rige,
Para defensa de tan grave empeño,
Por Plaza de Armas su consejo elige:
Valido aqui de su escabroso ceño,
La multitud contraria nada aflige
Su valor, siendo dura pesadumbre
Del Moro, inutil vèr su muchedumbre.

XIX.

Reconoce su estancia, y mira atento
De rustiquez las descompuestas señas,
Que à la idéa conduce de su intento
El vasto horror de las fatales breñas:
Cada vez que le atiende, vè contento
Que de murallas serviràn las peñas,
Donde perdiendo su marcial decoro,
A su valor verà rendido el Moro.

XX.

No dexa nada el militar cuidado,
Que no registre, reconozca, y vea,
Que à las seguridades del Soldado,
Experto Capitan assi se emplea:
En su descompostura acomodado
El puesto elige para la pelea,
La Tropa con su juicio en èl reparte,
Porque à la muchedumbre venza el Arte.

XXI.

Despacio mira todo, y considera
La situacion, lo angosto de la entrada,
Donde con poca, y breve gente espera
Del Moro detener la fuerza armada:
Que si rompen acaso la primera
Linea, estè la victoria assegurada,
Siendo el contrario Exercito batido,
Quando su error se vea en flanco herido.

XXII.

Creyendo que Pelayo divertido
Està de Marte en las disposiciones,
Y que llegar no pueden à su oìdo
De eloquente ponzoña las razones:
Melendo, infamemente posseìdo
Del temor, los leales corazones
Inficionar intenta, y estas voces
Entregaba à los Zèfiros veloces:

Para

XXIII.

Para satisfacer intentos vanos,
Que los límites passan de locura;
Os contemplo, infelices Castellanos,
Cabar la tierra de la sepultura:
Aqui los Moros cantaràn ufanos
De nuestro mal la triste desventura,
Y de este Monte guardaràn las peñas
Del infausto dolor trágicas señas:

XXIV.

Quedaràn de estos barbaros excessos,
Que de un necio procura la ossadìa,
Padron de nuestra ruina los sucessos
Del castigo de tanta rebeldìa:
Urna serà este Valle, que à los huessos
Conserve polvos en ceniza fria,
Triste Epitafio gravarà à la historia
Nuestra desdicha à un tiempo, y su victoria.

XXV.

Qual Cordero inocente conducido
Al sacrificio en el profano Templo,
Sin que se escuche el mísero balido,
Es de la sencillez fatal exemplo:
Assi en nosotros miro repetido
Igual caso, pues nuestro sér contemplo
Que quiere que arda hoy un ciego arrojo
Victima de las iras de su antojo:

XXVI.

Ya con las téas se lavò nupciales
La decantada mancha de la Infanta;
Pues para què con Tropas desiguales
Nos hemos de oponer à fuerza tanta?
Ya blandidos admiro los fatales
Golpes de la cuchilla à la garganta,
Donde eternice el Moro sus blasones,
Castigando rebeldes sediciones:

XXVII.

De la curiosidad tocada vana,
Lasciva llama enciende peregrina
La beldad, y el amor ciego profana
Sacro decoro en la perfecta Dina:
La recibida afrenta de la hermana
En Simeon, y Levì la furia obstina,
Y de Sichima son los moradores
Sacrificio violento à sus rigores:

XXVIII.

El grande Patriarca la noticia
Recibe tierno, con fatal espanto,
Y de los dos hermanos la malicia
La solemniza con copioso llanto:
Que obrò en ellos la ira, y la injusticia,
La voz publica de su labio santo,
Quando pudo su azero enfurecido
En la sangre teñirse del rendido:

Por-

XXIX.

Porque con mutuo amor lavò el ſuceſſo
Sichèn, y ſe gloria amante uſano
De ſer ſu eſclavo, y de ſus lazos preſo,
Grita el favor del dueño ſoberano:
Lo miſmo nos ſucede, ya el exceſſo
Se borra de Munuza con la mano,
Ya ſu opinion ſe mira reſtaurada;
Y eſta ſe llama injuria no vengada!

XXX.

Mas ſi èl no juzga que reſtituìdo
Eſtà ſu honor en el primer decoro,
Venguese del tyrano, que rendido
A ſu azero ſe inunde en triſte lloro:
Pero traer el Pueblo ſeducido
A ſer ruina fatal del Campo Moro,
Emmienda en algo ſu paſſada ſuerte
Con hacernos tropheos de la muerte?

XXXI.

Con tan desigual numero, que apenas
Breve apendice es del Enemigo,
Es exponerſe ſolo à dexar llenas
Las hiſtorias del miſero caſtigo:
Eſcribiràn con ſangre las arenas
Nueſtra fatalidad, ſerà teſtigo
El Orbe de deſgracia nada eſtraña,
Si hacer ſe intenta la locura hazaña;

 Quan-

XXXII.

Quando tan poderosamente crece
Su Exercito, sus Tropas, sus Reales,
Que en su marcha los Campos desparece,
Secando de los Rios los raudales:
A tanta fuerza victima se ofrece
Hoy nuestra necedad, porque fatales
Golpes de su rigor experimente,
Y su ira en nuestro cuello se ensangriente.

XXXIII.

En disciplina exacta su milicia
La rige con tal modo, tal gobierno,
Que el Arte de su bélica pericia
Modélo quedarà à la edad eterno:
Mezclada la bondad con la justicia
Se vè en el mando del que Jóven tierno,
Son à su clara luz negros borrones
Los Alexandros, Fabios, y Scipiones.

XXXIV.

De nueva esclavitud duros rencores
Padecerèmos en contraria suerte;
No nos eximirà de sus dolores,
Sino el precisò sueño de la muerte:
Justos seràn del Moro los rigores,
Si nuestro ingrato proceder se advierte,
Causa que harà que el són de las cadenas
Duro acompañe las amargas penas:

De

XXXV.

De nueſtra Religion con indulgente
Piedad hoy nos permite el exercicio,
Templos tenemos donde reverente
La devocion entone el ſanto Oficio:
Si ſu ira provocamos, impaciente
Harà la Igleſia leve deſperdicio
De ſu furor, ſus Aras derribadas,
Seràn de indignas plantas profanadas.

XXXVI.

Benignamente nunca el abſoluto
Poder contra noſotros de ſu Imperio
Se empleò, que lo corto del tributo
Hizo fueſſe ſuave el cautiverio:
Pelayo intenta, ſedicioſo Bruto,
A la coſta fatal del vituperio
De la Nacion, con nombre ſimulado,
Imponernos el yugo mas peſado:

XXXVII.

Mas de tal ceguedad el necio arrojo
Digno es de los horrores del caſtigo,
Pues del Moro contemplo aqui el enojo
De juſto Juez, no barbaro enemigo:
En el ſuplicio ſea vil deſpojo
Del rigor el Traydor, no encuentre abrigo
En la piedad, padezca ſu malicia,
Padron ſiendo immortal de la juſticia:

Si

XXXVIII.

Si ya mi persuasion en fiel concordia
Trueca el error de vuestro pecho ciego,
Lograrà prompta la misericordia,
Rendida sumission de humilde ruego:
Apague, pues, mi llanto la discordia,
Que vuestro corazon en vivo fuego
Enciende, porque anìme la esperanza
Segura del perdon la confianza.

XXXIX.

Para lograr indulto en sus piedades,
Rendidos entreguemos la persona
Del que con armas de sus vanidades
Ceñir intenta la feliz Corona:
No es infame esta accion à las edades
Futuras, mas ilustra que baldona,
Que un barbaro de idéas atrevidas
Redima con su muerte tantas vidas.

XL.

La ponzoña lethal por el oìdo
El infelice Vulgo incauto bebe,
Y con varios temores combatido,
Ignora què partido tomar debe:
Entre sì mismo junto, y desunido,
Bien que el valor tan alta empressa aprueba,
La duda combatiendo à la flaqueza,
Sordo murmureo en la canalla empieza.

XLI.

El Heroe prompto se presenta luego,
Aunque de novedad tanta turbado,
El plácido jardin de su sossiego
De ardientes iras se mirò alterado:
Mas suspendiendo del enojo ciego
La prudencia el rigor, pudo templado
Pronunciar esta altiva voz severa,
Que la empezada sedicion modéra:

XLII.

Cómo (dice) en los pechos que la llama
Del zélo religioso prendiò ardiente,
Indemne queda el que traydor infama
Tanta accion, con intento delinquente?
Segunda esclavitud ansioso clama
A que nos sujetèmos, è imprudente,
Con ambages rhetoricos disfraza
De su veneno la dorada taza:

XLIII.

Si posseìdo de un temor injusto
Este de España miembro cancerado,
Que pesa en la balanza de su susto,
Infeliz al valor, al miedo honrado:
No consienta vuestro animo robusto
Su contagio; padezca castigado,
Siendo su cuello infiel alfombra à todos,
Muera la afrenta indigna de los Godos:

Quan-

XLIV.

Quando es de Dios la causa, que leales
Emprehendeis, es inutil el recelo,
En dónde puede haver fuerzas iguales,
Quando en vuestro favor milita el Cielo?
Aunque todas las furias infernales
Viertan con iras su rabioso anhelo,
Para immortalizar tan alta gloria,
Su rencor os traerà mayor victoria.

XLV.

El brazo Omnipotente no limita
Su poder, de opression tyrana, y dura
Sacò su Pueblo, y fue del Israelita
Puente el Mar, si al Egypcio sepultura:
Si no impiden los vicios su infinita
Bondad, mayores triumphos assegura
Al Catholico, obrando los portentos
De militar por èl los Elementos.

XLVI.

Qual el Celeste velo desatado
En agua por Samuèl, hizo tropheo
Del líquido furor al Campo armado
Del sañudo rencor del Philistèo:
Conseguirà mayor, mas celebrado
Milagro vuestra Fè, que no el Hebrèo,
Lloviendo à voces del humilde ruego
Llamas voraces de encendido fuego:

Mas

XLVII.

Mas ſi vacila hoy la confianza,
Sereis infauſta Scena, ſi ſe advierte,
Que quien en Dios no fija la eſperanza,
Acaſos llora de contraria ſuerte:
De las iras Divinas la venganza
Caſtigarà el delito con la muerte,
Y quando vueſtra purpura derrame,
Adquirirà el honor renombre infame;

XLVIII.

Imitarà eſte Valle à los Deſiertos,
Quedando en èl los hueſſos derramados
De los tímidos, que deſpues de muertos
A lo futuro queden disfamados:
Veſtirà ſu verdor los miembros yertos,
De la Divina mano caſtigados;
Juſto ſuplicio del que deſconfia
Vencer con el auxilio de MARIA.

XLIX.

De nueva eſclavitud la dura pena
Perſuade ſu temor, que el Pueblo abrace,
Y à una perpetua afrenta le condena,
En que ſu indigna infamia ſe complace:
Si de honores la fama no ſe llena,
El oro, y el vivir què ſatisface,
Si de la fiera muerte el horror ſumo
Nos dexa débil polvo, ſombra, y humo?

Pues

L.

Pues si nuestro discurso considera
La causa, que nos mueve à heroyco intento,
Es cierto que si el zelo persevera,
Se logtarà feliz el vencimiento:
Detendrà el Sol el curso en su carrera,
Y de las Trompas al marcial acento
Segunda vez verà que destruìdo
Cae el muro mas fuerte à su sonido:

LI.

Y vosotros, que fuisteis los primeros,
Que por vèr à la Iglesia redimida,
Desnudasteis los inclytos azeros,
Por libertar la Religion perdida:
Consentireis que de los Moros fieros
Estè mas tiempo presa, y oprimida,
Para que vuestro nombre à la memoria
Quede borron infame de la historia?

LII.

Y tù, animada injuria, què otro nombre
No mereces, maldad tan execrable:
Profieres, que es preciso al vulgo assombre
Oìr intento tan baxo, y detestable:
Cómo puede tener aun señas de hombre
Quien de una hazaña impide lo apreciable?
Monstruo horrendo es, quien causa tal delito,
Parto de la impiedad, y el apetito.

LIII.

Sin duda de la Secta Mahometana,
Te manchò el ciego error de su locura,
Y su supersticion barbara, y vana,
En tu pecho los cultos assegura:
Sì, pues persuade hoy tu voz ufana
Por dicha, la que es solo desventura,
Graduando el temor tan solo justo,
La violenta rhetorica del susto:

LIV.

Olvidando tu error Godos blasones,
Tu purpura mezclaste à la Ismaelita,
Que quien sabe decir tales razones,
En sus venas la sangre infiel palpita:
Contra la Religion loco propones,
Y esclavitudes nuevas solicita
Tu voz al Pueblo fiel, sin duda el Moro
Inficionò tus labios con el oro:

LV.

Si de las iras del incierto Marte,
Timido el pecho, rehusa los rencores,
Huye las glorias del guerrero Arte,
Y salva con la fuga tus temores:
Escondete en la mas remota parte,
Donde seguro estès de sus furores,
Y posseido de tu miedo, trueca
En el Uso el Arnès, la Espada en Rueca:

No

LVI.

No puede, no, à discurso tan villano
Reservar mi piedad la justa pena;
Como Señor de Pueblo tan Christiano,
A la muerte mi enojo te condena:
A las ardientes iras de mi mano
Moriràs, no permite à fuerza agena
Mi justicia el castigo, que mi brazo
Romperà de tu infame vida el lazo:

LVII.

Dixo; y con promptitud acelerada,
Del Manto que le viste se despoja,
Brilla en su mano la triumphante Espada,
Y la Lanza, veloz al suelo arroja:
Solo Melendo la precipitada
Fuga pone por medio à su congoja,
Y huyendo la ira del marcial denuedo,
Ligeras alas le prestaba el miedo.

LVIII.

Vestida de temor su ligereza
Escala el Monte en prompto movimiento,
Al seguirle la vista en sì tropieza,
Que es mas veloz que el mismo pensamiento;
Pelayo, à quien alienta la brabeza,
Detràs se precipita tan violento,
Que el desprendido rayo de la Esphera
Es torpe al curso ya de su carrera.

No

.LIX.

No tan violento el Ciervo perseguido
Es animado Noto en lo ligero,
Que las iras del barbaro ladrido
Burla à las presas del Alano fiero:
Mas què importa su curso, si seguido
Se vè de lengua de mortal azero,
Siendo de su desdicha infiel Cometa
Disparada del arco la saeta.

.LX.

Llega al cóncabo horror, donde bosteza
La Sierra por el medio de la roca,
Y al buscar el asylo en sì tropieza,
Y arrastrando se mete por la boca:
Pelayo, à quien anima la viveza,
Al logro del alcance se provoca,
Y ya en su sangre ensangrentada,
Dexar intenta la invencible Espada.

.LXI.

Và altivo à entrar, porque à sus iras deba
Quitar al Orbe tan infame vida,
Y que de su justicia sea la prueba
Ser del barbaro injusto el homicida:
Quando à la misma puerta de la Cueva
Siente la accion furiosa suspendida,
Viendo un Varon divino, que los años
En sus canas hilaron desengaños.

LXII.

Macilento el ſemblante, ſeñas daba
Del curſo de ſu vida penitente,
Y ſobre el corbo baculo cargaba
El cuerpo laſo, con afán doliente:
El venerable roſtro preciſaba
A tributarle obſequio reverente,
Vivo cadaver en aſpecto muerto,
Eſta voz prorrumpiò del labio yerto:

LXIII.

Dónde, bárbaro Rey, dónde tu enojo
Te lleva à ſer ſacrilego homicida,
Que las ſañas intentan de tu enojo
Dàr la muerte en la Caſa de la Vida?
Antes la tuya miſero deſpojo
Se verà à atomos breves reducida,
Precipitando el Cielo à tu error ciego
Voraces llamas del Celeſte fuego.

LXIV.

De aqueſta obſcuridad el ſitio inculto,
Que à profanar ſe atreve tu oſſadia,
Guarda la devocion en Sacro Bulto
Milagroſo traslado de Maria:
Aqui rendido la tributa Culto
Con humildes obſequios la fé mia,
Concha agreſte eſſa Cueva cierra uſana
De la Gloria la Perla Soberana:

Aqui

LXV.

Aqui de la piedad la Sacra Fuente,
Vertiendo de ſus ondas los raudales,
El influjo feliz de ſu corriente
Vuelve en bienes las ſañas de los males:
Poſtrate ante ſus Aras reverente,
Deponiendo tu enojo las fatales
Iras, ſu interceſsion pide rendido,
Y eco ſerà el perdon de tu gemido:

LXVI.

Donde habita MARIA, Rey, advierte
Todo es alegre paz, dulce concordia,
No acaſos hay de la contraria ſuerte,
Que de ſus luces huye la diſcordia:
Juriſdiccion no adquiere aqui la muerte,
Que ſolo vive la miſericordia,
Brotando glorias, y felicidades
El inſondable Mar de ſus piedades:

LXVII.

Encendida la ſangre en tì contemplo,
Que vivaz fuego por las venas gyra,
Pero à la viſta de tan ſanto Templo,
En ondas de paciencia apaga la ira:
Conſeguiràs, ſi con chriſtiano exemplo
Te humillas, que la fuerza que conſpira
Contra tì la cerviz de ſu garganta,
Haga deſprecio indigno de tu planta.

LXVIII.

Apenas le oye el Rey, quando la Espada,
Que ayrado empuña, humildemente arroja;
El alma siente de piedad bañada,
Que del rencor al punto se despoja:
De la ira fatal no executada,
Con arrepentimiento se acongoja,
Pues religioso no permitiria
Aun la mas leve ofensa de Maria.

LXIX.

Apagada del pecho la furiosa
Llama, à que diò materia la justicia,
Perdona en indulgencia generosa,
De la perfidia infame la malicia:
O quiera el Cielo (dice) que piadosa
Benigna la Deydad muestre propicia
A mi ruego su oìdo, y mi demencia
De obstáculo no sirva à su clemencia.

LXX.

Y tù, Varon divino, que à Maria
Tributas Cultos en la obscura Cueva,
Por tì merezca hoy la culpa mia,
Que à sus bondades los perdones deba:
El dolor que padezco, y la agonìa,
Con tu oracion hasta su Solio eleva,
Y olvidando la causa sus enojos,
Vuelva à mi indignidad benignos ojos.

LXXI.

O tù, Christiano Rey, que al Sacro Nombre
Te postras fino en devocion rendida,
Lograràs de Catholico el renombre,
La embidia misma alabarà tu vida:
El eco de tu fama al Moro assombre,
(Dice el Varon) veràs restituìda
La Patria, pues domando al Moro fiero,
Seràs entre sus Heroes el primero:

LXXII.

Desde esta Cueva empezaràn tus glorias,
Y para logro de tus vencimientos,
Y coronar tu fama de victorias,
A tu lado veràs los Elementos:
Quedarà impresso en inclytas historias
Del Eterno Poder sacros portentos,
Que para la Diadema de tu frente
Obrarà el brazo del Omnipotente:

LXXIII.

A tu Imperio felice sin segundo,
Série siga de Reyes singulares,
Que admiracion marcial venere el mundo,
Colocando su estatua en los Altares:
Rompan Abetos suyos el profundo
Mar, descubriendo Reynos à millares,
Que de su Imperio los Dominios solo
Los podrà registrar el rubio Apolo.

LXXIV.

Melendo al pie del Heroe ya rendido,
Humildemente la clemencia implora,
Y el perdon promptamente conſeguido,
En alegria vuelve lo que llora:
Al Solio de ſus brazos admitido,
En dicha ſu deſgracia ſe mejora,
Y trocada en cariño la amenaza,
Perdona tierno, y generoſo abraza.

LXXV.

Guiados del Hermitaño, el centro obſcuro
Penetran juntos de la toſca Cueva,
Porque holocauſto humilde ofrezca puro
El corazon, de devocion en prueba:
A eſcalar el Celeſte excelſo Muro
En alas de Oracion ſu Fè los lleva,
Y rendir de Maria al Bulto Sacro
Juſta veneracion al Simulacro:

LXXVI.

Quando de rumor bélico ſe llena
El viento, pues guerrero el Africano
El Añafil marcial batido ſuena,
A la Batalla provocando vano:
El Heroe vuelve, con la faz ſerena
El roſtro, no ſuſpenſo, ſino ufano,
Pues conoce adelantan ſus tropheos,
Del Mauritano ardientes los deſeos.

Ve-

LXXVII.

Veloz el Grande Alfonso al Rey avisa,
Que Embaxador del Moro la licencia
Aguarda para hablarle, y que precisa
No dilatar à su oracion la audiencia:
Que èl con Escolta parta en veloz prisa,
Ordena de Pelayo la prudencia,
Que obsequiar al Contrario con honores,
No impiden de la Guerra los rencores.

LXXVIII.

Parte ya Alfonso alegremente usano
A honrar con su persona al Enemigo,
Del primoroso estilo cortesano
Todo el Orbe Español sirve testigo:
Hasta que llegue al barbaro Tyrano
El merecido rayo del castigo,
Que de Pelayo el pecho altivo guarda,
Con plácido semblante al Moro aguarda.

LXXIX.

A despreciar la vanidad enseña
El fausto que le sirve à Rey tan justo,
Pues es el Throno una robusta Peña,
Dosél rustico Roble, si robusto:
De fortaleza dà militar seña,
Hollando altivo el explendor Augusto,
Que la mano, y cabeza heroyca abona,
La Lanza Cetro, el Morrion Corona.



ARGUMENTO.

EMBAJADA DE DON OPPAS para persuadirle à Don Pelayo, que se rinda: Responde el Heroe: Atacan el sitio los Moros: Batalla en que se vuelven las Armas contra los Mahometanos: Varias tempestades: Pelea Santiago: Vèse la Cruz en el ayre: Huye Alcamàn, dexando ciento y veinte y dos mil Sarracenos muertos.

CANTO X.

I.

De la mayor Nobleza, y el Augusto
Alfonso, entra Don Oppas escoltado;
El Obispo infeliz, aquel que injusto,
Del ciego error se vè contaminado:
La espalda oprime à un animal robusto,
Con cabos negros, Alazàn tostado,
Monstruo gallardo, à cuyo golpe bruto,
Fuego brota la tierra por tributo.

De

II.

De Embajador en el preciso fuero
Soberbiamente su rencor se fia,
Y la seguridad de Mensagero
Barbaramente alienta su ossadìa:
Amenazas pronuncia con severo
Semblante, y con tenaz dura porfia;
Para lo que su infiel astucia trata,
El sacrilego labio assi desata:

III.

Alcamàn, sacro Alumno del Dios Marte,
Que gobierna del Moro las Legiones,
Hoy con la paz no escusa combidarte,
Si te mueve el poder de sus razones:
Indulgente desea perdonarte,
Y los medios aguarda, que propones;
Siendo el suyo, que al dueño Soberano
Reconozcas, besandole la mano:

IV.

Este, que desprendido ardiente rayo
Del Dios Guerrero de la Quinta Esphera,
A su lunado Alfange, con desmayo
Atropos cede la fatal tixera:
A tì, rebelde, barbaro Pelayo,
Cuya malicia castigar pudiera,
Porque mas que el rigor, la paz estima,
Por mi voz estas ordenes intima:

V.

Manda, que humilde rindas à ſu Imperio
Las ſeñas del debido vaſſallage,
Porque de tu perſona el vituperio,
Que ſe merece, la piedad atage;
Si no, jura que en nuevo cautiverio
Padeceràs mas afrentoſo ultrage,
Y el Laurèl, que te adorna en verdes lazos,
Reduciràn ſus iras à pedazos:

VI.

Juſtamente pretende ſu clemencia,
Que en el motivo de tan alto intento
Sea medio, que conſiga la indulgencia,
Nuevo omenage en fino rendimiento:
Tan generoſa accion no la demencia
Embarace del necio penſamiento
De tus errores, logra dicha tanta,
Inclina à la coyunda la garganta:

VII.

Pero ſi altiva intenta tu locura
No obedecer la voz, que te previene
El modo cómo logres tal ventura,
Para que en ſu piedad ſu furia enfrene:
Al ſacro nombre de Mahoma jura,
Porque tu vanidad ſoberbia pene
En mas dolor, como traydor Vaſſallo,
Que has de ſervir de eſtrivo en ſu Caballo:

No

VIII.

No pierdas la ocasion, que à feliz suerte
Con la misericordia te combida,
Escusa el golpe, no afrentosa muerte
Sea el ultimo meta de tu vida:
Si tu discurso errò rebelde, acierte
A remediar la idéa sucedida,
Venerando rendidamente usano
El Cetro del Califa Soberano:

IX.

Sigue el consejo mio, que prudente,
Para que con decoro tu amor trate,
Anima el corazon gloriosamente
La excelsa sangre, que en mis venas late:
Dexa una empressa ya tan imprudente,
Y esse soberbio pensamiento abate,
Hazaña indigna es la que conspira
A que el animo vistas con la ira:

X.

Merecerà piedad tu error altivo,
Borrando de traydor el nombre infame,
Escusando à su brazo vengativo,
Que del Pueblo la purpura derrame;
Si no, segunda vez veràs cautivo
El séquito infeliz, que quando clame,
El oìdo del Moro à su lamento
Serà como la dura roca al viento.

Rin-

XI.

Rindete, pues, ſi no ſeràs deſpojo
De los juſtos rigores de ſu ſaña,
Pues conduce lo ciego de tu antojo
A fatal ruina la infeliz Eſpaña:
Quién perſuade à lo necio de tu arrojo
Paſſar la rebeldìa por hazaña?
Afrenta ſolamente es el empeño
De publicar la guerra contra el dueño.

XII.

En la balanza de tu entendimiento
Peſa el valor de mis propoſiciones,
Veràs como dexando el penſamiento
Tuyo, ſe inclina el fiel à mis razones:
Reſponde altivo, ò bien admite atento
Quanto te digo; y ſi cruel te opones,
Deſpreciando del Moro la amenaza,
O libre elige guerra, ò paz abraza.

XIII.

Infame, (dice el Heroe) cuya loca
Ciega ambicion, con barbara jactancia
Uracanes exala por la boca,
Para arruinar el muro à mi conſtancia;
Eſſa amenaza mi animo provoca
A deſpreciar por vana tu arrogancia,
Y ha de ſer la primera tu garganta,
Que huelle altiva mi triumphante planta:

XIV.

Tù, que de Dios la Ley abandonando,
Caudillo de diabolica Milicia,
Sigues del Mahometano el necio Vando,
Para soltar la rienda en la delicia:
Sacrilego Prelado fuiste quando
Solo pudo el horror de tu malicia,
Con descarado error, con torpe abuso,
Verte à la Silla Episcopal intruso:

XV.

Si en fé de mi palabra no estuviera
Guardada tu persona, su castigo
Serìa la primera accion que viera
Del filo de mi espada el Enemigo:
Hoy en la Lanza tu cabeza fuera
De mi venganza el principal testigo,
Aunque el yerro que justo te matára,
En tan traydora sangre se infamára:

XVI.

Mas por guardar de la razon los fueros,
Quanto excedes, piadoso te permito,
Y los denuestos que tronaste fieros,
Con sossegado animo remito:
Vuelve, y dile à Alcamàn, que los azeros
Desnude de su Exercito precito,
Que sin contar su muerte por hazaña,
Inundarè de sangre la Campaña:

Son

XVII.

Solo me anima de la Patria el zelo,
No fio en mi poder, sì en la justicia,
Que espero que à mi lado querrà el Cielo
Que batalle la Angelica Milicia:
Desatados veràs del azul Velo
Rayos que abrasen su fatal malicia,
Y el altivo furor de esse Armamento
Reducirè à los atomos del viento:

XVIII.

De Dios la causa es, que fuerte emprendo,
El cuidarà de darme la victoria,
Pues quanto logre mi valor venciendo,
Resultarà en aplauso de su gloria:
Hoy mi valiente brazo confundiendo
Del dominio tyrano la memoria,
Al filo ardiente de la Espada mia
Fundarè la Española Monarquia:

XIX.

Todo el furor del Campo Sarraceno,
Incitado de barbara brabeza,
Fugitivo veràs de temor lleno,
Si à ruina suya mi venganza empieza:
Como fue de la Tropa Asyria freno,
Colocada en Bethulia la Cabeza
De General soberbio, semejante
Pavor ha de causar oy mi semblante:

Del

XX.

Del animo valiente de los mios,
Del honor encendido en ſacra hoguera,
Tiemblan à fuerza heroyca de ſus brios
Del Sol las luces en la ſacra Eſphera:
No apagaràn ſus llamas quantos Rios
Contiene el Orbe, porque à tu altanera
Rencoroſa ambicion, abraſe el rayo
Del poder invencible de Pelayo:

XXI.

Aunque aborten los Montes Tropa armada
Para que ſe corone tu deſeo,
Quedarà en eſte Valle ſepultada,
Siendo ſus peñas vaſto Mauſolèo:
Tanta ſoberbia gente concitada,
Solo à ſer viene de mi ardor empleo,
Labrando la Diadema de mi dicha
El infelice fin de ſu deſdicha:

XXII.

Incapaz de temor mi altivo pecho,
De tus iras el golpe duro aguarda;
Bien preſto ſu poder verà deshecho,
Pues ſolo dura lo que en llegar tarda:
Choque ya ayrado con fatal deſpecho,
Porque en la hoguera de mis furias arda,
Pues del Orbe el Imperio commovido,
Muerto me podrà vèr, mas no vencido.

Vuel-

XXIII.

Vuelve, vuelve traydor, y dì al altivo
Alcamàn, que rabiosamente embista,
Què emplee todo su valor activo
En la gloria feliz de esta Conquista:
Que verà si à mi orgullo vengativo
Tiene su pecho fuerza que resista,
Y despues que deshaga sus Legiones,
En tì castigarè tantos baldones:

XXIV.

Dixo; y Oppas responde: Si obstinado
En tu vanidad misma confundido,
Aguarda tu furor desesperado
La erudicion infausta de vencidos;
Quedate donde veas castigado
Tu loco error, y donde conseguido
Tu abatimiento, no de mano agena
Fiarè la imposicion de tu cadena:

XXV.

Dixo; y ya velozmente se retira,
Vuelto su pecho en infernal Megera,
Que con horrendas llamas de la ira,
Enciende al corazon vivaz hoguera:
Mas prudente Pelayo, atento mira
A ocupar su terreno, y considera
La situacion, y diestro se dispone,
En orden militar su gente pone.

Vien-

XXVI.

Viendo que inutil ès por el terreno,
Que juegue la veloz Caballeria,
Hace que en orden en el Prado ameno
Estè debaxo de la peña umbria,
Montados todos, ajustado el freno,
La Lanza prompta, sin que su ossadìa
A embestir con el Moro se desmande,
Hasta que por su misma voz lo mande.

XXVII.

La orden intìma à Alfonso, que à su cargo
Està, pues su Real animo la rige;
Oyele el Jóven con semblante amargo,
Que el invencible corazon le aflige:
El pecho triste cede sin embargo,
Y el ansia ardiente del valor corrige,
Que del fuerte Soldado en la Campaña
Es la obediencia la mayor hazaña.

XXVIII.

Mas quisiera emplear el furibundo
Espiritu marcial, en que guerrero
Hiciesse que su azero sin segundo,
El norte fuesse al Esquadron primero:
Mas venerando su saber profundo,
Embayna en su prudencia su ardor fiero,
Conteniendo obediente el feroz rio
Del militar esfuerzo de su brio.

XXIX.

Como el Valle se estiende en Media Luna,
Cuyos Cuernos formaban las laderas,
Pone en la boca estrecha una Columna,
Que al Sarraceno enfrene iras primeras:
Que cediendo del Moro à la fortuna,
Sin que vuelvan la espalda sus hileras,
Vayan perdiendo el campo por ceballe,
Y entre el contrario Exercito en el Valle.

XXX.

Luego los lados dexa coronados,
Sirviendoles las peñas de muralla,
De los Flecheros, que del arco armados,
La Sierra misma los construye valla:
Que si acaso los Moros confiados
En su fuerza penetran la Batalla,
Es segura, si en flanco son heridos,
Por una, y otra parte acometidos.

XXXI.

De la corta Columna de la boca
El militar gobierno à Ossorio fia,
Los pertrechados puestos de la roca
A varios Oficiales les confia:
Que cada uno la parte que le toca
Guarde, sin que pretenda su ossadia
Desampararla, mientras que veloces
No escuchen orden nueva de sus voces.

Es-

XXXII.

Esta disposicion toma, esperando
Que del Jóven soberbio la locura
Ha de ser el gusano, que labrando
Vaya con su furor su sepultura:
Que si altivo se arroja, despreciando
Del rudo sitio rustica estrechura,
Hallarà quando acometer intente,
Que es su daño mayor su propia gente.

XXXIII.

El por un breve instante se retira
Al sitio obscuro de la Sacra Cueva,
Por vèr si à su oracion el Cielo inspira
Què medio en tanto acaso tomar deba:
Vuelve, y ocupa el centro, donde mira
Cómo el sucesso de la Guerra prueba,
Que en sus furores quiere Marte ayrado
Prudente el General, fuerte el Soldado.

XXXIV.

En tanto de Alcamàn en el oìdo
La respuesta del Rey Oppas imprime,
Y de su voz el Barbaro oprimido,
Ayrado brama, si soberbio gime:
De tal resolucion su pecho herido,
Para que à tanta accion la Tropa anime,
Rompe la voz, y con furioso acento
Al viento entrega articulado viento:

XXXV.

Ya llegò la ocasion, Soldados mios,
En que de vuestro pecho el ardimiento
Muestre la fuerza altiva de sus brios,
Siendo de los Christianos escarmiento:
Corra su sangre en fugitivos rios,
Aunque es tan corto assumpto el vencimiento
De essa barbara gente, que baldona
Con desprecios el nombre de Mahoma:

XXXVI.

Hoy ha de ser el dia en que la España
Vuelva à rendir al yugo Sarraceno
La cerviz; pues hoy con nueva hazaña
He de imponer à su locura freno:
No apagarà mi ardiente sed la saña,
Aunque de muertos vèa el campo lleno;
Si del furor quedàre redimida
Al Agareno filo alguna vida:

XXXVII.

Nadie perdone en indulgente mano
Los sequaces del loco atrevimiento,
Piedad no encuentre el misero Christiano,
Al ayre entreguen el postrer aliento:
Por mas que clame su dolor, en vano
Serà la voz del trágico lamento,
Quando al triste sonido de sus quejas,
Sólidas piedras son nuestras orejas:

XXXVIII.

Mas Pelayo, que locamente altivo
Causa primera es de tanto excesso,
Es solo mi deseo vèr cautivo,
Quede de vuestro Alfange al filo ileso:
Que mas duro tormento le apercibo,
Si en mi poder consigo verle preso,
Donde mas que à las iras de mi furia,
Ha de morir à golpes de su injuria.

XXXIX.

Al que logre traerle à mi presencia
Derramarè en su mano copia de oro,
Con franca, y sin igual magnificencia
Serà dueño feliz de gran thesoro:
Gozarà entre los otros preferencia,
Y à su persona por mayor decoro,
Formadas de las Tropas las hileras,
Postraràn el honor de las Vanderas:

XL.

Cargado de cadenas al estrivo
En Cordoba ha de entrar de mi Caballo,
Sienta el desprecio infame de cautivo
Quien se presumiò Rey, siendo Vassallo:
Despues le he de entregar al Pueblo vivo,
Donde el rencor se harte de ultrajallo,
Y atezando sus humos à la Esphera,
Darà su vida en encendida hoguera:

XLI.

Por varon no perdono al tierno infante,
Que al pecho bebe el cándido sustento,
De vuestro Alfange al filo fulminante
Entregue la inocencia el triste aliento:
No ha de quedar jamàs quien adelante
Engendre esta canalla, pues hambriento
De matar, el furor de mi despecho
Cansado se verà, no satisfecho:

XLII.

Mueran tambien las hembras, solamente
El indulto à las virgenes remito,
Para que sirvan oy à nuestra gente
De apagar el ardor del apetito:
No se vierta su purpura inocente,
Y al Moro que quisiere le permito
Pueda poner en precio su belleza,
Trocando la hermosura en la riqueza.

XLIII.

Luego la ira ardiente le provoca
A lograr del Christiano el vencimiento,
Pues consiste su fuerza en gente poca,
Corto assumpto le juzga à su ardimiento;
Ya de su ciego error la saña loca
Se arroja al són de bélico instrumento,
La misma intrepidèz de sus deseos
Fabrìca à el enemigo los tropheos.

Ha-

XLIV.

Hace al Ginete el sitio inaccessible
La descompuesta greña de la Sierra,
No puede jugar, no, que es impossible
Por las desigualdades de la tierra:
Mas de Alcamàn el animo terrible
Nada repara, è inexperto yerra,
Pues despreciando la Caballeria,
Vencer intenta con la Infanteria.

XLV.

Aunque condena con prudente flema
Del Jóven General visoña prisa
La consumada ciencia de Zulema,
De nada sirve quanto docto avisa:
Pues ciego de furor sigue su tema,
Y quanto dice solo causa risa
A Alcamàn, despreciando al sabio Viejo
La cana madurez de su consejo.

XLVI.

Toca à embestir, y Abenabed, que rige
De la primer Columna las Legiones,
Sin el militar orden las dirige
En mal formados varios Pelotones:
Choca furioso, y con dolor le aflige
Remolinados vèr sus Batallones,
Pues de los Españoles impelidos,
Vuelven la cara à su valor vencidos.

XLVII.

No desanìma el fuerte Mahometano,
Aunque su formacion deshecha mira,
Que con la resistencia del Christiano
Enciende el corazon en vivaz ira:
Une la Tropa, y con furor insano
Segunda vez con dura rabia tira
A romper el estorvo, pero halla
A su impulso mas dura la muralla.

XLVIII.

Con la ansia de vencer valiente abanza,
Encendido su pecho en furia loca,
Creyendo que al ardor de su venganza
Toda la tierra es victoria poca:
Quando Nuño vibrando dura Lanza,
Penetrò de su pecho viva roca,
Y en lugar del triumpho se convierte
En funestos horrores de la muerte.

XLIX.

Muerto este General, el Sarraceno
A vergonzosa fuga se entregára,
Si Amìr heroyco, de eloquencia lleno,
Su espiritu caìdo no alentára:
De la fuga su voz es duro freno,
Y con pericia militar bien rara
Une los fugitivos, y furioso,
Por el laurèl se arroja codicioso.

Re-

L.

Renovado el ardor de la pelea,
Para romper del todo el embarazo;
Logra ſu Lanza que la vida ſea
De Nuño primer ruina de ſu brazo:
Mas valiente Fernando, que deſea,
O vencer, ò morir, el vital lazo
Le corta al Africano, que à deſpecho
De ſu valor la punta encontrò el pecho.

LI.

Amìr herido, el Campo con caliente
Purpura tiñe, y por pequeña herida,
El pecho convertido en roja fuente,
Al ayre entrega la apreciable vida:
No à tanto acaſo deſmayò ſu gente,
Antes en viva colera encendida,
Para vengar ſu muerte vibran fieros
El lunado explendor de los azeros.

LII.

Sifaz, y Ambroz con barbara vehemencia
Embiſten à romper la eſtrecha boca,
Mas encuentran tan dura reſiſtencia,
Que el golpe es débil de ſu audacia loca:
Del choque intempeſtivo la violencia
Vencida, con mas ſaña les provoca,
Arrojandoſe en ímpetu mas duro
A deshacer el animado muro.

Con

LIII.

Con mas poder ſe arroja Saladino
A reforzar los Reales Batallones,
Y el ardiente furor de Jaraſino
Anìma con ſu exemplo las Legiones:
Maldice los rigores del deſtino,
Viendo que retroceden ſus Pendones,
Alcamàn, y por una, y otra parte
Blasfemias dice, y ordenes reparte.

LIV.

Poſſeìdo todo de rabioſo enojo
Alcamàn es de todos el primero,
Y quanto encuentra miſero es deſpojo
De las ſedientas anſias de ſu azero:
Siguen ſu exemplo con notable arrojo
Los Moros, tanto que al impulſo fiero
De las ſaëtas, que ſus arcos tiran,
Bermùdo, y Ponce à un miſmo tiempo eſpiran.

LV.

Flaquèa el Eſpañol viendo teñida
De tanta ſangre noble la Campaña,
Quando mortal ſaeta deſpedida
En rojo humor de Oſſorio el pecho baña:
De ſu lengua mortal vivaz herida
Hace que al duro golpe de ſu ſaña
Tribute el reſpirar, y en triſte calma
Dexa la humana arquitectura el alma.

Lle-

LVI.

Llenanse todos de fatal desmayo
Al vèr à Osforio muerto, los temores
Sombras son, que eclipsando el claro rayo
De su valor ocultan los fulgores:
Opaco cuerpo es el raro ensayo,
Y apagadas pavesas sus ardores,
Obscurece este acaso su denuedo,
De todos se apodera torpe miedo.

LVII.

Luzbèl rabiosamente precipita
Sobre los Moros su tremenda saña,
Y con soberbia fuerza los irrita
A coronar sus sienes con la hazaña:
En sus pechos imprime ira infinita,
Y triumphante se juzga en la Campaña,
Que locamente de rencor armado
Està su necio error mas obstinado.

LVIII.

Voraz ardiendo del Abysmo el fuego,
Traslada al Mahometano sus fatales
Llamas, y el corazon admite ciego
Por huespedes las furias infernales:
Del Christiano se cree Plutòn luego
Vencedor, y las Tropas desiguales
Imagina de su ira à los anhelos,
Despreciando el auxilio de los Cielos.

Con

LIX.

Con tal furor el Damaſceno cierra,
Que ya de la fortuna en la balanza,
En el cruel aſſédio de la Guerra
Se marchita el verdor de la eſperanza:
Tímido al Eſpañol el golpe aterra
Del Contrario, que duramente abanza,
Sin que ſe vea pueſto defendido,
Sin infauſtas ſeñales de vencido.

LX.

Luzbèl, que logra tan felice dia,
Alienta de los Moros la brabeza,
Que à ſus valientes choques reſiſtia
Lánguidamente tibia la flaqueza:
Admitiera ſu pecho la alegria,
A no ſer centro propio de triſteza,
Pues quando la victoria clama el canto,
En el eterno vive ſiempre el llanto.

LXI.

Ya con loco tremendo deſatino,
De la militar rienda roto el freno,
Sin methodo, ſin orden, y ſin tino,
Huye el Chriſtiano ya del Agareno:
El rumbo ſigue incierto del deſtino,
Olvidando el honor, de temor lleno
El Eſpañol, que la pequeña puerta
De lo eſtrecho del Valle dexa abierta.

Ven-

LXII.

Vencido el Español dexa la boca
Libre, por donde el Moro se introduce,
Que del Christiano ya la fuga loca
A las marciales glorias le conduce:
Rendido tanto el miedo le provoca
Al Asturiano, que el temor le induce,
Que por asylo infame tomar deba
La mansion horrorosa de la Cueva.

LXIII.

Alfonso con las Lanzas enristradas
Detiene à los que buscan el abrigo,
Que en las huestes que mira dissipadas,
Considera mayor al Enemigo:
Ya recobrados ellos con dobladas
Iras à embestir vuelven, y testigo
Hacen al Cielo, que la torpe huìda
Remedian con el precio de la vida.

LXIV.

Trabase la pelea nuevamente,
Cediendo el Asturiano, que vencido,
Intenta solo su animo valiente
Morir glorioso, no vivir rendido:
Pero Alcamàn dispone diestramente,
Que en dos partes el Moro dividido
Vuelva la cara contra los dos lados,
Y embistan de la Sierra los costados.

Man-

LXV.

Manda que trepen las robustas peñas
De la dura Montaña inaccessible,
Que escalen lo escabroso de sus breñas,
Que nada su valor juzga impossible:
Los Españoles aun de serlo señas
Dàn en lance tan cruel, y tan terrible,
Pues mantienen sus puestos siempre fuertes,
Costando cada vida muchas muertes.

LXVI.

Inutiles las Lanzas, à la Espada
La colera remite los rencores,
Con la ira rabiosa està olvidada
La ciencia de geometricos primores:
Sin methodo, sin arte, con ayrada
Furia fulmina Marte sus horrores,
Y de la cruda guerra en los ensayos
Arroja cada azero muchos rayos.

LXVII.

De la varia Deydad en la balanza,
Si rueda no, la suerte infiel se inclina
A no dexar señales de esperanza
Al Christiano, en que no muestre su ruina:
Ya el Sarraceno logra su venganza,
Pues con felice dicha predomina,
Y ya los Montes de sus senos huecos
De su fatalidad repiten ecos.

So-

LXVIII.

Solo en Alfonso dura resistencia
Encontrò la veloz Caballeria,
De su marcial espiritu la ciencia
Los ímpetus contrarios contenìa:
Uniendo su valor con su experiencia,
De Zulema intentaba la ossadìa
Romper la linea con impulso fuerte,
Y trueca la victoria por la muerte.

LXIX.

Resiste Alfonso con firmeza tanta
Del Mahometàno ardor el golpe duro,
Que rabioso Alcamàn nada adelanta,
Romper no puede el invencible muro:
No su marcial espiritu quebranta
La multitud de Exercito perjuro,
Que del valiente Cantabro la gloria
El logrò suspendia à la victoria.

LXX.

El temor escondiò en la tosca Cueva
A Melendo, y de alli rabioso clama:
Ya llegò el dia en que tu nombre deba
Ser el mas digno assumpto de la fama:
Ya el Sarraceno à sangre, y fuego lleva
El Exercito, y ya la verde rama
Ceñiràs quando imprima yerro ardiente
De esclavitud las marcas en su frente.

Ya

LXXI.

Ya puede tu crueldad quedar usana,
Pues conseguiste tan malvado intento;
Apaga de tu pecho en la Christiana
Sangre de voraz ansia lo sediento:
Sube à vèr de esta rustica ventana
De tu infelice Patria el fin violento,
Segundo Nero por su quicio assoma,
Veràs arder à la Española Roma.

LXXII.

Pero veloz saeta penetrando
Con azerada punta el cuerpo hiere
De Melendo, que en tierra agonizando,
Estas palabras ultimas profiere:
Luce Pelayo, el yerro perdonando,
Que rendido confiessa quando muere
Mi pecho, que de Dios atrae la furia,
Quien à la humana Magestad injuria:

LXXIII.

Ya mi purpura veo por la herida,
Que abre à la muerte una pequeña boca,
Por cuyo corto espacio ya la vida
A exalar el aliento se provoca:
Ya me castiga el Cielo la indebida
Saña, que tu persona en ira loca
Ultrajò; dice, y con fatal congoja
La Parca de la vida le despoja.

Ya

LXXIV.

Ya la horrenda guadaña de la muerte
Los ultimos rigores determina
Contra el Campo Eſpañol, que ya ſe advierte
Agonizando en la poſtrera ruina:
Viendo Pelayo tan contraria ſuerte,
El animo invencible ſolo inclina
A morir, quando en tanto deſconſuelo
Rompe de ſu piedad la fuente el Cielo.

LXXV.

Porque Pelayo fiel clama rendido
Ante el Supremo Sólio de MARIA,
Y en devocion Catholica encendido,
Eſtas palabras tierno proferìa:
Ya, Señora, al Chriſtiano vès vencido,
E infauſta la fortuna en eſte dia
Nos previene con nuevo vituperio
Ultrages de ſegundo cautiverio:

LXXVI.

No ya la denſa niebla del pecado,
Que neciamente brotan los errores
De ſu obſcuro vapor negro nublado
Oculte de tu viſta mis clamores:
De tu piedad al viento diſsipado
Su horror, benigna atiende los dolores
De tu Pueblo, y el rayo Soberano
De tu rigor abraſe al Mahometano:

LXXVII.

Mas hay, que siempre pura, dulce, pia,
El ruego humilde tu bondad atiende!
Ser obstáculo puede la fé mia,
Si en devocion sagrada no se enciende;
Remedia, pues, del daño la agonia,
Pues de tu voluntad tan solo pende:
Dixo; y de su oracion à los acentos,
Ecos correspondieron los portentos.

LXXVIII.

El ayre de la noche de repente
Viste el funesto luto en sombra fria,
Y del Carro del Sol el rayo ardiente
Desampara los terminos del dia:
El oloroso vulgo floreciente
Del Prado, con fatal triste agonia,
Lánguido cuello entrega macilento
Al soplo ayrado de maligno viento.

LXXIX.

Obscuridades bebe el Sarraceno
Por los vistosos orbes de los ojos,
Quando el Christiano en resplandores lleno,
Claros de Apolo vè los rayos rojos:
Escucha el Moro el horroroso trueno,
Del rayo experimenta los enojos;
Y al Asturiano, manso el viento sabe
Adular con el aura mas suave.

Des-

LXXX.

Deshaceſe la nube, y el quajado
Vapor, que bebiò al cieno lagunoſo,
Y que el frio poder del viento helado
Granizo congelò, rompe furioſo:
Al Sarraceno dexa amedrentado,
Y de ſu pecho el fuego belicoſo
Apaga, ſin que eſcuchen los oìdos
Mas voces, que lamentos, y gemidos.

LXXXI.

El Archangel Miguèl de luz Divina
Veſtida la Perſona ſacra obſtenta,
De los Celeſtes rayos que fulmina
Huye Luzbèl la cara macilenta:
Mayor caſtigo el Angel determina
A ſu rabioſa ſaña en la cruenta
Segunda deſtruccion del Mahometano,
Que remite las iras de ſu mano.

LXXXII.

Jacobo rompe las Eſpheras bellas,
Un Zéfiro oprimiendo, que ha bebido,
No eſpumas, sì el fulgor à las Eſtrellas,
Que de ſu color vierte lo encendido:
Su Eſpada arroja fulgidas centellas,
Y en confuſion el Campo convertido,
Huye, gime, ſuſpira, llora, y brama,
Y en fuga torpe ſu valor infama.

LXXXIII.

Sobre otra nube se mirò lucida,
En un Iris compuesto de colores,
Aquel Arbol Divino de la Vida,
Formado de perfectos resplandores;
Ya la victoria vuelve repetida,
De tal señal propicios los candores,
En la Vision, que pudo del Romano
El Imperio Gentil volver Christiano.

LXXXIV.

Las Flechas que vibraba con despecho
El Mauritano ardor con furia braba,
Retrocediendo contra el mismo pecho,
El propio corazon hacen aljava:
El Campo Damasceno ya deshecho,
Entre la fuga vil se atropellaba,
Y con sus mismas armas se ofendia,
En la confusion ciega con que huìa.

LXXXV.

Entonces los Christianos Esquadrones
Baxan en orden la peñosa Sierra,
Convirtiendo los inclytos Varones
En montes de cadaveres la tierra:
Tremolando en el ayre los Pendones,
Suena el Clarìn alegre, pues la Guerra
No aclama ya, sino con alta gloria
Del insigne Pelayo la victoria.

La

LXXXVI.

La Lanza de Pelayo rayo ardiente
Parece desatado de la Esphera,
Que abrasa quanto encuentra, y de caliente
Purpura vuelve en rio la ribera:
No hay vida, que del ímpetu valiente
Pueda eximirse de la saña fiera
De su valor, pues à su golpe duro
Es débil caña el mas robusto muro.

LXXXVII.

Todos huyen de Alfonso, que arrojada
La Lanza, le remite los enojos
Al invencible filo de su Espada,
De quien las vidas son cortos despojos:
Antes que de su diestra à furia ayrada,
Al impulso fenecen de sus ojos,
Que no hay pecho valiente que resista
Las enojadas luces de su vista.

LXXXVIII.

Mendo, seguido de sus Compañeros,
Destroza, assusta, hiere, rompe, mata,
Que en el brillo fatal de sus azeros,
De Atropos la tixera se desata:
Nadie es assumpto à sus rigores fieros,
Que no tribute vida, ya dilata
Su nombre tanto, que de Marte sacro
Se le rinde el sangriento simulaqro.

LXXXIX.

De trágico Theatro, triste Scena
Vuelto del Moro el atrevido intento,
Trocada en rio la Campaña amena,
Se vè inundada de licor sangriento:
Ya de la gloria de Pelayo llena
La raridad del rápido Elemento,
Repetian los Montes en sus huecos
De la victoria los alegres ecos.

XC.

Ciento y veinte y dos mil muertos dexando
En la Campaña, en triste desconsuelo
Huye del Sarraceno el fatal Vando,
Viendo en favor del Español el Cielo:
Unos en otros mismos tropezando,
Solo en la fuga encuentran el consuelo,
Y topando del Valle la salida,
Se precipitan con infame huida.

XCI.

Seguir querian con afán glorioso
Su curso, pero el Heroe sabio ordena
Nadie intente moverse, al animoso
Espiritu el ardor altivo enfrena:
Porque ya del Imperio tenebroso
La sombra ocupa el ayre, que se llena
Del humo negro de la noche fria,
Espirando la purpura del dia.

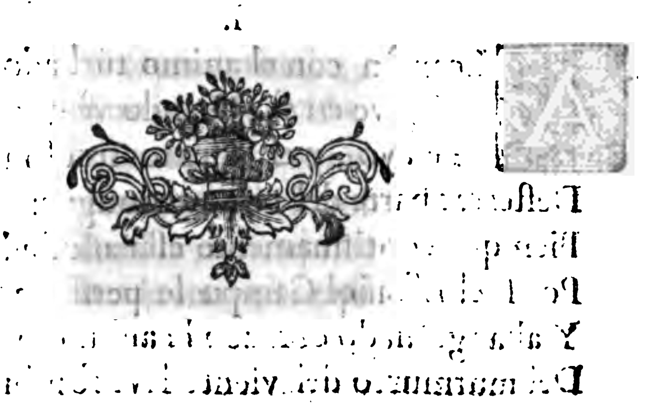
Man-

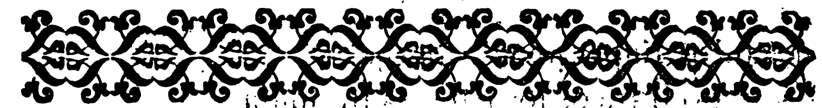
XCII.

Manda Pelayo que de la fatiga
Se recuperen un instante breve,
Mientras su devocion à entrar le obliga
A dàr al Cielo las que gracias debe:
Pues para que su intento se consiga,
Y siempre el Norte mas Divino lleve,
Con humildes obsequios ofrecia
Devotos holocaustos à MARIA.

XCIII.

Despues monta à Caballo, y ordenandò
Con doctas reglas del guerrero Arte
El Exercito, tanto que admirando
Su valor en su Esphera temblò Marte:
El triumpho el Tambor solemnizando,
Que acompaña el Clarìn sonòro, parte,
Ocupa el Centro el Rey, la Retaguardia
Mendo, y el Grande Alfonso la Vanguardia.





ARGUMENTO.

RETIRASE ALCAMAN con las reliquias del Exercito baxo del Monte Auseba: Obliga San Miguèl à que el Demonio desgage el Monte sobre los Moros, que los sepulta: Oppas, sabiendo el sucesso, se desespera, y mata: Marcha Pelayo con viveza à Gijòn.

CANTO XI.

I.

ALcamàn con el animo turbado
Vuelve en sì, quando vè que no le sigue
Pelayo, y el aliento recobrado,
Desterrar parte del temor consigue:
Bien que continuamente està assustado,
Por si el Español Campo le persigue,
Y al angustiado corazon le assombra
Del murmureo del viento leve sombra.

 De-

II.

Desecha de su pecho la congoja,
Viendo francos los passos à su huìda,
Y para que el residuo breve acoja,
De la noche el silencio le combida:
Antes que el Sol su clara lùz descoja,
Intenta con cautela prevenida
Vèr si en su retirada se remedia
Alguna parte ya de su tragedia.

III.

Valido de la negra noche obscura,
Superior à sì mismo en lo prudente,
Experto General, sabio procura
Salvar la vida à su vencida gente:
Antes que bañe el Sol con su luz pura
El mundo, lograr quiere providente,
Que burle en su conducta la viveza,
La que en el Español juzga pereza.

IV.

Aunque mas fuga es, que retirada,
Anima con prudencia esclarecida
El Jóven à su Tropa amedrentada,
De pánicos temores posseìda:
Bien conoce Alaman en lo alterada,
Que aun sin pelear la mirarà rendida,
Y que numero corto le bastára
A Pelayo, si pronto la encontrára.

Con

V.

Con militar afan, no perdonando
La diligencia la menor fatiga,
Con vigilancia immensa trabajando
A quanto el zelo de lealtad obliga:
La breve Tropa và capitaneando,
Y porque su deseo se consiga,
Hace que unido todo el Campo marche,
Mudo el Clarin, y silencioso el Parche.

VI.

A la falda fatal del Monte Ausseba,
Que arruga al Cielo en escabroso ceño,
Resuelve que el Soldado tomar deba
Descanso, que le alivie, aunque pequeño:
Apenas campa, quando dulce prueba
De Morfeo el deleyte con el sueño,
El Exercito, y el despierto gime
Al dolor, que tyrano el pecho oprime.

VII.

Suspira triste, el animo abatido,
Tributando el dolor tiernos despojos,
Y en tanta pena, el corazon vertido
Arroja por las fuentes de los ojos:
Quien hasta ahora se mirò ceñido
De victorias, los miseros enojos
Padece (dice) de contraria suerte,
Y el alivio se le huye de la muerte.

En

VIII.

En què infelice Signo fuy animado,
Para ser de los baldos vil tropheo,
Si hasta aqui de triumphos coronado,
Excèdiò mi fortuna à mi deseo?
Objeto gimo ahora desdichado,
Siendo el primero que vencido veo,
Que en mi del Asturiano la fortuna
Vuelve menguante la creciente Luna:

IX.

El Imperio glorioso Sarraceno,
Que veneraba el Orbe sin segundo,
Que rayo activo, sin oirse el trueno,
Fue su invencible golpe furibundo:
El que imponer debia duro freno
A la indomable redondèz del mundo;
Hoy un acaso sus honores vicia,
Humillado de gente Colecticia!

X.

O Alà! pues que con iras rigurosas
Quisiste su explendor hacer despojos,
Y de su fama hazañas tan gloriosas,
Objeto triste ya de sus enojos:
Por que no merecì de tus piadosas
Entrañas, que las luces de mis ojos
Cerrasse ferrea noche, y no testigo
Fuesse de los horrores del castigo?

Yo

XI.

Yo solo soy el infelice Moro,
A quien el Catastrophe de los hados
Guardaron, porque en mì de su decoro
Se hallen pompas, y triumphos vulnerados:
Por mì se vè el Imperio en tal desdoro,
En mì sus Estandartes ultrajados,
Las glorias, los tropheos adquiridos
Humillados, ajados, y perdidos:

XII.

Pudiera conseguir algun consuelo,
Si de numero igual de Tropa fuerte,
El militar ardor de su desvelo
La causa fuera de mi triste suerte:
Pero aumenta el dolor al desconsuelo
Quando tan corto su poder advierte,
Que no fue ceguedad del error necio,
Mirarlos con los ojos del desprecio:

XIII.

Pero ya quatro pobres foragidos,
Desnudos, infelices, cantan vanos
Los alegres triumphos conseguidos,
Que lloran los valientes Mahometanos:
El doloroso son de los gemidos
Nuestros, aplauden dulcemente usanos,
Sus gozos ajan la Africana pompa,
Al marcial ruido de Tambor, y Trompa:

XIV.

Pero de què me quexo, si los vientos,
Las aguas, y los rayos fulminados,
En confusa discordia de Elementos,
Contra nosotros vimos conjurados?
Si à su lado pelean los portentos,
Què mucho que en victorias coronados
Vivan famosos? No hay humana fuerza,
Que à superior Deydad los fines tuerza;

XV.

Contra el poder del Brazo Omnipotente
No puede haver oposicion alguna,
Pues de su Dedo pende unicamente
El voluble gyrar de la fortuna:
Què sirve que soberbio, è impaciente
Suspire mi rencor, quando ninguna
Forma de revocar lo decretado
Halla el triste dolor de mi cuidado?

XVI.

Y tù, Propheta, à quien devoto ofrece
El Mahometano con rendido culto,
Pues sin tu auxilio misero perece,
Hoy tu poder sagrado dificulto:
O sacrilego el pecho desmerece,
Que le defiendas de tan grave insulto;
O eres, pues no redimes su martyrio,
Vana quiméra, aborto de un delirio:

XVII.

Cómo olvidado de tu Pueblo miras
Padecer el rigor de furias tantas,
Y que objeto infelice de las iras,
Huelle el Christiano míseras gargantas?
Pues à vengar tu deshonór no aspiras,
Y tropheo nos haces de sus plantas,
Informe Monstruo, mas que no Propheta,
Te engendrò el necio error de nuestra Seta.

XVIII.

Las que del Español fueron cadenas,
Trasladadas las miro al cuello Moro,
Passadas considero à las agenas
Manos las pompas ya de su decoro:
Desgracias miro ya, ayes, y penas,
Que anegan mi dolór en tierno lloro,
Pues si el Cielo le ayuda, de la España
La Conquista serà bien corta hazaña.

XIX.

En tal desdicha pueda la paciencia
Moderar el dolor que oprime el pecho;
El antidoto fiel de la prudencia
Cure el violento ardor de mi despecho:
Pues no conoce el mundo alguna ciencia,
Que pueda remediar el daño hecho,
Suframos, y fabrìque la esperanza
Algun medio feliz à la venganza:

Mas

XX.

Mas quilates al oro de la Fama
Debe el cristal del animo sereno,
Que de la ira à la rabiosa llama;
Imponga en mi dolor la razon freno:
Que aùn espero ceñir la esquiva rama,
Y que triumphe feliz el Agareno,
Porque del Español fuerzas unidas
Tributen à mi Alfange tiernas vidas:

XXI.

Viva en mi pecho firme la esperanza
De romper sus altivos Esquadrones,
Que del tiempo inconstante la mudanza
Trueca en instante breve las acciones:
Pienso lograr aùn digna venganza,
Y conseguir dichoso aclamaciones,
Quando Pelayo en la cadena gima,
Y la afrentosa esclavitud le oprima:

XXII.

Dixo; y rendido el pecho, de Morfèo
Al centro blando rinde los sentidos,
Y del dulce beleño ya tropheo,
Dexa los pensamientos suspendidos:
Ahuyentar le quisiera su deseo,
No lo consienten, no, miembros rendidos,
Ya el cuerpo torpemente se convierte
Vassallo del hermano de la muerte.

c 4 Mi-

XXIII.

Miguèl desciende de Sagrada Esphera,
Iluminando el ayre en luz tan pura,
Que la que el Sol ilustra en su carrera,
A su claro lucir es sombra obscura:
Llama à la horrenda formidable Fiera,
Que convirtiò en carbones la hermosura,
Y que la vanidad del error ciego
Transmutò su explendor en vivo fuego.

XXIV.

Aparece la Bestia abominable
Con rabioso furor en su presencia,
Y rebelde su mente detestable,
Desesperada humilla la obediencia:
Para que el Santo Espiritu le hable,
La sutileza ignora de su ciencia,
Quando arrojando formas de conceptos,
El Archangel le intima estos preceptos:

XXV.

Tù, que siempre atrevido, al Cielo opones
La débil fuerza de tu loca idéa,
Y con tus desdichados Esquadrones
Quieres vencer en desigual pelea:
Cuyas armas sutiles sugestiones
Son, que si alguna vez lo que desea
Alcanza tu furor, lo debes solo
A la injusta mentira, infamia, y dolo:

No

XXVI.

No à tus indignas rabias el castigo
He dado, que tan solo han sido ensayo,
Que tu Espiritu vil fuesse testigo
De las inclytas glorias de Pelayo:
Tù has de dàr la victoria à tu Enemigo,
Que en mi voz te fulmino tan cruel rayo,
Como que la soberbia de tu saña
Desgage sobre el Moro essa Montaña:

XXVII.

Esse Monte, què vano dificulta
Su Cimèra à los ojos, luego arroja
Sobre el infiel Exercito, sepulta
De sus suspiros la postren congoja,
No quede vivo alguno en èl, oculta
Aun pequeña señal ya de la roja
Sangre, porque epitaphio sea eminente,
Que acuerde la Justicia Omnipotente:

XXVIII.

Executado lo que ordeno, luego
Ocuparàs la Carcel del Abysmo,
Sin que pueda intentar tu arrojo ciego
Segundo error de necio barbarismo:
En llama impura del eterno fuego
Atormentate à ti contigo mismo,
Que mas pena te dà, que no el Infierno,
Del gusano fatal dolor interno:

XXIX.

A tu villana aſtucia no permito,
Que pueda mas ſalir à la Campaña,
Que en caſtigo del barbaro delito,
Ato las altiveces de tu ſaña:
Baxa al ſitio fatal, donde Cocito
Con negro fuego ſu diſtrito baña,
Y eternamente alli tu error padece,
Dice; y luego ſu luz deſaparece.

XXX.

Màs bebe llamas, que el Abyſmo ardiente
Contiene en ſus Cabernas, quando mira
Luzbèl, que no le eſcuſa de obediente
La rebelada furia de ſu ira:
El ayre encienden tan eſtrañamente
Los interiores Ethnas que reſpira,
Que al contacto fatal de ſus alientos
Se vuelven confuſion los Elementos.

XXXI.

No baſta, dice, à quanto me condena
La Juſticia de Dios? Siempre fulmina
Contra mì ſu rigor, y nueva pena
Añade à las deſgracias de mi ruina?
Mi eſpiritu de horror vivo ſe llena
Quando à mì miſmo el Angel me deſtina
A que yo me fabrique mi tormento,
Siendo de mi dolor el inſtrumento:

XXXII.

De mi desdicha en el rigor insano
Remedio no hallo à quanto triste aquexa,
Que templa el infortunio del humano
El inutil alivio de la quexa:
Mas à el sèr que me ilustra soberano,
Adular su dolor nada le dexa,
Que de immortalidad siempre vestido,
Vive ultrajado, nunca arrepentido.

XXXIII.

No siento vèr que ya la rabia suma,
Habitadora eterna de mi pecho,
Creciendo siempre estè, sin que consuma
El ayrado volcàn de mi despecho:
Al viento arrojo la violenta espuma,
Que el corazon abriga sin provecho.
Alguno, pues no puedo, aunque rehuse,
Modo encontrar, que mi obediencia escuse:

XXXIV.

Si mi espiritu loco commovido,
Si el sacrilego impulso de mi buelo,
Con pensamiento necio, y atrevido,
Armò contra el Señor la hueste al Cielo:
Ya à la voz de Miguèl quedè rendido,
Padeciendo continuo desconsuelo,
Siendo en mis penas el mayor tormento
La privacion del arrepentimiento.

XXXV.

Pero que contra mì las armas vuelva!
Para borrar à lo que mas aprecio,
Mi poder contra el Moro se revuelva;
Y acabe de su Seta el error necio!
Que sean las Campañas de esta Selva
El assumpto fatal de mi desprecio,
Porque guarde el Christiano en su memoria
La tragedia infelice de mi historia!

XXXVI.

Para el hombre la fuente de piedades
Abre Dios, y perdona su delito;
Para mì solo exerce las crueldades
De su justicia el animo infinito:
Apenas pide de infidelidades
Perdon, quando le alcanza, y yo precito;
Al triste són de mis amargas quejas,
Se transforman en bronces sus orejas!

XXXVII.

Pero pues que remedio haver no puede,
Que evite à mi soberbia su desdoro,
Y ya termino el Cielo no concede
A infausto fin del infelice Moro:
Señal de lo que fue ninguna quede,
Aneguese su pompa en triste lloro,
Y en sus precitas almas ensangriente
Los rabiosos furores de mi diente:

Di-

XXXVIII.

Dice; y qual Uracàn furioso, arroja
Pestilencial aliento en su gemido,
Vistiendo al ayre de fatal congoja
El tremendo rencor de su bramido:
Con el contagio vil feroz despoja
Quanto verde primor en su vestido
Logrò la Selva, y ya los Montes huecos
Tiemblan al repetir sus duros ecos.

XXXIX.

Torbellinos de vientos desatados
Hacen que titubee la Montaña,
Arrojando en los soplos agitados
Todo el volcan horrendo de su saña:
Entre tanto los Moros sepultados
En pesadèz se miran tan estraña,
Que nada sienten; pues fatal beleño
Confeccionò la copa de su sueño.

XL.

Tiembla en horrores lánguidos la tierra,
Respirando el dolor en tierna boca,
Y como blanda caña al ayre yerra
La constante dureza de la roca:
Quando Luzbèl altivamente cierra
Con el Monte, y apenas en èl toca,
Quando arranca la mole à su extructura,
Siendo padron de tanta sepultura.

XLI.

Mayor dolor se vè, mayor tormento,
Que quando contra el Rey endurecido,
Vibrando Dios Angelico instrumento,
Agonizò todo primer nacido:
Que en llanto triste, en misero lamento
Quedò todo aquel Reyno confundido,
Sin que mirasse habitacion essenta,
Sino las que manchò señal sangrienta.

XLII.

Mas que quando sacrilego deseo
Emprehendiò con intento irreverente
El camino, que el Mar abriò al Hebreo,
Hollar la senda en passo delinquente:
Que de las ondas trágico tropheo
Quedò, volviendo à unirse la corriente,
Escribiendo el error de su ira fiera
Con infaustas señales la ribera.

XLIII.

No quando de mortiferas Serpientes
Quaxado el ayre despoblò de vidas,
Con ponzoñoso ardor en crudos dientes,
Del Pueblo las acciones desunidas:
Ni quando indignamente inobedientes
De su pecho las ansias commovidas,
Irritaron al Cielo, que en su lumbre
Abrasò la Israelita muchedumbre.

Ni

XLIV.

Ni quando despedido azufre, y fuego,
De Sodoma, y Gomorra las Regiones,
En pena del pecado loco, y ciego,
Reduxo Dios à pérfidos carbones:
Que movido de Abrahàn à humilde ruego,
Libra su sangre, y en las confusiones
Acuerda de Segor obscuro puesto
Del Justo Loth el inocente incesto:

XLV.

Nada fue mas fatal, y lastimoso,
Que vèr en breve instante reducido
Exercito tan grande, y victorioso
A los eternos campos del olvido:
Pero nada, Español, es tan glorioso,
Como vèr que de Dios favorecido,
Su Brazo Omnipotente solo sea
Quien en ceñirte de laurèl se emplea.

XLVI.

No quedò reservada alguna vida
De la Parca cruel al duro arrojo,
Toda llama vital dexò extinguida
Al formidable soplo de su enojo:
Apenas la Montaña desprendida
Mirò Luzbèl tan trágico despojo,
Quando rabiando con dolor interno,
A las fuentes se arroja del Infierno.

XLVII.

Surca la negra tez de Flegetonte,
De almas precitas todo el buque llena
La macilenta Barca de Aqueronte,
Que conduce su error à eterna pena:
Quando el eco repite opuesto Monte,
Del ladrido infernal, que horrendo suena,
Abriendo el Perro vil para almas tantas
El famelico ardor de tres gargantas.

XLVIII.

Si con próspero viento el agua riza,
Era tanta la mole que cargaba,
Que entre las ondas tímida agoniza,
Temiendo que à tal peso naufragaba:
El Tartareo Pluton se encoloriza,
Y con violento ardor despedazaba
Las almas, que despojos inclementes
Son de sus garras ya, ya de sus dientes.

XLIX.

Previene ya su docta congetura
Del sacrilego Oppas en la suerte,
Que del vivir la llama se le apura,
Y que el plazo se llega de la muerte:
A los Ministros de la Cueva obscura,
Con precepto inviolable les advierte
Vayan à conducir al mas villano
Espiritu, que anima el ser humano.

Jun-

L.

Junto al infame Apostol, que al Cordero
Con osculo de paz entregò injusto,
Le previene la silla en el mas fiero
Lugar, mas hediondo, y mas adusto:
Que si èl al precio indigno del dinero
La preciosa vendiò Sangre del Justo;
Este, por el vil odio que le enciende,
La Patria, y Religion à un tiempo vende.

LI.

Inspiracion Angelica à Pelayo
Ilustra en tanto la devota mente,
Y de su luz en el Divino rayo,
Todo el sucesso le mostrò patente;
Tanto favor en lánguido desmayo
Recibe el alma, que tan dulcemente
Bebe ya, transportada en fiel consuelo,
Las delicias Angelicas del Cielo.

LII.

Ya, Españoles felices, la piadosa
Madre de aquel Divino Dios Humano
Consiguiò con su ruego la gloriosa
Restauracion de nuestro suelo Hispano;
De tanta Tropa, que vanagloriosa
Creìa poco à su poder ufano
El distrito del Orbe en leve tierra,
De su valor el loco orgullo entierra:

Co-

LIII.

Como en brillante rayo el Sol ardiente
Deshace de la niebla los vapores,
Y al calor de su fuego refulgente
Se dissipan los túpidos horrores:
Assi de Dios el Brazo Omnipotente
Destruyò presumidos vencedores,
Dice; y como del fuego llama fiera,
Derrite el blando rostro de la cera:

LIV.

Como la Antiguedad falsa fingiendo
A su Tonante Dios, que ya enojado,
De los Titanes al intento horrendo,
Dexò en Montes su impulso sepultado:
Que Encelado mal muerto aun escupiendo
El tremendo furor del pecho ayrado,
Por la boca del Ethna en su congoja
Fumantes llamas contra el Cielo arroja:

LV.

Llegò à los Moros el infausto dia,
En que verdad se vè quanto mentido
La Gentilidad falsa proferia,
Del error de sus Dioses concebido;
Mas segundo Tiféo, su porfia
Hizo que sacro rayo despedido,
El intento dexasse à empressa ossada,
La pompa altiva reducida en nada:

Si

LVI.

Si con sencillo corazon prosigue
La devocion, siguiendo la intentada
Empressa, nada havrà que no se ligue
Al invencible temple de la Espada:
Que la dicha à la dicha se subsigue,
Y lograreis que esta canalla ossada,
El Imperio que honores eterniza,
Sea del hado mísera ojeriza:

LVII.

Peligro haver no puede que se oponga;
Ni de la suerte trágico sucesso;
Aunque astuto Luzbel sus armas ponga,
Afrentas gemirà su dolor preso:
Rabiosamente su rencor disponga
La infernal hueste con furioso excesso,
Què importarà, si à voces de oraciones
Atraemos Celestes Esquadrones?

LVIII.

Quanto el Sol con sus luces ilumina,
Se rendirà al feliz à quien portentos
De la fuerza Sagrada, y peregrina
Ayudan con las aguas, y los vientos;
O dichosos nosotros, pues Divina
Piedad obliga à que los Elementos
Sean en los combates del assedio
Los claros instrumentos del remedio.

Qual

LIX.

Qual Uracàn ſoberbio, brama vivo,
Deſnudando el verdor de la campaña,
Y de ſu impulſo al ſoplo mas nocivo
Cae la robuſta Encina débil caña:
De nueſtro brazo aſsi al furor activo,
Del Sarraceno cederà la ſaña,
Y embiſtiendo con fuerzas desiguales,
Infauſtas ſolo dexarà ſeñales:

LX.

Al golpe con que embiſta ſu violencia
Correſponderà llanto, y deſconſuelo
Al Contrario, que viendo tal potencia,
Frio penetrarà ſu pecho el yelo:
Que no encuentra la tierra reſiſtencia
Contra el que armado del favor del Cielo
Pelea, pues los Montes, y los Mares
En ſu favor ſon Tropas Auxiliares:

LXI.

Dè ya devoto nueſtro rendimiento
A Dios las gracias, pues que tan piadoſo
Reduxo à frágil polvo el Armamento,
De ſu Brazo el impulſo poderoſo:
Fiel correſponda el agradecimiento
De nueſtro pecho en culto religioſo,
Que quien humilde à ſus piedades clama,
Mares de auxilios ſobre sì derrama:

Di-

LXII.

Dixo ; y dexando de ſu armada gente
La porcion mas inutil à la guerra;
Para que con preſteza diligente
Tantos muertos entreguen à la tierra:
Quando la noche mas confuſamente
En negras ſombras tenebroſa cierra,
Inſtrumentos al ayre dàn marciales
De la marcha las bélicas ſeñales.

LXIII.

Oppas, que oye el ſuceſſo del Lethèo,
Bebe rabioſa la alma los ſopores,
Mirando ſu ſacrilego deſeo
Vencidos los que quiſo vencedores:
De ſu pecho tan ſolo ſon empleò
Deſeſperadas anſias, y rencores,
El corazon ayrado deſpedaza,
Y ſolo el medio de la muerte abraza.

LXIV.

Rabioſamente oſſado atento mira
De las contrarias Guardias el deſcuido,
Por ſi conſeguir puede lo que aſpira
De paſſar à los Reynos del olvido:
En el penoſo afán con que delira
Se ſuſpende con ànimo advertido,
Por ſi el ſueño las rinde, y es conſtante
De ſus acciones Argos vigilante.

Blaſ-

LXV.

Blaſphema ſu infernal precito labio
Contra Dios, y ſu Sacra Providencia;
No hay loca furia, ni injurioſo agravio,
Que no pronuncie en barbara inſolencia:
Injuſto llama quanto el Cielo ſabio
Decreta, acaſo juzga, y contingencia
El ſuceſſo, que noche que le ciega,
La poteſtad ſuprema loco niega.

LXVI.

O dolor infeliz de aquel que vive
Solo à llorar tan ſingular afrenta,
Que para que mi llaga mas ſe avive,
Eſte rigor el hado injuſto inventa!
Inficiona el aliento que recibe
El pecho, dice, viendo tan cruenta
Sangrienta accion, que ſon ſolo los mios
Eladas urnas de calientes rios:

LXVII.

Pero què eſpera ya la rabia mia,
Que antes què de mì triumphe el vil Pelayo,
No logra con infame alevosìa
De Laqueſis el ultimo deſmayo?
Mateme mi valor, no en triſte dia
De la fortuna el infeliz enſayo
Vea que al tiempo que ſus glorias canta,
El cuchillo enſangrienta en mi garganta:

Di-

LXVIII.

Dice; y de lo alto ya de la Montaña
 Con horrendo furor se precipita,
 Que de sus iras à la horrenda saña
 La muerte solo su dolor limita:
 Lánguido el cuerpo sobre la Campaña,
 Aun mas que à compassion, à rabia irrita,
 Y el alma ocupa en la Region averna
 La lóbrega mansion de una Caberna.

LXIX.

Recoge el cuerpo el Heroe, y sepultura
 Le manda dàr, abriendo de la tierra
 Con robusto azadon la costra dura,
 En sus entrañas lóbregas le encierra:
 No le recibe en su region obscura,
 Que à huesped tan infame le destierra;
 Y aunque tres veces tal accion repite,
 De sì le arroja, y nunca le permite.

LXX.

Queda insepulto del cruel Tyrano,
 A padecer de tal injurias graves,
 El Cadaver, que pasto sea inhumano
 De duro pico de sangrientas Aves:
 Tanto castigo del Traydor villano,
 Desprecios le serian bien suaves,
 Si Luzbèl no llevára el cuerpo fiero
 A ser del alma infame compañero.

Al

LXXI.

Al són de los Tambores, y Clarines
Marcha Pelayo con alegre pompa,
Sonando ya del ayre en los confines
El rumor belicoso de la Trompa:
A conseguir tan singulares fines,
Antes que en clara luz el Alva rompa,
Se adelanta, con tanta confianza,
Que aun en possession vuelve la esperanza.

LXXII.

Quando el Infante Apolo en tibios rayos
El Orbe à blandas luces ilumina,
Y la noche con *lánguidos desmayos*
El Imperio le cede que domìna:
Quando los Pajarillos con ensayos
Harmoniosos aplauden la vecina
Brillante luz, y las alegres flores
Visten matices, exalando olores:

LXXIII.

Llegò à Gijòn, que del fatal sucesso
Del Exercito ignora la noticia,
Quando del de Pelayo se vè opresso,
Y de su pecho la piedad codicia:
Bien que de su poder le juzga preso,
Aun no pequeño instante desperdicia
El Heroe, al tiempo que trabaja el Arte,
Corriendo el Campo de una en otra parte.

Es-

LXXIV.

Este, que aun tiempo fue de las Romanas
Vanidades assumpto, altiva gloria,
Erigiendose en èl Aras Sextianas,
Del venerando Augusto à la memoria:
Nuevo triumpho à las Tropas Asturianas,
Que de tropheos llenaràn la historia,
Su Peninsula es, pues terrea Puente
Broche la engarza al vasto Continente.

LXXV.

Los puestos toma, y con prudente traza,
Para evitar que pueda socorrida
Tomar mas fuerza la robusta Plaza,
Y largo tiempo viva defendida:
Experto cierra, próvido embaraza,
Al riesgo previniendo la avenida,
Reconociendo prompta su viveza
En dónde existe la mayor flaqueza.

LXXVI.

Con vigilancia siempre su cuidado
El Arte apura à la Guerrera Ciencia,
Reconociendo un lado, y otro lado
Con viva promptitud su diligencia:
Dexando todo el Sitio assegurado,
Segun le dicta cana la experiencia,
Concluìdas las bélicas taréas,
Passa à la execucion de sus idéas.

LXXVII.

En la terreſtre lengua linea forma,
Dando las reglas, que prudentemente
Al Exercicio Militar diò norma,
Con las ſutiles luces de ſu mente:
De ſus glorioſas maximas informa
Sus Cabos, à quien luego tiernamente
Abraza, y ſus alientos fortifica,
Pues valor ſu contacto comunica.

LXXVIII.

A cada General ſabio reparte
La orden que obſervar debe, porque luego
Ayudando el denuedo con el Arte,
Embiſtan el Lugar à ſangre, y fuego:
Que de èl no quede una pequeña parte,
Si loco ſu furor ſe obſtina ciego,
Porque eſcriba en el ayre el error ſumo,
Sobſtituyendo el bronce por el humo.

LXXIX.

Que prevenido eſtè el Ariete duro,
Pues apenas del Sol la luz uſana
Corone el dia, y con ſu rayo puro
Ilumine la tèz de la mañana:
Quando embeſtir intenta el fuerte muro;
(Que mas peligros el valor allana)
Si ſe opone en oſſada reſiſtencia
Contra la immunidad de ſu clemencia.

No

LXXX.

No à el descanso se entrega, vigilante
En toda parte està, todo lo mira,
Cada Soldado bebe en su semblante
Ardores de lo justo de su ira:
Anima à todos, para que constante
El fuego que su pecho ya respira,
Infundiendo su aliento respetable
El religioso zelo infatigable.

LXXXI.

La Plaza assombra miedo respetoso,
Cubierta toda de fatal gemido;
Ya de Munuza el animo orgulloso
Del corazon se admira decaìdo:
Quando ya del Imperio tenebroso
El fugitivo Apolo sumergido,
En el Mar sepultò sus luces bellas,
Trasladando el fulgor à las Estrellas.





ARGUMENTO.

SITIA EL HEROE LA PLAZA: Saben los Moros el sucesso: Huye Munuza: sabelo Pelayo: siguele, y mata: Entre tanto estrecha la Plaza Alfonso, hasta abrir brecha: Hacen una Salida: son vencidos los Sitiados: Llega el Rey al Exercito: Rindese la Plaza, donde entra triumphante.

CANTO XII.

I.

EL trágico sucesso ya difuso
En Gijòn, del Exercito Africano,
Puebla la Plaza de dolor confuso,
Desde el jóven ardiente, al Moro anciano;
Pero negando à la razon el uso,
Intentan resistir al Asturiano,
Contra el poder del Cielo, que le ampara,
De error armado su furor prepára.

La

II.

La desesperacion, no valentia,
Es la que à tanto assumpto se previene,
De locura se viste la ossadia,
En quien tan raro acaso no contiene:
Qual desbocado bruto assi corria,
Su ceguedad en nada se detiene,
Y entre las altiveces del denuedo,
Huesped del corazon habita el miedo.

III.

Munuza solo timida flaqueza
Abriga en su interior, y con fatales
Ansias el vil temor en que tropieza,
Al rostro vierte pálidas señales:
Humilde el corazon con tal baxeza
Al dominio se rinde de los males,
Que aun el aliento mismo que respira,
Con assustado pecho le suspira.

IV.

A toda parte donde vuelve advierte
De la adversa fortuna los enojos,
Y la imagen funesta de su muerte
Se representa viva ante sus ojos:
Ya prisionero de Pelayo, advierte
Que su vida, y honor seràn despojos
De su justicia, quando en triste dia
Satisfaga su horrenda tyrania.

.VI

Solo procura en escapár la vida
Por medio de la fuga vergonzosa,
No encuentra su dolor otra salida,
Que su suerte infeliz trueque à dichosa:
No comprehende que debe ser su huìda
En el oìdo Sarraceno odiosa,
Y que al suplicio èl mismo se condena,
Arrastrando consigo la cadena.

VI.

A Muley, Cabo suyo Subalterno,
Llama en el medio de la noche umbrìa,
Y de la Plaza el bélico Gobierno
A la experiencia de sus canas fia:
Y violentado del temor interno,
En alas vuela de su cobardìa
Antes, que el Sol con tibios resplandores
A Sagitario vista de explendores.

VII

Con doscientos Ginetes escogidos
Huella Munuza la fatal Campaña,
Los lugares obscuros, y escondidos
Busca en la rustiquez de la Montaña:
De los vientos los mas leves silvidos
Le assustan, su temor el pecho engaña,
Creyendo que sobre èl descarga el rayo
De la justa venganza de Pelayo.

Me-

VIII.

Medroso, de Leon toma el camino,
Aunque en parte ninguna està seguro,
Que la ley inviolable del destino
Decretò de su muerte el golpe duro:
No corre mas veloz hinchado el lino
Con el viento el Baxèl, rompiendo el puro
Tridente de Neptuno, como vuela
El Caballo agitado de la espuela.

IX.

El mas corto rumor, la menor sombra
Turba su corazon, todo le assusta,
Y mas que nada el animo le assombra
La causa iniqua de su accion injusta:
Si la imaginacion Pelayo nombra,
En ella misma vè que su robusta
Mano corta su pérfida garganta,
Y à su trágico fin los triumphos canta.

X.

Segura Espìa promptamente avisa
Al Heroe del sucesso, que arrogante
Monta à Caballo, siendo à tanta prisa
Largo tiempo el momento de un instante:
Con cien Ginetes marcha à tan precisa
Hazaña, quando à Alfonso con constante
Espiritu las ordenes reparte,
Y con celeridad immensa parte.

XI.

De la leal, no mercenaria Espia,
Sigue Pelayo el curso acelerado,
Que su deseo diestramente guia
Al sitio donde logre su cuidado:
Tres veces de la luz el Padre havia
La Esphera con su Carro repassado,
Sin que pudiesse hallar la menor seña
Del Traydor, que en el lance los empeña.

XII.

Al despuntar el quarto, que en luz baña
Al Polo el explendor del rayo ardiente,
En lo distante ya de la Campaña
El Esquadron descubre de la gente:
Al mirarla, instigado de su saña,
A ella dirige el passo diligente,
Y quando cerca del Contrario se halla,
La pequeña porcion forma en Batalla.

XIII.

Viendo el soberbio Monstruo, que cortado,
De la fuga el remedio es impossible,
En su robusta Tropa confiado,
Se juzga al corto numero invencible:
El mismo caso hizo que forzado
A vivir vuelva su valor terrible;
Que à quien se mira en el peligro urgente,
El temor mismo suele hacer valiente.

To-

XIV.

Toca animoso al arma el Asturiano
Contra el robusto Campo Damasceno,
Vibra la Lanza la robusta mano,
Buscando altiva el enemigo seno:
Ya del Clarìn sonòro el ruido usano
De ecos heroycos dexa el ayre lleno,
Y à los primeros golpes con desdoro,
A la fuga se entrega indigna el Moro.

XV.

Vuelve la espalda con infame afrenta
La Mora Gente, huyendo desmandada
Con tal velocidad, que solo intenta
Salvarse en vergonzosa retirada:
La mas perspicaz vista nada encuentra
En la Campaña, pues desamparada,
Quando infame la Tropa la abandona,
Solo Munuza obstenta la persona.

XVI.

Manda Pelayo sigan el alcance,
No arriesgue suspension tanta victoria,
Por si conseguir puede en feliz trance,
Que del Moro no quede, ni aun memoria:
El solo intenta conseguir el lance,
Que à su fama acredite eterna gloria;
Desmonta del Caballo, y en severa
Voz à Munuza hablò de esta manera:

Pu-

XVII.

Pudiera remitir à la Justicia
De tu delito barbaro el castigo,
Y tratar la crueldad, y la malicia
De delinquente, mas que no enemigo:
El castigarte Juez no es la codicia,
Que anhela mi opinion, nada consigo,
No logrando tu muerte con mi azero,
Que antes que Rey, he sido Caballero:

XVIII.

Assi tan solo hazaña reservada
Ha de ser de mi filo tu cabeza,
La sangre de tus venas derramada
Restituirà mi honor à su pureza:
Vibre ya tu cobarde mano ossada
El corbo Alfange, porque mi destreza,
Burlando de tus iras lo insidioso,
En tu ruina me aclame victorioso.

XIX.

Pequeño triumpho en tì mi pecho advierte,
En que adquirir no puede excelsa fama,
Pues el leve tropheo de tu muerte,
Aun mas que eleva, mi valor infama:
Débil assumpto de mi brazo fuerte
Apagar de tu aliento vital llama
Serà, si antes que mi azero embista,
No mueres à los rayos de mi vista:

Fe-

XX.

Feliz serà tu fin, eterna gloria
Adquiriràs dichoso, pues usano
Serà glorioso assumpto à la memoria,
Que mereciste ser muerto à mi mano:
Aquesta vanidad tu vanagloria
Lograrà; y este aplauso soberano
Elevarà lo indigno de tu nombre,
Y à tu baxeza vil darà renombre:

XXI.

Assi dixo Pelayo; y arrogante
Del Caballo desciende el Monstruo fiero,
Como el Milano se arrojò rapante
A hacer presa en el Pajaro casero:
De la varia Deydad en lo inconstante
Se fià tu locura, dice, espero,
Que todo al choque de mi furia ceda,
Siendo mi Alfange el clavo de su rueda:

XXII.

Tan solamente injurias, y baldones
Voraz prorrumpe contra mì tu boca,
Y de mi honor ajando los blasones,
A singular Batalla me provoca:
Tu fuerza débil atrevido opones
De mi valor à la invencible roca,
Y de su solidèz en la dureza
Escribirà tu muerte mi destreza:

La

XXIII.

La immunidad violè del templo augusto
De tu honor, profanando el de tu hermana,
Victima ſu beldad fue al torpe guſto
Del incentivo de paſsion liviana:
Y ſi la viera, repitiera injuſto
El miſmo caſo, y con accion villana
La entregára, agravando mi delito,
Del eſclavo mas vil al apetito:

XXIV.

Te repito la injuria, por ſi incita
Las iras de tu pecho amortiguado,
Si en el valor acaſo reſucita,
Que pueda competir conmigo oſſado:
En el hecho verè ſi ſe acredita
Quanto pronuncias, pues en el templado
Azero mio, porque mas te aſſombre,
De Pelayo gravò la Parca el nombre:

XXV.

Intentas con fantaſticas razones,
En que viertes ſophiſtico beleño,
Librarte tù, achacandome trayciones
Por la caſualidad de un leve empeño:
Quando Vaſſallo infamemente opones
Tus Armas, rebelandote à tu dueño,
Que quien deſnuda contra el Rey la Eſpada,
Vè eternamente ſu opinion manchada.

No

XXVI.

No ſiempre de las aguas, y los vientos
El auxilio tendràs, con que venciſte,
Que burlarà mi Alfange los portentos
Del hechizo que loco te valiſte:
Desharè los opueſtos Elementos,
Y ſi de tu temor el miedo triſte
De Neptuno en el centro te ocultára,
Por matarte mi fuego le enjugára.

XXVII.

Como ſe arroja el Càn embrabecido
Contra el mentido robador de Europa,
Y al impulſo que intenta enardecido,
Opueſta la lunada teſta topa:
Como de Eolo al barbaro bramido
Corre la Nave con el viento en popa,
Y ſu curſo la Rémora detiene,
Su violencia Pelayo aſsi contiene:

XXVIII.

Qual de Neméa el Animal rugiente
De Hircania embiſte al Zéphiro manchado,
Que la garra alternando con el diente,
Queda uno, y otro en ſangre ſalpicado:
Aſsi el Turno Africano con valiente
Rabia al Contrario ſe arrojaba oſſado;
Mas detienen ſus bélicos furores
Del Eſpañol Enéas los primores.

No

XXIX.

No al círculo se atiene su fiereza,
Que ciego de las rabias de la ira,
Sin seguir los preceptos su brabeza,
Indoctamente locos golpes tira:
Del Heroe le suspende la destreza,
Y sus soberbios ímpetus retira;
Brama de furia ya desesperada,
Quando mira su colera enfrenada.

XXX.

Del Tyrano el impulso contenia
Diestro Pelayo en el opuesto Marte,
Y el corbo Alfange rayos despedia,
Sin el primor geometrico del Arte:
Aunque fuerte sus golpes rebatia,
Sin methodo, sin ley, tantos reparte,
Que logrando lo leve de un descuido,
El rostro queda de Pelayo herido.

XXXI.

El Jóven Español apenas siente
En la mexilla la pequeña herida,
Quando procura con ardor valiente
Satisfacer su purpura vertida:
Ya su espiritu noble no consiente
Al Contrario mas plazo de la vida,
Y ya de la venganza el ansia fiera
Enciende el corazon en viva hoguera.

Rec-

XXXII.

Recta libra la Espada à la venganza,
Corta en obliquo à tajo el Monstruo fiero,
Cargando con tan barbara pujanza,
Que un monte pesa el filo de su azero:
Libra la Espada el Heroe, y prompto abanza
En un perfil, abriendo con ligero
Movimiento su punta al pecho fuerte
De Munuza, las puertas de la muerte.

XXXIII.

Bramando mide el suelo el Monstruo horrendo,
La vida vierte en el purpureo rio,
El alma desampara ya el tremendo
Pecho, que solo es ya cadaver frio:
Huespeda de la sombra transcendiendo
Al nocturno rencor del Reyno umbrìo,
Pisa el Imperio del funesto espanto,
Venerando la ley de Radamanto.

XXXIV.

Munuza apenas satisfecho havia
El preciso tributo de la muerte,
Y de la fatal ansia la agonìa
En ferreo sueño su vivir convierte:
Quando del Heroe la Caballeria
Llega, pues que fatal logrò la suerte,
Que de la Guerra en el sucesso vario,
La fuga fuesse escudo del Contrario.

Cor-

XXXV.

Cortada la cabeza, porque sea
Padron, que acuerde tan funesta ruina;
En una Pica por tropheo emplea,
Y à Gijòn promptamente se encamina:
Por si quando el castigo justo vea,
A discrecion rendirse determina,
Si no en las aras de su enojo ciego
Victima espire de su ardiente fuego.

XXXVI.

En tanto Alfonso la sitiada Plaza
Con los aproches bélicos oprime,
Que ya bebiendo en la penosa taza,
Su fin con agonìa mortal gime:
No el suspiro, ni el llanto le embaraza,
Que de sus iras solo se redime,
Reconociendo el Español Imperio,
Entregandose prompta al cautiverio.

XXXVII.

Con tan fuerte violencia la acomete,
Que débil ya su resistencia halla,
Y à los violentos golpes del Ariete,
La constancia flaqueò de la muralla:
El vencimiento el Jóven se promete,
Y de sus Armas ya la vè vassalla,
Que el Arte Militar con que la estrecha,
Su solidez convierte en larga brecha.

Mu-

XXXVIII.

Muley intenta el ultimo remedio
Con el costoso precio de su vida,
Que à las violencias del continuo assédio,
Del triumpho la esperanza vè perdida:
Que atacar los Quarteles sea oy el medio
De Alphonso, disponiendo una Salida,
Donde, quando no venza, pueda honrado
Adquirir el renombre de Soldado.

XXXIX.

Ya de la negra noche el manto obscuro
Tiñò de macilenta sombra al Cielo,
Y ya la claridad del ayre puro,
Lóbrego ocupa triste desconsuelo:
Abren la puerta de Gijòn al muro,
Y Muley, para el logro de su anhelo,
Sobre el contrario Campo precipita
De su inclyto rencor fuerza infinita.

XL.

Con la furiosa rabia que le enoja,
Sobre las lineas con violencia cierra,
Y al impulso feroz con que se arroja,
Temblò en desmayos lánguidos la tierra:
Ansias es todo, sustos, y congoja
En lo confuso de nocturna guerra,
Quien pensando triumphar del enemigo,
Victima del furor hace al amigo.

XLI.

A los primeros golpes desordena
Los Españoles, que del impensado
Lance, en facil pavor el alma llena,
Vuelven la espalda en miedo acelerado:
A Muley la alegria le enagena,
Completo mira el fin de su cuidado,
Juzgando que consigue en breve instante,
De vencido, laureles de triumphante.

XLII.

Pero Alfonso, que siempre prevenido,
De sus Huestes es viva Centinela,
Con militar ardor nunca dormido,
Del Moro burla la sagaz cautela:
Opuesto su valor, vè detenido
Muley quanto su ciega furia anhela,
Dificultades invencibles halla,
Renovando el furor de la Batalla.

XLIII.

Con tal fuerza se opone, que dudosa
Entre los dos neutral vive la suerte,
Comprar quiere la honra victoriosa
Muley al duro precio de la muerte:
Por uno, y otro lado con furiosa
Rabia se embiste, pero el Moro advierte
A cada golpe nueva resistencia,
Que deshace el tesón de su violencia.

XLIV.

En confusion tan grande solo hiere
La ira, sin saber à quién, ni dónde,
El eco lastimoso del que muere,
En el opuesto monte corresponde:
Aunque del vencimiento desespere
Muley, à gran Soldado corresponde,
Pues entre los escandalos de Marte
A Alfonso busca en una, y otra parte.

XLV.

Pero el orden es tal con que pelea
La Catholica Tropa, y tan unida,
Que en medio de la noche obscura, y fea,
Jamàs se vè su formacion perdida:
Con tal acierto toda Lanza emplea,
Que cada golpe cuesta alguna vida;
Mortales ansias triste el Moro clama,
Y la caliente purpura derrama.

XLVI.

El Mahometano ciego al enemigo
Perdona quando mata al compañero,
La sangre vierte del mayor amigo,
Equivocado el filo de su azero:
Ellos mismos se labran su castigo,
Siendo verdugo cruel su brazo fiero,
Que à Pelayo los triumphos adelanta,
Cortandose à si propios la garganta.

XLVII.

Alfonso de cadaveres llenando
El Prado, el alto Monte desparece;
De Atropos la tixera, que cortando
Vital estambre và, su ardor parece:
De las humanas venas desatando
El balsamo su filo, se enrogece
La Campaña, y su Espada muertes fraguā,
Tantas, que en color rojo mudò el agua.

XLVIII.

Como voraz incendio desprendido
Del alto Monte, en llamas se desliza,
Y de la amena Selva, lo florido,
Tumulo en breve instante es de ceniza:
El volcan de sus iras encendido,
En estragos violentos eterniza,
Donde de tanta ruina dàn las señas,
Del ayrado rencor combustas peñas.

XLIX.

Como Uracàn rabioso, à cuya furia,
Tanto el robusto tronco, como el tierno
Pimpollo, del horror es seca injuria
De los elados soplos de su invierno:
Como rompiendo margenes al Turia,
Neptuno, ayrado, con dolor interno
Destruye con sus ondas la Campaña
Del mas fertil Jardin, que incluye España:

Assi

L.

Assi Alfonso no dexa alguna vida,
Que no pague el tributo de la muerte,
No hay ressistencia humana que le impida,
Los imperios domina de la suerte:
Con una, y otra penetrante herida
Gime el Moro sus golpes, quando advierte,
Que su Exercito junto en la palestra,
Es corto assumpto de tan fuerte diestra.

LI.

Ya del Alva las claras luces bellas
Muestran del Sol vecino los fulgores,
Y el tìmido brillar de las Estrellas
Restituye prestados resplandores:
No bien en voz de llamas, y centellas
Se explica el dia, quando los furores
Con la luz visten mas tremenda saña,
Y en horrores se inunda la Campaña.

LII.

Apenas ilumina el claro dia
El Orbe, quando mas Muley se ciega,
Y con inimitable valentìa
El Campo en Asturiana sangre anega:
Rompe quanto se opone à su porfia,
Sin que piedad encuentre quien le ruega,
Pues que para escuchar amargas quejas
Armò de impiedad sorda las orejas.

LIII.

Tanto fatal en èl el odio puede
Que ſolo al logro và de la eſperanza
De la muerte de Alfonſo, porque quede
Coronada de dichas ſu venganza:
Aunque ſu Campo al Aſturiano cede,
Y de la ſuerte dura la balanza
Contra èl ſe inclina, nada le amedrenta,
Como conſiga lo que loco intenta.

LIV.

Entre las iras con que Marte horrendo
Fulmina mil guerreras confuſiones,
Con el lunado rayo và rompiendo
La union de los mas fuertes Eſquadrones:
Encuentra à Alfonſo, y con furor tremendo
Prorrumpe ayrado el labio eſtas razones:
Con el triumpho infeliz de tu perſona,
Mi valor la fortuna galardona:

LV.

Purpureo Jóven, con fatal deſtino
Hilò Cloto tu eſtambre, ſi ſe advierte,
Que en una edad tan tierna te previno
Para trágico aſſumpto de la ſuerte:
El ciego error del necio deſatino
Pagarà el deſacierto con la muerte,
Sin que tu vida logre mayor plazo,
Pues pende ſolo à arbitrio de eſte brazo:

Con

LVI.

Con ſemblante tan bello, y delicado,
Adquirir quieres triumphos Militares,
Quando tu roſtro hermoſo venerado
De Venus debe ſer en los Altares:
Mas ya ſegundo Marte logra ayrado
Borrar las perfecciones ſingulares
De un nuevo Adonis, pues mi filo ardiente
Sobſtituye al lunado Eburneo diente:

LVII.

Laſtima tierna dàn tan cortos años,
Que en breve curſo adquieren ſepultura,
Y que al rigor de los mortales daños
Se marchite la flor de tu hermoſura:
Mas ſervirà de claros deſengaños,
Que enfrenen de traydores la locura,
Caſtigo digno de tu atrevimiento,
Que acuerde à la oſſadìa el eſcarmiento:

LVIII.

Eſcribiràn con ſangre las arenas
El Epitaphio tuyo à la memoria,
Que el licor derramado de tus venas,
Darà frágil materia à mi victoria:
De lagrimoſo humor ſe veràn llenas
Las mexillas al vèr tu infanda hiſtoria,
Del hueſped piadoſo, que leyere:
Vive Muley adonde Alfonſo muere:

LXIX.

Aſsi dixo ; y el Jóven le reſponde,
Sin alterar el plácido ſoſsiego:
Poca materia en tì ſe encuentra , donde
Pueda cebarſe de mi ardor el fuego:
Breve tropheo ya me correſponde,
Pues de furioſa ira loco , y ciego,
Si à la muerte tu error te precipita,
Tu colera mi triumpho facilita:

LX.

De tu rencor los barbaros enojos
Eſpeſas nubes ſon , en que ofuſcada
La viſiva potencia de los ojos,
De negra opoſicion vive eclipſada:
Aſsi no vès quán necios tus antojos
Te conducen con priſa acelerada,
Con las vivezas del ayrado empeño,
A que ſelle ſus luces ferreo ſueño:

LXI.

Pienſas que à mi valor le cauſas ſuſto,
Motejando en deſprecios mi belleza,
Porque Jayàn membrudo , ſi robuſto,
Viſte tu aſpecto horrenda la fiereza:
Si del ardiente Sol el rayo aduſto
No toſtò mi color , ni la aſpereza
Me erizò del fogoſo duro Clima,
Eſpiritu mayor mi cuerpo anima:

Que-

LXII.

Quedar pudiera acaso satisfecho,
Quando tu larga edad adelantada
Es corto assumpto à mi valiente pecho
Una decrepitud torpe, y cansada:
Què fuerte hazaña, què glorioso hecho
Consigue, què victoria en tì mi Espada,
Si de tus años el invierno hierto,
Aun mas que vivo, te conducen muerto?

LXIII.

El leve triumpho de tu pobre vida
Es para mi valor corta victoria,
Ni el que esta Plaza quede redimida,
Venerable renglon darà à mi historia:
Ni que à mi azero tu Nacion vencida
Restituirà à mi Patria eterna gloria,
Que espiritu me anima sin segundo,
A quien es breve el ámbito del mundo.

LXIV.

Passaràn mis hazañas altamente
A ser la admiracion del Orbe solas,
Pues que surcando el húmido Tridente,
Dominarè la furia de sus olas:
Humillarà el Levante su alta frente
A invencibles Vanderas Españolas,
Que el Templo abrasaràn del vil Propheta,
Borrando los errores de su Seta.

Irri-

LXV.

Irritado Muley à la venganza,
Aun mas que corre, ſu Caballo vuela,
Pues à ſu hijar, con barbara pujanza,
Arrima el hierro de la aguda eſpuela:
Enriſtra la azerada fuerte Lanza,
Y la muerte de Alfonſo ſolo anhela;
Mas halla tan altiva reſiſtencia,
Que es débil de ſu rabia la violencia.

LXVI.

Como Uracàn violento, que agitado,
Ruinas intenta en impetuoſo ruido,
Al verdor, que marchito, y deſtrozado,
Vè à ſu rencor lo que brillò florido:
Su ſúbito furor ſiente enfrenado,
Y ſu tremendo impulſo contenido,
Reconociendo ſon ſus fuerzas pocas
A la dura paciencia de las rocas:

LXVII.

Aſsi encuentra Muley, ya dificulta
El vencimiento, en colera ſe anega;
De los Caballos al lidiar reſulta
Nube de polvo, que à cubrirlos llega:
Quanto obſcura à la viſta los oculta,
Tempeſtades arroja, con que ciega
Los ojos, que de horrores ſe vèn llenos,
Rayos las Lanzas ſon, los golpes truenos.

En

LXVIII.

En el tremendo horror de la Batalla,
Quando està en su rencor mas encendida,
Su fin el Moro desgraciado halla
Al penetrante golpe de una herida:
Rota del pecho la texida malla,
Y en la vital purpura teñida,
Fue la Lanza de Alfonso llave cierta,
Que à la vida le abriò anchurosa puerta.

LXIX.

Cae en tierra Muley desesperado,
Maldiciendo el destino riguroso,
Que mas que de su fin lo desgraciado,
Siente que Alfonso quede victorioso:
El que de tantos triumphos coronado
Compitiò con sus años lo glorioso
De tanta hazaña, misero, y rendido,
De un tierno Jóven se admirò vencido.

LXX.

Muerto su General, à desmandada
Fuga se entrega el Campo Sarraceno,
Como corre con furia desbocada
El Bruto, roto el Alacran del freno:
Cobarde elige en prisa acelerada,
De susto temeroso el pecho lleno,
Tanto, que en tardo, y torpe movimiento
Al ayre vuelve el que recibe aliento.

Al-

LXXI.

Alfonso intìma, que Jijòn se rinda
A merced de sus iras, y no quiera,
Quando con la piedad à su error brinda,
Ser de los ayres atezada hoguera:
Porque si no, en venganza de Hormesinda,
Destruìr sus murallas tanto espera,
Que si humilde no admite este partido,
No quedarà señal de lo que ha sido:

LXXII.

Que Capitulacion ninguna admite,
Que no su justo enojo à irritar vuelva;
Pues tan solo indulgente le permite
Un breve instante para que resuelva;
No su innata paciencia precipite
A que la Plaza en llama ardiente envuelva,
Donde para padron de su ossadìa,
Humo rebelde turbe el claro dia,

LXXIII.

Quando alegre rumor escucha usano,
Que de Pelayo aplaude la venida,
A su coturno corre Cortesano
Humildemente en sumission rendida:
Besar intenta la robusta mano
Del Heroe, que amoroso le convida
Con tiernos lazos de un abrazo estrecho,
Que en heroyco valor enciende el pecho.

En

LXXIV.

En tu Pica, Señor, miro señales
(Dice) del Monstruo infame, que atrevido,
Quando injusto infamò blasones Reales,
Labrò para èl las ruinas de vencido:
Con fuerzas sumamente desiguales
Su altivez humillaste, corto ha sido
Su vencimiento à tì, que sin segundo,
Leve es tropheo de tu diestra el mundo:

LXXV.

Mas pues altivo presumidamente
Intentò competir loco contigo,
Tuvo su atrevimiento justamente
En tan heroyco brazo su castigo:
Y feliz yo, que logro sabiamente
Tu espiritu marcial, de que testigo
Es ya Gijòn, à quien mi ardor destina
A los horrores de funesta ruina:

LXXVI.

Ya la Plaza en el ultimo lamento,
Con las mortales ansias agoniza;
Y si dilata mas su rendimiento,
Serà cumulo breve de ceniza:
Pero viniendo tù, cessa mi intento,
Pues la misericordia se eterniza
En tì, oye el clamor benignamente,
De verde Oliva adorna tu alta frente.

LXXVII.

O tù, dice Pelayo, à quien España
Debe mas luz, que al Sol le debe el suelo,
Pues si èl en explendor la tierra baña,
Con los brillantes rayos de su pelo:
Tù con una, y con otra grande hazaña,
A su dura opresion daràs consuelo,
Siendo ya el Moro pálido desmayo
De un mas que Jóven, animado rayo:

LXXVIII.

No por tu Regia Estirpe venerado
Debes ser en el Orbe, màs has sido
Por tì mismo, que el nombre de Soldado,
Nadie tan justamente ha merecido:
Me infunde vanidad el que à mi lado
Tan digno Jóven le haya conseguido,
Que no dudò mi pecho en el instante
Que te entregò el Baston, verse triumphante;

LXXIX.

Quién no serà despojo de tu braba
Colera, si con èl las armas mides?
El decantado impulso de la Claba
Mejorarà en tu diestra el fuerte Alcìdes;
Tus meritos la torpe embidia alaba,
Pues coronado en las marciales lides,
No cabrà en el volumen de la historia
De tus bizarros hechos la memoria.

Asi

LXXX.

Aſsi dixo, ſegunda vez le abraza,
Humilde inclina Alfonſo la cabeza,
Y dulcemente entre los dos ſe enlaza
El amor en reciproca fineza:
Ya ſeñas daba la ſitiada Plaza,
Que humilla de ſu orgullo la brabeza,
Que eſpira, que ſe rinde, que perece,
Y que el vital aliento ya fallece.

LXXXI.

Ya la Ciudad rendida ſe concierta,
La eſclavitud trocando por la vida,
Y la blanca Vandera ſeña es cierta
De que al Heroe Eſpañol eſtà rendida:
Abren los Moros la robuſta puerta,
Aplaudiendo contentos ſu venida,
Su triumpho cantando en dulce pompa
Marcial ſonido de Tambor, y Trompa.

LXXXII.

Apenas piſa el Rey ſu tierra, quando
En alas de ſu afecto fervoroſo,
(Que todo el corazon eſtà inflamando
El zelo de ſu pecho religioſo)
La Mezquita mayor purificando,
Conſigue pio ſu animo dichoſo,
Que brille ya en el Regio Templo Sacro
De MARIA el Divino Simulacro.

Ya

LXXXIII.

Ya la Sagrada Efigie de Maria
Se vè en excelso Trono colocada,
Rompe en aclamaciones la alegria,
Al vèr su Santa Imagen exaltada:
En señal que la Mora Monarquia
De su robusto pie mira domada,
Pendiò risa del ayre lisongera
En la muralla la feliz Vandera.

LXXXIV.

O tù, Pelayo, à quien el Orbe aclama
Por el Heroe mayor, de cuya gloria
El eco de los triumphos que derrama,
Puebla de heroycas paginas tu Historia:
En el Augusto Templo de la Fama
Gravado estè tu nombre à la memoria,
Que orlado de Laurèl, y Siempreviva,
Eternamente à las edades viva.

FIN.

